

Felipe Orlando (1911) es una de las figuras más importantes de Latinoamérica. Pintor, narrador, antropólogo... Desde muy joven ingresa en el Taller de Pintura de Jorge Arche y Víctor Manuel en La Habana Vieja.

Milita en una organización revolucionaria que lucha contra la dictadura de Gerardo Machado. Poco más tarde inicia sus estudios de antropología, reconociendo el magisterio de D. Fernando Ortiz.

Desde 1935 comienza una intensa participación pictórica en muestras individuales y colectivas por Cuba, Estados Unidos, México, Venezuela, Argentina...

En sus viajes a Europa conocerá a Henry Moore y Georges Braque. Este último dirá: "Esta pintura tiene una magia extraordinaria. Tiene todo el misterio de la gran pintura".

Como escritor, emparentado con Lezama Lima y Miguel Barnet, ha publicado novelas ("Inversamente el sueño", "Leonorilda eleva el pensamiento a las alturas", "El perro petrificado...") y libros de relatos ("Dos gardenias para Miguel Carabela", "El dulce nombre de la tarde", "Bifurcación del taladrador", etc.), así como la edición de "Diez Pintores del Mundo", en colaboración con Raúl Aparicio.

Vinculado a Canarias por lazos familiares y afectivos, la Editora Nacional naria, ENC, se honra con la publicación de esta novela que inicia la colección dedicada a los grandes escritores del continente americano.

"Cartel", el suplemento cultural del Diario de Las Palmas, dedicó más de un año al estudio de la vida y obra de Felipe Orlando.



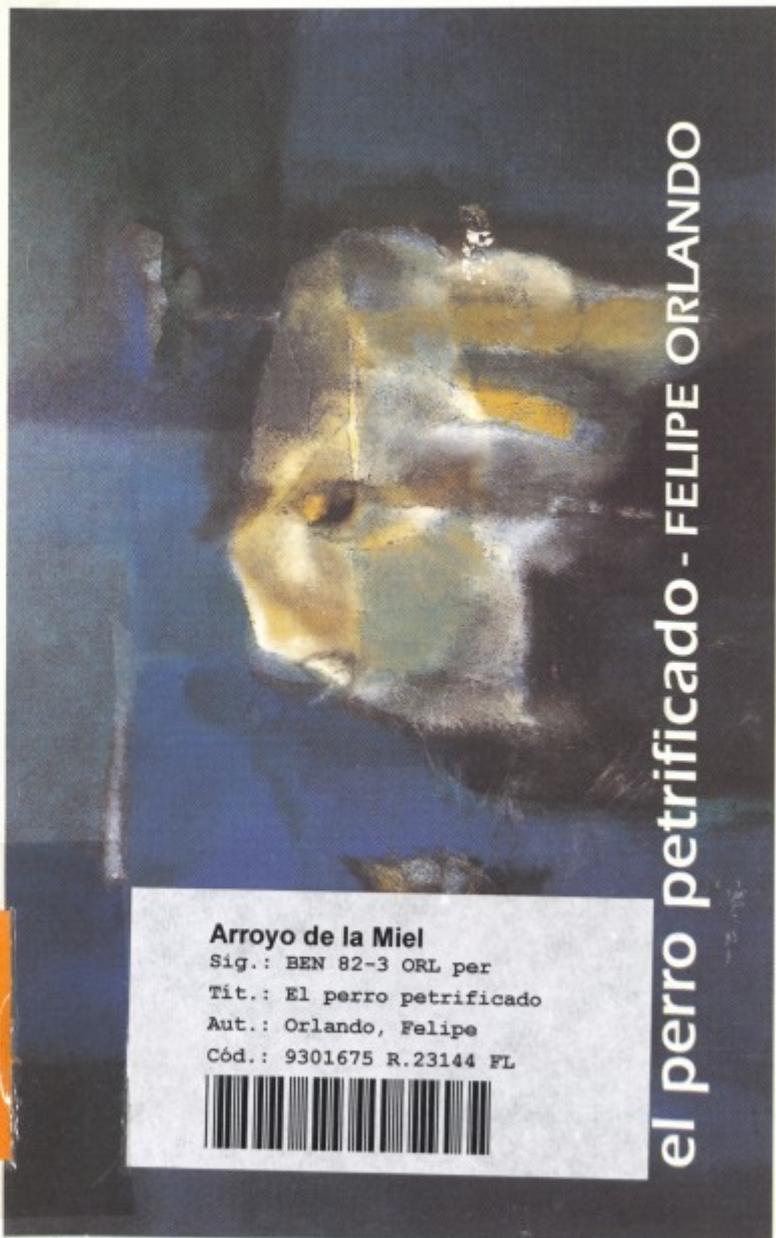
ENC

COLECCIÓN

CLÁSICOS CONTEMPORÁNEOS LATINOAMERICANOS

el perro petrificado - FELIPE ORLANDO

BEN
82-3
ORL
per



Arroyo de la Miel

Sig.: BEN 82-3 ORL per

Tit.: El perro petrificado

Aut.: Orlando, Felipe

Cód.: 9301675 R.23144 FL



el perro petrificado - FELIPE ORLANDO

OBATALA Nº 1

Portada: Reproducción de la obra "OBATALA Nº 1",
acrílico 81 x 130, del propio Felipe Orlando

Imprenta: San Nicolás, S.A.
Alfredo Martín Reyes, 8
Miller Industrial
35013 Las Palmas de Gran Canaria

Depósito Legal: GC - 1.097 - 1993



*A mi hijo David
y a mi esposa Marina*

1987-1988

Patente Registrada de la obra "MATEMÁTICA"
Número 21.242. del grupo Propiedad Industrial

Impreso en San Nicolás, T.A. -
A cargo Martín Reyes, S.
Barrío Industrial
1987 Las Palmas de Gran Canaria

Deposito Legal: GC-1.007-1987

PRIMERA CONVERSACIÓN DEL PERRO

(Echado)

no es más que unas palabras que uno ha querido, y cambian de sitio con el tiempo, y ya no son más que una mancha, una esperanza indecible.

ELISEO DIEGO

En estos años al tiempo que echaba estas unas pocas ideas, a veces solamente horas. Yo lo estoy diciendo. Así como así se le iban las recuerdos. La vieja siempre le ponía la mano sobre la cabeza. Decía: «¿No se le acuerda cuando el abuelo «trastraba» en piernas?» «¿Qué piernas?», interrumpía. Ella, con los ojos suplicando, echando unas cuantas lágrimas. Así era. Estaba solamente en un mundo de tiempo. Nunca fuera de él. ¿Yo das cuenta? Él se quería el tío Rogelio que era ciego y se ocupaba solamente de sus hijos y se paraba. No había nada dentro de aquel río de tiempo. ¿Soyo qué? Pensándolo mejor, la vieja estaba más allá de aquel río invertido. El mundo con un procedimiento extraño de los hombres. La vieja quería saber el recuerdo del abuelo que había sido su padre. Eso lo hacía cuando se aburría. Le hacía también porque estaba demasiado vieja y solamente le quedaban los recuerdos del momento. Contaba como se levantaba con las piernas. Como movía los dedos involuntariamente en el fondo de los botines. Luego, con el frío, se cubría las puntillas. Cualquiera que quisiera estar más allá del

no es más que una palabra que
no ha pasado y cambia de
lugar con el tiempo, y ya no son
más que una mancha,
una expresión indecible.

ELIASEO DIEGO

PRIMERA CONDICIÓN DEL PERRO.

(Echado)

Era como subir al tiempo muerto. Apenas se echaba atrás unos pocos días. A veces solamente horas. Te lo estoy diciendo. Así como así se le iban los recuerdos. La vieja abuela le ponía la mano sobre la cabeza. Decía: «¿Y no te acuerdas cuando el abuelo arrastraba su pierna?» «¿Qué pierna?», interrumpía. Ella cerraba los ojos suspirando, echando unos suspiros largos. Así era. Estaba solamente en su medida de tiempo. Nunca detrás de ella. ¿Te das cuenta? Ni siquiera el tío Rogelio que era sordo y se ocupaba solamente de sus hijos y su ganado. No había nada dentro de aquel río de sangre. ¿Sabes qué? Pensándolo mejor, la vieja estaba más allá de aquel sueño invertido. Él parado con su pensamiento encima de los hombros. La vieja quería traerlo al recuerdo del abuelo que había sido su apañó. Eso lo hacía cuando se aburría. Lo hacía también porque estaba demasiado vieja y solamente le quedaban las palabras del recuerdo. Contaba cómo se levantaba con los gallos. Cómo metía los dedos trabajosamente en el lazo de los botines. Luego, con el frío, se subía los pantalones. Cualquiera que entonces viera salir el sol

veía también su mano señalando el camino de la costa. El tío era otra cosa. Un hombre ancho y callado. Borroso. Como soñando acostado sobre la arena. Algunas veces escuchaba mejor el sonido de sus propias voces. Con la entonación que hablaban nuestros muertos. Pero, con todo, no es bueno eso de carecer de memoria. Él no la tenía pero la tenía yo y recuerdo bien cómo fue. Lo recuerdo como él nunca pudo hacerlo porque no tenía memoria. Ni siquiera sabía cómo era la cara de su madre. Quién sabe si la conociera.

Te diré: Un día estábamos la vieja y yo sentados en el portal. Entonces se acercó el hombre y lo ofreció a la abuela. Lo ofreció de regalo. ¿Sabes qué hizo la abuela? Se echó a reír. Rió durante mucho tiempo. Tanto que las lágrimas le resbalaron por los bordes de la nariz. Luego, tosiendo, dijo: «Lo ofrece como un caballo.» Y le hizo una seña que quería indicar su aceptación. Así entró Avelino en nuestra familia.

En la casa raro era el día que no golpearan la puerta. Al principio no fue así. Después el abuelo se hizo una sombra que arrastraba la pierna. Cuando llegó el momento de ignorar lo hizo. Fue un silencio que duró muchos años. No era tolerancia sino impotencia. Levantaba el bastón. Se incorporaba. Comía extendiendo la zurda con cuidado para que los alimentos llegaran a la boca. Vagaba por el patio y los corredores. Su paso se notaba por el roce del zapato. Pero era un roce apenas audible. Los turcos tocaban la puerta ofreciendo sus telas. Luego venían unos hombres, que decían ser marineros, a vender.

nos contrabandos innecesarios: palillos de marfil falso, pequeños cocodrilos disecados. La abuela aparecía entonces. Sonreía y compraba. Entrecerraba los ojos pálidos y se refugiaba en su eterna sonrisa. Cuando dormía, la tía Clara cerraba la puerta al fracaso y tocaba el piano. Lo tocaba como sembrar flores y verlas crecer. Así era su modo de tocar el piano. Podía verse cómo iban creciendo en el aire. Pero lo de Avelino no fue una compra. Te digo qué fue así: un regalo. A la vieja no le faltó razón cuando dijo que Avelino era un esqueleto sin memoria. No tenía memoria ni en los huesos. Ese día que se lo entregaron, el hombre se perdió en la calle. Se fue, como quien dice, tropezando con las piedras sueltas. Así eran las calles del pueblo. Calles con nombres patrióticos que después venían a vivir las los perros. No volvimos a verle más. Digo: al hombre que no supimos si era o no su padre. Él tampoco nos ayudó a saberlo. Para la casa era bueno. Para ir de una a otra habitación cargando esto o aquello. No podía decirse lo de mañana o que recordara lo de ayer. Parecía tener dentro un viento que se lo borraba.

La casa estaba cerca del parque. El parque servía solamente para huir de él. Después se extendían las casas: el hotel de madera, la logia masónica, la oficina de correos y, más allá, la estación del ferrocarril que tenía unos aleros de hojalata. Al final el mar inmenso de los cañaverales. Pero esa fue la casa tercera. Quizás la quinta. Siempre escapamos de ellas con el refugio del centro de la noche o cortando el sueño de la ma-

drugada. Había trenes para toda hora oscura. Cuento la casa que te contaba no cuento la que preguntas. La primera fue la del colegio. Cuando nos mandaron juntos después de ponernos aquellos cuellos duros y peinarlos con bellotinas. Un colegio con olor a tiza, a papel viejo, a virutas de lápices. Tenía un gran patio con un uvero y una fila de letrinas al borde de la tapia. Allí pasamos las vueltas del tiempo en el reloj y lo del libro tercero sobre las lluvias azotadoras y las tiñosas haciendo círculos sobre el cielo oscuro. Pero entonces, en el mismo centro de todo aquello, trajeron la mantarraya y la pasearon por el pueblo. Era un pescado con una colita venenosa. Tenía el color de los obispos y resbalaba de las manos de los que la cargaban. Fue cuando Avelino se apoyó contra la pared y vomitó. Estuvo vomitando toda la tarde y quisieron darle ricino porque creyeron que tenía un mal de estómago. Pero aquel fue otro tiempo. El del padre y todos juntos. La casa única de la que tienes recuerdos. Después nos desmembramos. Veníamos en un tren largo mi padre y yo. Aspiraba el olor a carbón quemado. Miraba los niveles del horizonte que bajaban y subían en un juego con los alambres del telégrafo. Entonces él dijo: «Ahora nos separamos.» La voz era un poco ronca. Yo permanecía callado contemplando el paso de los pueblos a través de los vidrios sucios. Así fueron horas y más horas. Puedo aún conocer en la punta del dedo el agujero de un cigarro en el mimbre del asiento. Segunda clase pero teníamos derecho a literas. Él levantaba sus manos delga-

das. Tal como era; tan patriota, tan quieto. Ahora no es más que un frágil fantasma. Lo siguen los perros amarillos que le pasaron el río de la muerte. Hablamos un poco antes del amanecer. Viene hasta tres veces en la semana. Platica callado. La voz, a esa hora, se le ensombrece.

De aquello a la casa que hablo van otras. Puedes abrir los dedos de las manos y contarlas. Quizás te falten dedos para contar cómo nos dispersamos. Después del padre, las tías. Al principio ellas vivían sus pequeñas cosas. El mundo cerrado de todos los pueblos de polvo y madera aunque también presuman con mampostería. Había celos y envidias entre ellas. Puede que pensarán muchas veces en el mismo hombre. Lo disfrutarán en sus sueños callados estropeando sus vestidos brillantes de raso. En la época de Avellino quedaron solamente la tía Tecla arrastrando lo que creían era fealdad, y la melancolía fingida de la tía Clara. La veo ir hacia atrás hasta la puerta. Abrirla con un aire desolado y hacer retroceder a los que venían a vender o cobrar. Así que cuando la tía Clara se casó y se fue, dejaron de salir flores en el aire del piano y la tía Tecla, con todo y fealdad, comenzó a ser asediada por el juez y por el venerable de la logia y por el jefe de la estación del ferrocarril. Algo debía tener. Quizás en sus maneras que aparentaban cautela. Cierta recogimiento de aire severo. Quizás el olor que era el de la piel lavada pero mantenida con el secreto del amor escondido.

Hubo muchas ausencias. Los tíos también se habían ido ya. Rogelio hacia el oriente. Juan Manuel a las máquinas de azúcar. Miguel, que era apenas unos años mayor que yo, sabe quién dónde. Muchos no los volví a ver. Tampoco pude ver nunca más una mantarraya ni a Avelino volver a vomitar por culpa de ella. En lo de Avelino no se apreció que lo sintiera. Carcía de memoria. Así, al otro día, no sabía nada. No sabía de cuál era aquella cama vacía ni aquella ausencia de la mesa. A él le dio sostén la callada y paciente fuerza del abuelo. El abuelo algún día, y con el tiempo, se quedó con el brazo colgando y un ojo agachado. Él, que era un señor. No puedes pensarlo. Hablaba con parsimonia. Humedecía las palabras y, desde la balconada, aparecía delante de sus macheteros perdiendo la vista en el horizonte de los cañaverales. Aprendió otra vez a andar y a perder aquel verde mar de cañas. Los macheteros se le quedaron. Eran libres ya pero lo tenían de padre. No les maltrató nunca.

Eso fue en el principio y no lo que inició lo que el padre o tú consideraron desorden. Al abuelo se le fueron muriendo sus gentes. Quedó la Rita que se fue con la tía Clara y la sirvió como una perra. Vuelvo a decir: fue el principio. Lo otro vino con la tolerancia, con el hastío o también con la palabra o la sangre. Todo se mezcla. Cada cual allí comenzó a echar tierra a su siembra mientras el viejo abuelo se sostenía precariamente en una pierna y arrastraba la otra. Avelino, en las noches, se sentaba frente

a él y se contemplaban sin hablar. No había una sola palabra en el aire. Era distinto después. En el verano las gitanas llegaban a echar las buenaventuras y las tías y nuestra madre se encerraban en una habitación para saber de su pasado y su futuro. El abuelo entonces cazaba a las gitanas pacientemente. Cuando salían las insultaba y las golpeaba con el bastón gritándoles palabras groseras en vascuence. Entonces Avelino se perdía en lo más hondo del traspatio. Allí donde las gallinas del vecino, manejadas por el gallo capirro, escarbaban la tierra. El vecino llegaba bronco y se asomaba: «¿Qué coño haces aquí?» Pero Avelino no contestaba. ¿Qué iba a decirle? Yo pienso que pensaba en el abuelo, en aquellas palabras extrañas que salían envueltas en salivas oscuras de tabaco; en el tropel de las gitanas que atravesando los pasillos tropezaban con las puertas hasta alcanzar la luz de la calle.

Desprevenido, atrás, entre las piedras. Puede que alguna vez le tocara ser sorprendido con su mirada muerta, con su torpeza de maneras. Lo buscaban para hacerle padecer lo que otros cometían. Le colgaban la piedra al cuello. Para eso también servía. Entre otros quehaceres de molestia le echaron el de la carpa que traía el hombre del cine mudo. No había sido él, Avelino. No hay que buscar para ello más que la facilidad que los otros encontraban en echarle el costalito. Los tíos habían salido ya. No volverían. Hablo de los de nuestra madre, de sus hermanos de sangre. Los de la rama del padre no vivieron nunca en aquellas casas pero lo de locos e im-

previstos, de saltar cuando menos se nos espera, igual nos viene de sus sangres. La Tecla comenzaba a recibir los homenajes de los hombres. Encima del lecho tenía vigilantes a la Virgen del Cobre y a San Roque. Eran sus santos. Cerraban los ojos. Puede que no los manejaran con la virtud de los gatos aunque oyeran los dobles suspiros de las madrugadas y el revoltijo de las sábanas mojadas en los eternos veranos. Todo estaba inmerso en una ceremonia resguardada.

El tiempo de las cautas sombras iba pasando. Habían pasado ya unos días después de que la suspendida mantarraya fuese paseada. Se mostró en el afán quizás de enseñar lo que era el mar para que Avelino vomitara toda la tarde entera. Entero él. Doblado en espasmos continuos. Las manos sujetas a la pared de madera. Los ojos lagrimeantes. Había perdido ya la memoria del gran pescado baboso, resbaladizo, de absurda cola venenosa y del color de los obispos; pero a él le quedaba el misterioso sentido de la humillación y quizás por eso seguía vomitando, echando solamente un delgado hilo de baba. Allí en la barbilla se veía su brillo moviéndose al compás del agitado vientre y, cuando llegó la tarde, solamente había un temblor apenas visible en su espalda. Se cansaron de buscarle y gritarle pero no oía. No podía hacerlo. Es decir: salir con las contracciones aunque estas ya se arrastraran, apenas se vieran. No. No lo quería. Dejarse ver así era otra cosa distinta. Tan apañado, tan útil para llevar esto y aquello pero, a la vez, tan fal-

to de memoria, tan perdido en el tiempo allí en el traspatio mirando las gallinas del vecino o frente al cuerpo inmóvil del abuelo. Ya todo aquello se había ido y los tíos también. De ellos no quedaban ni las sombras. Ni siquiera se notaban los espacios en la mesa grande que ahora bailaba en aquellos huecos de aire entre una y otra silla. El ruido de los cubiertos, la opulencia desmedida de los platos y las fuentes siempre colmadas. El alarde inútil de lo que luego se echaba a los perros para que fueran arrastrándolo, mostrándolo a la vista de todos, por encima de las piedras, en los recodos, en ocultos escondrijos de la base del cerrito que estaba a la derecha del colgadizo de los negros. Ya ni las sombras. Ya ni los espacios. Las voces ahora salían nítidas y, a la vez, también perdidas por no cruzarse con otras. Pasaban por encima del roce de la pierna del abuelo y se metían por los pasillos, por el centro de las habitaciones, por encima del aire suave que venía del mar y se introducían en el cacareo de las gallinas afanosas que hurgaban la tierra suelta. Mientras tanto, él, Avelino, huía de la humillación, pero era como arrastrar una piedra ancha. No se volteaba a ver detrás del tiempo. Se le quebraba la memoria como si se le hubiese quebrado el cuello. La traía, más bien, ya quebrada. Quizás de nacimiento. La bola rueda sin que se sepa. Luego le colgaban aquella piedra sin él tener que ver con ello. Era su destino sin memoria, sin recuerdo de nada, sin padecer lo que los otros sienten cuando echan atrás el pensamiento.

Pero todo él tenía un aire de dureza. Las mismas manos, cuadradas, anchas, aunque los dedos no. Los dedos se ahusaban en las puntas como los de ciertos sastres de puntada ligera y corta. En su reversa se hacían, sin embargo, gruesos. Pelos negros ensombrecían ciertas falanges y con ellos él se acariciaba la barbilla. El desplazamiento era, no obstante su corpulencia, digamos que ágil. Podía moverse de frente, quizás con algo de sesgo, con ligereza. Semejante a un conejo gris, grande, anormal de tamaño, se introducía por las puertas como cerrándolas a otro paso. No tropezaba nunca. Podía ir contra el aire, pasar velozmente al margen de una lámpara, de una mesa delicada, de un libro colocado de borde, sin que se advirtiera movimiento. La tía Clara decía que era un globo de aire. Otros pensaban que era un globo de grasa gruesa. «¿Para qué delicadeza?» decía la abuela. «Bastará que cargue y sujete y suspenda las cosas. Que sea bien mandado y se conduzca. Habrá que buscarle ya pantalones largos. Tiene demasiados pelos en las piernas.»

La hierba crecía despacio en los solares yermos donde jamás nadie construyó nada. Eran propios para dejar, con las heces, el abono necesario al crecimiento de los guayabos. La hierba apenas hacía su costra verde entre las piedras cuando, año tras año, venía el hombre de la carpa y comenzaba, él sólo, a hacerlo todo. La vieja lona subía en horas. No era alta. Más bien larga. Sucia en su forma, en las cuerdas que la suspendían. Al principio, en esos primeros días

de su llegada, comenzaron a darle vueltas. No le preguntaron. De lado, como indiferentes, le pasaban esperando que él dijera algo. Aclarara por qué allí estaba. ¿Qué necesidad? ¿Quién le había llamado? ¿Para qué era aquello? Había muchas preguntas pero no para rebajarse a hacerlas. Sin embargo, el hombre no cedía. No cedió nunca. Ello quiso decir, cuando comenzó su trabajo, que no tuvo la lentitud del crecimiento de la hierba pero sí su resistencia, que los demás ya estaban de acuerdo en admitirlo sin que aún supieran por qué ni lo que estaba haciendo. Era, sí, algo tan sorprendente como el paso de la mantarraya por las calles del pueblo. Tan triste como su paso y quizás tan hediondo en lo que podía sospecharse pero con todo tenía el aire de un insecto en la plácida tarde, al borde mismo del parque solitario que en aquel momento no lo era.

Luego, en la noche, dentro de la carpa, se transformaba. Era el consecuente historiador retórico que torcía las palabras en las opacas gárgaras del francés. Proyectaba sus viejos filmes en los que Cleopatra venía pasando de uno a otro desvanecimiento. Intercalaba los quejidos con letras extrañas que pasaban el frágil muro de la lona y llegaban a las primeras bancas del parque enmudeciendo los insectos. Algunas veces mencionaba un mariscal Cambronne. La gloria, el heroísmo, el fragor, las voces de los heridos, el tronar de los cañones. El mariscal Cambronne apenas era ya un susurro. La vaina del sable se cruzaba en su entrepierna. La mano del hombre se levanta

taba señalando. Decía «héroe» arrastrando la erre, cubriendo el lazo entre letras con una extensa gárgara. El olor era denso. Se cubría de sudores viejos, de humo y de saliva. La saliva salía en cortos aullidos en la penumbra. Era colocada sobre la tierra con certeros impulsos. Detrás quedaba la noche refugiada más allá de las lonas de la carpa. Eran siempre noches estrelladas. De grandes y gordos luceros parpadeantes. En el vientre alargado, al compás del gargarrear del hombre, se podía oír el clic continuo de la manivela que él hacía dar vueltas y que se introducía en la gran caja negra de la proyección.

El hombre llegó muchas veces más. Los años que allí pasamos lo vieron llegar en los bordes del verano. Un poco antes de que las salvias aparecieran por encima de los cercados. Luego que se sacudían las hojas salía su perfume medicinal y hacía saltar las grandes moscas zumbadoras. Ellas se apretaban contra las maderas y veíamos cómo sentían aquella alegría de dar vueltas. Te digo: era un tiempo caliente y bueno y no me retenía en la casa más que los momentos necesarios. Así cuando aquella vez llegó el hombre se tomó como algo ya no inesperado. Nadie le dio vueltas sino que se cruzaron y sonrieron. Lo hicieron con la sonrisa del que se ve a toda hora. Como otras veces el hombre desmontó la gran carpa sucia, sacó los hierros y los anchos martillos, se sentó un momento y echó su mirada en silencio sobre el campo señalando con su pensamiento el lugar conveniente para hacer posar su animal de lona. Luego que pasó el mo-

mento apoyó la mano derecha sobre el polvo y se incorporó. Caminó un poco hacia el portal del heladero y comenzó a patear las latas vacías y los papeles hasta llevarlos a un montón separado del área a la que su mente había conducido la carpa. Puede que a veces, y ello era así, como te lo estoy diciendo y mirando esta mano abierta, los perros, algunos de los perros amarillos que hociqueaban en las calles o fornicaban a las perras en los bordes del cerrito, se acercaran allí donde se extendía la carpa como un gran cuerpo sucio y arrugado y se echaran sobre ella hasta que el hombre los espantaba: hug, hug, hug o echándoles piedras. Lo que intento ahora decir es que ya él no era sorpresa. No alarmaba ni intrigaba a nadie. Todos, en la noche, atravesaban lentamente el parque, llegaban a la misma entrada donde él cobraba y luego, sin una sola palabra, apagaba las luces y entonces comenzaba a girar la manivela. Siempre era lo mismo: Napoleón, el general Cambronne y un hombre malo llamado Bellaco Larsenio; pero para todos era distinto. El tiempo, de un año al otro, les hacía olvidar o ver de otra manera.

Ahora bien: mientras él hacía todo aquello. Al tiempo que los hombres disparaban en un silbido certero sus salivazos en el suelo de la carpa, en ese miércoles que se arrastraba en el centro de la semana; el juez atravesaba lentamente, con ficticio cuidado (ya que era de hombres poder ser descubierto en tal empeño), el patio de las gallinas para, con dignidad, separando una de las tablas, entrar en el nuestro.

Las noches siempre fueron propicias a los fantasmas. En los pueblos aparecen iguales a fotografías veladas. Las mismas luces eléctricas tienen igual tono amarillento. Entonces todos nos asomamos al vacío del sueño y platicamos con ellos. Más que nada comenzamos a ver el reverso de la vida. Otra sombra.

Caminando por las calles en las que se habían perdido los perros se oía, aún temprano, no más allá de la medianoche y sin confundirlo con otro sonido, el del choque de las bolas del billar en el viejo hotel de madera donde pensamos que dormía aquel viejo que arrastraba los trapos de su pierna enferma. Los trapos amarillentos del azufre que parecían banderas mojadas y que colgaban de los bordes de la silla cuando hacía que aquella parte de su cuerpo se alimentara con el débil sol de la mañana. La sombra era otra sombra. Más, distinta. El mismo campo era otro y dormía bajo la humedad que estaba ya sobre la hierba y las piedras.

Pero no fue el juez el primero ni sería el último en trepar sobre nuestra tía Tecla. Si fue al lecho con ella fue por aquello mismo: por no voltearse ante los otros. Levantaba la cabeza. Eso precisamente. Demostrando: ¿cómo pueden ir presumiendo delante de mí que puedo cagarme en ellos? Pero no. Puede que lo pensara, pero conociendo que había otros que harían lo mismo y hasta más. Quizás el senador aunque este aparecía solamente en las campañas. Puede que dando la espalda también el jefe de la policía. Digo: puede que, pero no por otra causa que no mar-

cara tortuosidad de vericuelo. De robar lo robado y colocarlo allí donde se necesitaba. Más, ella no quería saber de jerarquías. En cuanto a calentar el lecho se bastaba. Los turnaba aunque demostrando siempre cierta especial honestidad, cierto cuidado en las apariencias y siempre bajo la vigilancia de la Virgen del Cobre y San Roque.

Había, ahora que lo pienso, también lo del padre Viera. La piel del rostro semejante a la fina ubicada sobre la nalga de un niño. Los dientes claros mostrados siempre en una sonrisa que escondía al cazador. De ese contaré más tarde que ahora, apuntando la caída de la tarde, apenas veo tu imagen junto a la del abuelo debajo del guayabo del patio.

¿Y qué puede importar cualquier recuerdo que no sea compartido aunque las medidas sean siempre distintas? Aquel pueblo ya se estaba muriendo para nosotros. Comenzaba a ser hosco el que servía. A doblarse solamente el que había dejado de tener fuerza frente al pensamiento de los amantes de Tecla. Quedaba entonces esa especie de hilo, delgado de temor, que se les había metido en la sangre. El escape era bastante estrecho, pero no había otro. El tiempo se iba quebrando para nosotros poco a poco. Quizás la marca la diera aquel sastre al que Avelino llevó los pantalones del juez para ser angostados. Se negó a ajustarlos a sus piernas. Había dicho: «Esas viejas tuyas no.» Quería decir: «Voy a trabajar para nada. Ni siquiera la puta esa vale una puntada.» No daban ya la espalda sino que se volteaban y hacían el gesto del dedo tieso.

Es decir que cuando se fueron los hombres, uno y otro partieron con distancias anchas entre ellos. No siempre medió explicación. Simplemente desaparecían. Nuestro padre fue el último y no por una sola causa como creí. Las que fueron llegaron pegándose igual que hojas sobre la tierra. Llegó quizás el momento en que se le perdió la vista y cerró la puerta. No cabe encontrar culpables. Todos somos siempre culpables de algo. Pero, lo que quiero dar a entender es que nos quedamos sin puntal. El abuelo no era ya ni medio hombre, Avelino y yo ni un cuarto. No cabe agarrar lo que se escapa y traerlo. Nadie, por otra parte, pensó hacerlo. Ni siquiera la abuela con su indiferencia a todo cuanto no significara acumular sin necesidad, sin motivo. Algo así como lo hace una gruesa hormiga, opulenta dentro de su vacío, dentro de su miseria de alma. Por lo mismo aquello quedó desguarnecido. El sostén era precario. Vino de fuera, de gentes ajenas que únicamente entendían de atravesar los patios en las madrugadas para apretarse al cuerpo de la Tecla. Precario era aquel sostén de humo. El jefe de la policía, el juez, también el depositario del Ayuntamiento, puede que el Venerable Masón y el cura. Eran solamente sombras de poder. Solamente mientras durara su deseo. Existía un conocimiento compartido por todos en cuanto a no ir más allá de la prudencia. Lo conocían también los turcos que venían de otros pueblos mayores, de ciudades lejanas o cercanas y nunca, como hubieras supuesto, en carrromatos o sobre caballos, sino en el

ferrocarril que se detenía dos veces. Temprano en las mañanas y después del oscurecer.

Pero ninguno de los que cruzaban los patios querían ser o aparecer como fantasmas. Si antes corté allí donde el hombre hacía girar la manivela, fue para indicar lo imprevisto. Pienso que así se le llama a lo que ha de suceder en momentos en que no media la prudencia, en momentos en los que se hacen juntos dos ramales (y a veces tres y cinco) que parecían ir paralelos. Es obvio que no querían serlo ni parecerlo puesto que era noble conocer que, un momento después de aprovechar la noche para cruzar el patio sin alarmar a las gallinas; todos los habitantes de allí sabían que aquel estaba mojando su pluma en el tintero de la Tecla. Después, en la claridad del día, podrían ser cruzados sin sonrisa ni mirada cómplice. El temor se interponía. Era, digamos, el respeto a cierta condición. Se establecían y afirmaban los niveles. Mientras todo esto pasaba, la Tecla aspiraba en la almohada el olor del que la había satisfecho y cerraba los ojos suspirando.

Retrocedamos a la noche aquella, en el interior de la carpa. ¿No escuchas el ruido de la manivela bien aceitada? La voz seguía. Carraspeante a veces. Arrastrada otras, en tiempo de espacio breve, en gárgaras que aplicaban un papel secante a las erres fuertes y débiles. El general Cambronne y ahora también Marco Aurelio. Las togas, los senados, la elocuencia. Entonces alguien muy sutil, de mano suave, arrastró la cuerda. La había pasado ya por debajo de la carpa. La dejó donde sobresalía y fue a dar la vuelta para ir

apretando el cuerpo en las sombras allí donde no había espacio medido para los salivazos. La mano, sin sonido ni sombra, se tendió. El extremo de la cuerda fue atado a la pata izquierda del trípode que sostenía la gran caja negra. En el vientre se desenroscaba el celuloide ya gastado, arañado. Dejaba líneas imprecisas, manchones opacos en la tela donde se movían aquellos viejos y amarillentos fantasmas. No había un solo perro por allí. Estaban, como he dicho antes, dentro del calor de las cuevas del cèrrito. Tampoco ningún animal humano cruzaba el parque ni venía de la estación del ferrocarril. Ya inmóvil era aquel contorno con su aparato telegráfico sin sonido. Ni el viento hacía vibrar los tamarindos que estaban frente a la zona extensa de los cañaverales. Ello es cierto. No podía nadie ver nada porque nada había. Luego, la misma mano había atado antes el otro extremo de la cuerda. ¿Qué mano? Era quizás demasiado suave para ser vista o sentida allí donde ni el aire existía. Así fue. La cuerda estaba sujeta debajo del Ford del herrero. Un Ford que se movía justo a las diez de la noche. El herrero pasaba la calle, abría el portón donde reposaban sus hierros, sus mandarrias, sus herramientas, sus grandes clavos de calabaza cuadrada, sus yunques y sus aires de ancho olor a aceite con carbón y moho y trapos húmedos; después se desplazaba con lentitud hasta el Ford. Se subía colocando su zapato sobre el escalón metálico pero antes abriendo la portezuela y quizás acariciando con su mano derecha callosa la bola de goma roja de la trompeta. Se subía.

Hacia el encendido y disfrutaba la vibración hasta más allá de la piel del vientre. En la parte interna de los intestinos. Puede que también en el latir de su pulso, de su corazón. Después soltaba el freno. Suavemente el embrague. Nunca pasó de una velocidad prudente. El Ford giraba a la derecha y, en el centro mismo de su sombra sobre el polvo, se desplazaba hasta alcanzar el portón, pasarlo y llegar, más allá de los fierros y los yunques, al mismo refugio del colgadizo interior. Esto hacía día a día el herrero y nunca que yo sepa, mientras, digo, vivimos en aquel pueblo, dejó de hacerlo. Aquella noche, pongo el caso sobre tus dos manos abiertas, arrastró la gran caja negra con la manivela. La caja cortó el suelo en un quejido de láminas metálicas, se fue con fuerza sobre la parte inferior de la lona y la perforó. Siguió sobre la esquina cementada del parque. Dejó pedazos de ella encima de las piedras y terminó destruida un poco antes de llegar al portón del herrero, siempre arrastrada por el poderoso Ford de velocidades reguladas debajo del volante.

Más o menos aquello correspondió a una época en la que, digamos, era posible ver a la gente tomando café en cualquier esquina. No ya sentados bajo un sol suave sino también detenidos en el cuadrado de una ventana o apoyados en las jambas de las puertas. Ello revelaba que aquel humo, relativamente aromático, constreñido en su poder por el polvo de garbanzo molido y adoptado por todos los paladares sin excepción, hacía la atmósfera regocijada del bienestar cuando

el pueblo, en el nivel del medio al bajo, aún podía disfrutarlo. Nadie, que como en otras circunstancias se anticipa y lamenta, podía, dentro de aquella sensación de plenitud establecida en el contorno de las grasas lentamente quemadas, predecir lo que vendría después.

Cierto que los negros vivían en el colgadizo vecino a las cuevas de los perros, en el cerrito, pero allí les gustaba. Quiero decir que no se les veía malestar. Salían a veces a espantarlos porque se ponían a aullar cuando no debían. Cierto que cuando lo hacían tenían una cara larga, una cara encogida de pesar, pero aquello era tomado así por molestia, por razón de un sueño interrumpido o por el largo sonido que persiste en el laberinto de las orejas hasta hacerse irresistible en el cerebro. No era algo distinto. Ajeno a aquello. Digamos, otra vez, que indicara carencia de alimento. Se pasaba por allí y el olor era a plancha. A humo de plancha sobre telas almidonadas, sumergidas primero en los grandes espacios de zinc, al fuego de leña seca, para quitarles el sudor amarillo, las viejas grasas que atravesaban los poros. Luego, en los amaneceres, cuando aún estaba la película de neblina acostada en la tierra baja, bajaban las mujeres negras, de tobillos finos. Bajaban contoneando sus traseros duros y se metían en las calles traviesas. No tenían que tocar las puertas. Iban, levantando los hierros sujetadores, pasando los brazos por las maderas para zafar los pestillos, desatando las cuerdas de un poste al otro; a cruzar los patios y meterse en las cocinas donde, sin preocuparse por el

ruido que hacían y que no era percibido; acolchado el durmiente por una pared de sueño ancho, iniciaban el cansado rito del café y el chocolate. Aún, te digo, era posible no preocuparse. Abriendo las manos al salir de cualquier casa podríamos, Avelino y yo, llegar más allá del viento. Saber dónde estaba su fuerza de impulso contra el ladrido de los perros amarillos. Saber de dónde venía el roce del zapato del abuelo. Conocer lo inmediato en el oído y en la planta de los pies. Después de todo, era bastante.

Pero en aquel momento en el cual la caja negra se deshacía entre las piedras nocturnas, la película que estaba en su vientre se hacía listón luminoso entre el borde del parque y el portón del herrero y las estrellas parpadeaban sus luces contra las amarillas del alumbrado eléctrico; Avelino estaba entrando en nuestra casa.

Puede que en la hora también se ubicara la de mi diario sueño nocturno del que salía pegajoso de sudor y semen. Dentro de las varias maneras del soñar está la más desconocida no ubicada todavía por los que se han puesto a encontrarles punta y no van más allá del tope. Por muchos años, aunque en el día o al anochecer fornicara con un animal hembra o con una prostituta, amanecía así envuelto en aquella niebla oscura trepada en el cerebro. Las piernas pegadas. El miembro como un gusano encogido. No había sombra de recuerdo. Podía haber vuelto en reversa tantas veces como la luz aparece desde que el mundo es mundo. Ya, pues, esperaba sentado en el borde. Sentado en el mismo filo. Los

ojos puestos en la oscuridad. Alerta. Tenaz. Acababa doblándome un instante. No más el tiempo que se tienta con el ojo el sueño. En ese preciso momento. Apenas tres segundos bastaban para hacer estremecer el gusano. Pude dar vueltas en el tiempo buscándole una trampa. Una angosta cuerda. Una abertura en la tabla de madera. La tira adherida. Todo fue estéril. De todos modos y maneras pensamos, como te digo, que pudo haber sido coincidente por aquello de que los ríos del misterio suelen reunirse. Yo lo dije después. Le dije: «No pude pararme porque acababa de tener una venida que me aflojó los huesos.» La verdad no era aquella. No siempre se puede hacer uso de ella y menos cuándo la cubre el miedo.

Los que estaban dentro de la carpa dijeron haber quedado de inmediato ciegos. Las figuras dejaron de moverse y, a la sorpresa, siguió aquel reptar de la caja hasta abrir el boquete en la lona. Luego despertaron. Eso puede imaginarse. Igual te ponen una mano sobre los ojos y los aprietan. Yo creo que comenzaron a golpearse en la oscuridad y, con su peso y agitación, con su moverse entre risas y palabras y brazos levantados y piernas que iban golpeándose con otras y con las bancas alquiladas; apretaron al hombre contra el polvo y lo ahogaron. Puede que haya sido. Ni lo niego ni lo afirmo. Es cosa de subir en la cerca y echarse atrás en el tiempo. Poner tu cara sobre aquello que era el hombre acostado en el polvo de la carpa con los ojos abiertos y la boca rodeada por un hilo de color verde.

El telegrafista del ferrocarril, que vivía en un vagón muerto, estaba leyendo un libro de Paul Feval. De aquella manera mataba las horas. También las mataba con Buffalo Bill y con Salgari, pero su clásico era Feval. El telegrafista era, con todo, una persona seria y hablaba poco. Con todo, se acercó aquella mañana y habló al oído del forense. El forense asintió. Muchos años después volví a verle en el pueblo del tabaco. El pueblo del lodo y del tabaco donde todo tenía el sabor y el olor al tabaco. Lo encontré de telegrafista del ferrocarril viviendo en un vagón muerto en un ramal, con las traviesas cubiertas de hierba y los raíles enmohecidos y con una vasta biblioteca de Salgaris, Bills y Fevals a la que se iba uniendo otra de Montepín. Seguía siendo el mismo. Digo: el telegrafista. Llevaba los mismos pantalones estrechos de color gris, la misma camisa de color gris y la misma corbata azul desteñida y cuidadosamente lavada. Nos sonreímos. Nos dimos la mano y nos preguntamos cómo estábamos y mucho gusto. No pensé que se quedaría allí aquello. «¿Qué le dijo?», pregunté. «¿A quién le dije qué?» preguntó. «Ah», dijo apenas en un hilo de aliento cuando le aclaré: «Le dije al animal aquel que no había sido uno sólo sino un tropel de bestias.» Pregunté otra vez. El telegrafista se volteó y se fue para su vagón muerto. Para su séptimo vagón muerto o quizás el undécimo. Él cambiaba sin cambiar. En eso era muy parecido a nosotros.

Pero sigo hablando. Me refiero al hecho de que siempre hay que encontrar el cuello para

colgar la piedra. No importa dónde. Cuando lo que te toca va a llegar llega. Todo se realizó por el cruce de circunstancias. Cualquiera puede entenderlo. En consecuencia fue el que ató la cuerda, los dos extremos de la cuerda, el que lo hizo dentro del silencio solamente interrumpido por la narración histórica. Evidentemente: con cautela. Se necesitó ser en verdad sutil. Buscar el momento adecuado. La hora. Saber deslizarse. Por ello, digo otra vez, el hombre también podía haber muerto por otra causa de no haber sucedido como sucedió. No por lo que afirmó el forense de un simple ataque cardíaco, extendido contra el polvo, despatarrado, probablemente con los bofes deshechos; sino también de tristeza. Por ese dolor hondo del pan perdido que no se sujeta a un mal establecido en los tratados. De antiguo lo es sin embargo. Cabe aquí ahora decirlo. No siempre es violento, llega y aniquila, sino se va quedando y haciendo ancho. Crece al pasar la sangre. Establecido allí donde no se piensa, pero crece hasta que el aliento deja de ser un hilo a través de la boca.

Entonces fue que todos señalaron a Avelino y ello vino a dar otra justificación a la paliza del juez. Pienso que de haber estado allí mi padre que era un guardián de la verdad, aunque esta jamás fue amable con él; quizás se hubiera puesto de su lado. Advierte que dejo un margen a la condición nuestra. No sabemos hasta qué punto se puede ser débil ante la amenaza. Sin embargo, te digo, el abuelo sí. Hay que reconocerlo. Él lo hubiera hecho sin duda de no mediar la arterioes-

clerosis y el principio de la inflamación total que lo mantenía mudo. Aún hoy, cuando llega en las madrugadas arrastrando su pierna, cuando se sienta al borde de mi cama solitaria; no platicamos de eso. Es posible que él no lo mencione para que no nos acusemos mutuamente de cobardía o puede también que considere que aquello fue consecuencia de un paso de Avelino por una de las encrucijadas que nos toca pasar. No lo hemos aclarado y es posible que no lo aclaremos nunca. Los actos nobles son de los violentos de temperamento. Los prudentes, los cautos, los neutrales, no. No van más allá de sus límites. El pellejo es cauto. Reacciona con rapidez dentro de la órbita de la prudencia.

El caso es que al pasar el cercado en la noche, tal como lo hacían al amanecer las negras que servían en la casa, Avelino, con la torpeza de un perro ciego, arrastró sus pies, se introdujo en el pasillo interior, tanteó suavemente con sus dedos ahusados las paredes, torció a la derecha del piso de mosaicos pulidos por la negra de la limpieza que allí dejaba parte de sus alientos, y colocó justamente su zapato derecho sobre una cáscara de mango olvidada por la abuela.

En aquel entonces la abuela había ampliado en cerca de quince centímetros la extensión de sus inmensas nalgas. Las nalgas de la abuela habían ido adquiriendo aquella propiedad de engrandecimiento en los últimos tiempos. Todo ello como consecuencia de permanecer sentada o acostada por el resto de lo que habría de ser su vida. Así, aquella cáscara no podía ser de otro de los ya

escasos familiares, inútiles o trajinantes, o de las incansables negras que eran precisamente las que mantenían la pulcritud del hogar Orlando, ya que el nombre de nuestro padre aún permanecía vigente en aquel edificio resquebrajado como una sucia bandera deportiva. Al entrar el zapato de Avelino en contacto con la zona superior de la cáscara de mango se produjo un rápido desplazamiento y el cuerpo de este se impulsó hacia la puerta de la habitación de la tía Tecla. La puerta, levemente cerrada, cedió y dio paso a Avelino que atravesó el espacio para caer sobre el lecho donde, en aquel preciso momento, el juez se agitaba sobre el cuerpo de la tía Tecla.

No me he detenido nunca a pensar en lo que pudo suceder. Digo, en lo inmediato. Ahora quizás pueda ser reconstruida la escena inicial. Sin embargo lo que me ha mantenido preocupado durante todo este largo tiempo es el bastón que empleó el juez para golpear a Avelino. El bastón era, indudablemente, del abuelo. ¿Qué podía hacer en la recámara de la tía Tecla?

No fue en el declive. Fue un poco antes. Un poco por esto, un poco por lo otro. Los años habían pasado y allí se iba ya muriendo. El principio, en uno de los tantos pueblos esparcidos sobre la piel de la isla, aparecía en la visión, amarilla de fotografía guardada entre los papeles húmedos, de nuestro abuelo Manuel en sus tardes dulces, contemplando la lejanía de sus cañaverales, detenido delante de la pared de sus macheteros. A esto que me llega de una mirada que fue

nítida y clara y ahora solamente vuelve a hacerse así al cerrar los ojos; a lo otro en el eterno éxodo que siguió nuestra vida, se establece una distancia cortada sucesivamente entre las medidas de tiempo, que reducen estas visiones más por intensidad que por espacio. Luego este decir del pasado vuelve a hacerse presente en esos encuentros con los fantasmas familiares que vienen a sentarse al borde de la cama antes de que la luz regrese a formar el día, y dicen sobre mi oído sus amables palabras. Siempre amables y consecuentes y nunca duras. Sí, nunca duras para no enturbiar el buen recuerdo.

Quando las borrascas eran anticipadas por los truenos, la abuela pedía ser llevada al lecho y allí se cubría los oídos con las almohadas. A través de las almohadas se escuchaba un sonsonete de rezos que pensamos siempre dedicados a Santa Bárbara. Puede que aquella noche hiciera lo mismo. Puede que, de pensar lo contrario, también lo hiciera. Es igual. Para el caso estamos lejos. Con todo, y siendo, como era, una anciana con la misma conformación de la tortuga, aunque con una vivacidad interior que la mantenía alerta, sacando la cabeza y afinando sus oídos, estoy seguro de que mantuvo el silencio apretado a su cuerpo. ¿Qué otra cosa pudo hacer? Unos días después me incliné sobre su pequeña cabeza, separé con cuidado el cabello canoamarillento y le pregunté encima del oído izquierdo, que era el que latía al compás de su viejo corazón cascado: «¿Por qué echaste la cáscara frente a la habitación de la tía?» Cerró los ojos hasta hacerlos estrechos

como el filo de una hoja. Sonrió. Sacudió con suavidad las manos. «Cualquier cosa», dijo, «que pase en el mundo está regida por la Divina Providencia.»

Como se levantaban y volvían los viejos pájaros negros que cagaban las balaustradas y que inundaban de paja sucia los bordillos en su afán de hacer nidos en todo agujero; a veces al pueblo llegaba una cara nueva. A veces no era una cara nueva sino una vieja, una que había vivido allí lo suficiente para hartarse, largarse, volver a hartarse y volver a largarse. Esto hasta que caían en una ciudad y eran tragados por ella. No es que no retornaran después, sino que volvían transformados. A lo mejor con un Ford de capota plegable, o vestidos de marinos de guerra o disfrazados de cirqueros. Yo esperé siempre el retorno de alguno de los tíos. Los esperé para demostrarle a Avelino lo capaces que eran. Cómo el tío Miguel fumaba por las orejas; el tío Francisco jugaba al billar haciendo una carambola tras la otra; el tío Rogelio podía conocer cuándo un huevo tenía pollo o gallina. Pero me quedé esperando lo que no sucedió nunca mientras vivimos en aquel pueblo: su regreso. Sin embargo, algo se movió allí para cubrir un poco lo que llamaron el escándalo de los Orlando y la insaciable ninfomanía de la tía Tecla.

Se movieron las cosas debajo de una lluvia que pareció no detenerse nunca. La lluvia, así de seguida, crea estados de ánimo muy singulares. No es precisamente melancolía sino inercia. Esa forzada condición de estar inmovilizado en un

espacio. Opaco ese techado sobre el que tenemos que dejar pasar los días tomando el calor amarillento de la luz eléctrica. Ver las hormigas atacar el pan húmedo. Abrir caminos en el azúcar. Dejar su sabor acre encima de todo. Su paso seguido, incitador al tedio más absurdo. Mientras, el sonido igual persiste fuera y se introduce con la humedad, se hermana y nos cerca hasta meternos en su cuerpo de agua. Pero, con todo, la Tecla siguió recibiendo, noche tras noche, la visita de sus cortejantes. A ellos se había sumado el Presidente Municipal que dejaba en su habitación un fuerte olor a tabaco de hoja. Pero, a pesar de la lluvia, de la inclemencia del tiempo, de la paralización de los trabajos de la nueva red telefónica; el padre Viera salió a cazar. No había nada que cazar debajo de la lluvia. Los animales todos, conscientes e inconscientes, hembras y machos, ninfómanos y priápicos; estaban metidos en sus agujeros y se aburrían en ellos. Quizás la única excepción en toda la tierra habitable fuera la del telegrafista del ferrocarril. Inmediatamente antes de comenzar las lluvias había recibido varios ejemplares de las **Fabulosas historias del coronel Cody** y estaba sumergido en un mundo compartido con Pawne Bill, pequeño Cayuso y el alemán del asno, descuidando las llamadas de punto y raya, la limpieza general del vagón muerto y su propia alimentación. Como he dicho. Como te venía diciendo, el padre Viera, ahogado por la inercia, decidió de pronto ir de caza. Como cazador sabía que no encontraría animal alguno al que disparar, pero quizás también pensara,

como la abuela, en la Divina Providencia. Quién sabe si un venadito. Todo es posible en la viña del Señor. Paralela a la salida del padre Viera se observó, a través de los vidrios de las ventanas, que las comadres mantenían continuamente limpios, luchando contra la persistencia de la humedad que los opacaba, el paso de la comadrona y, algún tiempo después, el del médico. Puede que no existiera relación alguna entre la salida del padre Viera, la regulación de los hechos por la Divina Providencia y el aborto sufrido por la hija más joven, apenas catorce años, de la sobrina del senador. En cualquier forma es un hecho bastante elocuente considerar, como lo consideró todo el pueblo, que la salida del padre Viera fuera coincidente con el aborto de la hija de la sobrina del senador. Esto se agravó más por dos razones. Las aspiraciones del padre Viera a un cargo electivo en la cámara legislativa por el partido contrario al del senador, y la frecuencia con que asistía, en horas insólitas, la niña al templo. A las cinco de la tarde de ese día la lluvia no ocultó el sonido de varios disparos. Cualquiera podía saber que habían salido de la escopeta del padre Viera. La alarma obligó al juez, al jefe de la policía y a otros vecinos responsables, a desplazarse hasta los bordes del cerrito. Encontraron tres perros horadados por los perdigones, mientras el padre Viera, mojado y oscuro, regresaba con lenta satisfacción al pueblo.

Pero así como la lluvia nos sumerge en el más terrible tedio y hace que las sandías se conviertan en un papel comestible, en un algodón baboso

y sin sabor, el viento trae tanta tristeza como el paso de los trenes. No digo el aire. No es igual que levantar el brazo con la palma de la mano abierta y sentir, por entre los dedos, el cimbrear de su rugido. Ese es el viento. El aire es otra cosa. Es grato sentirlo cuando en el verano nos echamos sobre la tierra desnudos, con las piernas abiertas, y dejamos que pase suavemente por los testículos y doble suavemente el extremo de los bigotes mientras con los dedos arrancamos las hierbitas. Las estrujamos. Les aspiramos el olor verde y amargo.

No sé si recuerdas. Un poco antes de partir; de dejar de vernos, el afán que tenías de poseer un caballo. De haberlo visto vender, la abuela te lo hubiera comprado. Fuiste su consentido. Eras un niño redondo con mejillas semejantes a las del padre Viera. Sonrosadas y tiernas como los ángeles de las postales. A mí no me dio por aquello. Nunca me gustaron los caballos aunque aún me hacen mucho tentar las mujeres con rostro equino. Debe ser cosa que llevamos extraña y no revelada.

Mi afán fue lograr una bicicleta. Fue algo obsesionante. Amanecía con el sol. Iba hasta el largo camino que estaba más allá de las últimas casas donde se iniciaba, angosto y misterioso, bordeado de árboles colorines que en la isla llamaban piticos. Soñaba con pasar aquel camino. Meterme en su niebla, trepado en la bicicleta, y llegar al borde de la tierra para caer al vacío.

De la golpiza Avelino quedó medio sordo. Comenzó entonces a parecerse al tío Rogelio que

aún no tenía vacas aunque sí tenía hijos. Una cicatriz de color violeta se le quedó marcada debajo del oído derecho. Supongo que haya muerto con ella. Además de la sordera y la cicatriz, creció un poco. No sé cómo le encontraron unos pantalones largos. Eran de lana y, según me confesó, le hacían sudar bárbaramente de la cintura hacia abajo. Por eso te dije antes lo del aire en el verano. En las tardes solíamos ir por el cerrito y él se descalzonaba para recibir el paso de la brisa. Entonces ya no se sentaba frente al abuelo debajo del guayabo del patio. El abuelo raramente se levantaba. De su habitación no salía. Avelino, con el mismo silencio de antes, sin pedir un permiso que sabía concedido, entraba y se sentaba al borde de la cama y contemplaba cómo el viejo moría lentamente.

En aquellos días me acerqué a la tía Tecla. No la había visto antes con ojos hurgadores. Se toma esa condición cuando se quiere entrar en algo. Es como una nueva forma de ver que deja ver lo que no se ha visto. Pienso que los lazos de sangre me llevaron a verla, antes y después, con ese límite que marca la educación que uno ha recibido. De cualquier modo y manera no llegué a saber entonces por qué era tan buscada. No era mujer fácil. Tenía un oculto sentido del orden, del equilibrio. No lo revelaba. Lo tenía como tiene el cocodrilo oculta su velocidad de ataque. Le pregunté qué hacía el bastón del abuelo en su recámara. Ella lo había recogido después de la golpiza y lo había colocado exactamente donde lo encontró el juez. «¿Qué hacía en tu

habitación?», digo que le pregunté. «Uh», dijo y sonrió con los ojos. «¿Qué puede importarte a tí?» «¿Qué hacía?», repetí. Pero hube de bajar la vista pues ella me estaba mirando directamente a los ojos y era una mirada demasiado caliente para poder ser sostenida. «Mejor te vas», dijo. «Mejor te vas de aquí. ¿Crees realmente que ese es el bastón del abuelo? Puede que sea, puede que no. Déjalo así. Mejor para ti y para mí.» Me volteó la espalda y se fue por encima del aire partiendo la tarde con un contoneo que debió haber aprendido o inventado en la cama. Antes no lo tenía. Antes había partido el aire de costado. Un poco como cerrada contra él. Quizás porque no estaba sola sino sujeta por las otras tías, por sus hermanas, y también por las flores que nacían en el aire del piano.

El senador nos visitó en abril de ese año. Las raras peonías, que crecían en la casa del vecino de la derecha, radiaban al sol y se cubrían de enjambres de insectos semejantes a trocitos de algodón limpio. Las peonías y el senador tenían poco en común. Ni siquiera empleaban la misma voz. El paso del senador por las calles del pueblo fue cuidadosamente observado. Su andar podía indicar sus preferencias. También su elección. Todo podía ser posible y también paralelo. El andar aquella vez fue cauteloso, a pasos cortos, semejantes al empleado por nuestro padre al dar vueltas, los domingos, por el parque de Manzanillo, ignorando la retreta que surgía del cuartel cercano. «¿Qué crees?» preguntaban,

e invariablemente la respuesta era: «¿Quién sabe!» En cualquier forma y tanto desde el punto de vista de los menores como de los mayores en jerarquía social, el senador estuvo amable y obsequioso. Prodigó sonrisas y ofrecimientos. Habló del estado lamentable de las calles, de la necesidad de incrementar los jornales, de reparar las precarias escuelas. Se volteó: en un momento apacible, cuando todos estaban pendientes de sus actitudes para deducir de ellas si sería o no electo; para declarar, cuando se volteó, como digo, que aquella vez iba en serio ya que antes había tropezado siempre con la oposición del partido contrario, mantenido en la idea de perjudicar los intereses del pueblo. Evidentemente las peonías del vecino de la derecha ofrecían un espectáculo bastante más atractivo con sus enjambres y su color brillante ante el sol de la mañana y la tarde. Nadie parecía prestarles atención, lo que era lamentable, pues, según pude conocer después, las peonías dejaron de aparecer en los años sucesivos y el senador, aunque volvió a ser relegido, jamás atendió la reparación de las calles, el incremento de los jornales y la compostura de las escuelas. Quizás también intervino en ello lo que la abuela llamaba Divina Providencia.

El juicio por la muerte del hombre de la carpa duró varios meses. Mientras el proceso llevaba su lento andar, la carpa moría de polvo y fatiga a un costado del parque. Semejaba un extenso cadáver boca abajo sobre la tierra. A su alrededor había crecido una tupida hierba y los

caracoles encontraron un húmedo y grato refugio debajo de su piel cuarteada. Fue un ir y venir de gentes: abogados, peritos, testigos, funcionarios, gendarmes, rurales, señoras obesas, marinos, traductores del inglés, del francés y del chino cantonés y miembros del Ejército de Salvación y de la benemérita Cruz Roja. Ninguno de los participantes en la visión última del mariscal Cambronne y de Cleopatra figuraron en los numerosos juicios, vistas, actos y protocolos, que se sucedieron. Ni siquiera Avelino, señalado como principal responsable, fue citado. Lo injusto del hecho me hizo pensar mucho.

El abuelo comenzó a agonizar una tarde de febrero. No fue una agonía lenta. Cuando murió tres de las negras lo lavaron con Agua de Florida, y cosieron sobre su cuerpo delgado una sábana limpia y le ataron un listón ancho, de color azul celeste, de la barbilla a la parte superior de la cabeza, para que la mandíbula inferior no quedara colgando y se le viera el interior de la boca. Nadie más que las tres negras, junto con Avelino, y en breves momentos la tía Tecla y yo, le velamos. Las negras tenían las cabezas gachas y murmuraban una incomprensible letanía. Al día siguiente lo enterramos. Era una espléndida mañana cubierta de pájaros. La tía Tecla, disfrazada de doliente, pidió a alguien despedir el duelo. Lo hizo el Venerable de los masones.

Nunca volví por el cementerio. Él se quedó allí, sin lápida ni señalamiento alguno, en aquel quinto o séptimo pueblo. A veces, viene a verme

en las madrugadas. Su hablar es entrecortado y difícil como si aún pesara sobre su español el raro y sonoro idioma vascuence. Jamás ríe. Ni siquiera echa una sonrisa por el lado izquierdo de la boca que era su parte sana.

En la época de los grandes vientos, cuando las gentes tomaban aquel aspecto golpeado que adoptan los viejos caballos, se profundizó el derumbe de la casa. La dispersión, que obligó a arriar la bandera de los Orlando, se inició una mañana. La tía Tecla, que había recibido una inspiración de la Divina Providencia la noche anterior, decidió emprender viaje a la capital de la república y se llevó a la abuela para que sirviera de escudo a su recato. La huida, obviando los numerosos acreedores, se hizo en el tren de la madrugada. Al amanecer, cuando el viento soplaba como una enfurecida bestia: Avelino y yo vimos entrar las negras por la puerta del patio y salir por la de la calle de regreso a sus guaridas en el cerrito. El olor de la huida las había ahuyentado definitivamente. Nada, en aquel momento, tenía sentido fuera del éxodo. Avelino se acercó al piano. Hizo un camino con su índice sobre el polvo de la tapa. Luego dijo algo del tiempo, de la caña de azúcar y de sus pantalones. Abrió la puerta y la dejó abierta. No creí volver a verle más. Ni siquiera como fantasma de los que me visitan en las madrugadas.

Cuando murió el día caminé lentamente, atravesé el parque, llegué al andén del ferrocarril y esperé el paso del tren. El agente de correos y su compañero, que eran amigos de nuestro pa-

dre, me permitieron ir oculto, entre valijas de correspondencia, hasta otro pueblo. Lo último que vi de este quinto o séptimo fue la carpa, extendida como un mugriento cadáver, entre las amarillas luces eléctricas.

SEGUNDA CONDICIÓN DEL PERRO.

(Ladrando)

Cuando desde el cielo, convertido alguna vez en pájaro madrugador, vuelas bajo y un poco medido en cuartas sobre la tierra, trates de verlo, no te será fácil. No se asoma a cualquier viento. Te confunde aquello que se mueve abajo como una delgada ola blanca o, quizás mejor, como esa penumbra de nube que aguanta el sol y lo detiene y conduce a su necesidad. La requerida. Ni un grano más de él para su savia siempre sedienta, y luego, con cuidado, hacer de su oro caliente un buen gallo domesticado que pase el paño fino. El que hace falta para no quebrar la delicadeza de la hoja larga, aterciopelada y aún verde. Cuando esto suceda estarás volando sobre un campo de tabaco y si la ola es larga y, de lado echas la vista sobre la orilla de la tierra donde se pierde sobre el agua o los vientos, entonces estarás volando cerca de un pueblo de tabaco.

No quisiera contarlo con eufemismo. Mejor cerrar la puerta a la sospecha. Prefieroirme de lado cuando veo un estrábico. Tanto peor si el estrábico sonrío nerviosamente y me obliga al hechizo de los dedos cruzados para evitar que

el suyo permanezca, sobre el ancho y amplio muro de las cenizas, por toda la eternidad, encima de mi cráneo.

La entrada al pueblo del tabaco no fue descaída. Nadie jamás me habló de él. Ni siquiera aquellos manoseados libros del colegio tenían referencia alguna. No había asidero. No había ni remoto estímulo a imaginarlo en el futuro. A encontrarlo en un mal sueño.

—Verás —dijo el agente de correos separando con los índices y los pulgares la valija de correspondencia—. Creo que van a inspeccionar.

La valija de correspondencia era una piel de lona arrastrada por todos los andenes de todas las estaciones del mundo. La atravesaba una cinta de cuero en la boca superior. De ella se suspendía un candado con la palabra **Safety**.

—Bueno —acepté, pensando en una felicidad remota.

—Trataré de explicárselo a tu padre cuando lo vea —advirtió, y abrió con cuidado la puerta del vagón-correo.

Bajé. Todo era oscuro y lejano. Oí cómo el tren se desprendía del aire inmóvil. Quedé suspendido en un espacio muerto y extendí los brazos sintiendo en los dedos algo semejante al bosque fantasma del tercer libro de lectura para niños obedientes. La atmósfera era amarga y en su centro se escuchaba un remoto tic-tac de madera y resortes.

Avancé pasando los dedos sobre las viejas tablas agujereadas como las esponjas de Calandraca. Encontré una puerta giratoria. Entré.

El espacio correspondía a trazos marcados por bancas. Sección de primera clase. Una penumbra amarilla indicaba esa hora imprecisa que no es noche ni amanecer. Surgía de altos focos que iluminaban paredes oscuras. Sobre las bancas aparecían algunos cuerpos ovillados en un sueño que parecía no tener fin. Seguí el nivel ancho del espacio entre las cuatro paredes. Primera clase. No fumar. No escupir. W.C. Caballeros. W.C. Damas. Mi zapato derecho tanteó una colilla. Ignoro por qué aquella me trajo el recuerdo de los *westerns* en los que siempre aparecía el híbrido salón-hotel con damas de altas plumas, barras donde los vasos y botellas, impelidos a todo lo largo, llegaban con precisión a la diestra mano del alegre gatillo; y escalera de madera torneada que llevaba a las habitaciones de camas de metal y palanganeros de peltre donde el héroe perdía la virginidad y la sangre. Todo marcado en un hilo sentimental por el paso de la puta que el caballero de largo cigarro, tahúr con leontina, contemplaba desde lo alto con un dedo, el pulgar, en la bolsa inferior izquierda del chaleco de raso negro.

La visión llegó al corazón del espacio. Dentro de la luz amarilla encontré un Roskoff-Longines. Alto y robusto, como una catedral en un campo de batalla, balanceaba su péndulo cubierto. La caja reluciente. Las flechas sobre números romanos creciendo en una llanura de margaritas; el nombre flotando en la sonoridad de su cuerpo aceitado, asesino de tiempo. Allí nada tenía que hacer Euclides.

Comprobé la existencia de seis ovillados y me convertí en el séptimo sobre la onceava banca. Me pareció que todo estaba inmerso en el espíritu de la eternidad con una corta sombra sobre las costillas.

Entonces todo el espacio que medió entre mi descanso y la ubicación en la primera clase fue tan incierto como pudo ser para Jonás y su puta madre el tiempo dentro del vientre de la ballena. El sol se asomaba vacilante antes del golpe sexto del Roskoff-Longines. No entraba en la primera clase más allá del enrejado de las ventanas. Desde el día inicial salía simulando el paso enérgico, nervioso y contraído del que abandona un viaje tenebroso. Justamente mis pasos no me llevaban más allá del primer poste de la entrada. Allí llenaba los pulmones con el aire matinal que tenía la consistencia del tabaco curado. Sentía pasar la brea oxigenada por la laringe y ser conducida, con el primer estertor del ahogo, por el río de la sangre. Era una hermosa y sana conformación que podría haber sido complementada con ejercicios de flexión. Cierto que no alimentaba pero hacía la buena manera de insertar en el organismo la cantidad necesaria de nicotina para mantener despiertos los nervios. Todo un fácil estimulante gratuito.

No sabría decir cómo fue desenroscándose la tuerca del tiempo. Pensemos que en **boca de mentirosos lo cierto se hace dudoso**. Echo al aire un hilo de días. Lo único inquietante era poder mantenerse de pie dentro del límite de la decencia mientras la sangre hiciera su tránsito, ya casi

imposible, del plomo de las piernas a la estructura remota del cráneo.

Quizás fue uno de esos días «entelerañados» en mi memoria cuando llevé los pies hasta el poste después que el Roskoff-Longines desperató sus margaritas. Tragué mi aire con cierta fingida circunspección pensando en lo irremediable de ciertos hechos y en el culpable desamparo a que me habían sometido los amigos de mi padre, cuando escuché lejana la voz de llamada de la Divina Providencia. Una voz fácil y pegajosa que se hizo pequeña y delgada como el agujero de una aguja.

—¡Pero si tú eres Nano!

El tío Esteban afirmaba que los niños carecían de toda la mansa condición que se les atribuye. «Con excepción de los tarados, a causa de su torpeza al hablar» —decía— «todos prefieren el papel de bandidos en la comedia de los juegos.» El culpable fuiste tú. Parece que te correspondió la segunda entrada al mundo. Indicación de cierta lentitud de movilidad. La inclinación al prolongado balbuceo obligado por la lengua que se retrasa al mantener el hilo de baba en el interior de la cavidad bucal. Así pues, a ti debo el Nano y la confirmación de lo que aseguraba el tío.

Al voltearme, y en virtud de una extraña facultad de sobrevivencia, hice un signo afirmativo con la cabeza. Lo hice pensando, como otras veces, que un signo es más elocuente que un discurso. Tanto que basta para hacer desplomar un edificio o un monumento y contemplar sus res-

los extendidos sobre la tierra, comprendidos también los del perro pekinés que atormentó tus noches insomnes. Por la franja del amanecer se asomaba una sonrisa. Fue tarde para retroceder. Además, me faltaban fuerzas.

El Nano salía de Marcelo. Marcelo correspondía al árbol genealógico anexo al de los Orlando. Uno de los numerosos tíos se arrastró una tarde de mayo sobre la suave sábana de hierba, establecida en la zona de los tamarindos, sujetando entre sus piernas el cuerpo de una haitiana de ojos azules. Consecuencia de los juegos que se sucedieron alternativamente: él ubicado sobre ella y ella sobre él en el rodar que llevaba inicialmente el deseo honesto de aplastar, desnudos, las hierbitas suaves que crecían debajo de los tamarindos; ello hizo posible la llegada de Marcelo nueve meses más tarde de aquel bucólico ejercicio. Sospecho y deseo que aún viva en el mismo corazón armonioso de un país sin sapos. La última vez que le vi estaba bailando con Clelia Bellocchio en una casa-martillo de San Francisco de Paula, un pueblo de Cuba, que tenía un patio con hierbas de un metro de alto con un caballo de cemento en el centro. Ello le hacía volver a sus orígenes en un complot simbólico.

El pueblo del tabaco, lejos del habitáculo de primera clase que animaba el Roskoff-Longines, aparecía como el cadáver, oscuro y milenario, que surge en el tercer capítulo del **Libro de lecturas honestas para jóvenes indecisos**. Extendi-

do y llano alternaba sus casas. De madera muchas, de mampostería pocas. Inocente en su aparente tragedia, tenía una falsa condición de contra. Si se le golpeaba se resquebrajaba y permitía contemplar la opulencia oculta. Pero ésta no estaba allí sino en los anillos dorados de las vitolas. Altos escudos y nombres. Se iniciaba en los extensos campos vecinos y su proceso en la larga calle central. Transitabas por ella contemplando las sombras que doblan las esquinas y entran en las casas de techo elevado del despallido, en las extendidas de las escogidas o en los talleres del torcido donde la música de las chavetas producía el canto de metal-madera-madera-metal.

Marcelo compartió conmigo su habitación del alojamiento «La Flor del Tabaco». Me regaló unos pantalones ajustados y una camisa oscura con manchas de permanganato. Dio tres vueltas rodeando su cama, se desplazó con indebida precaución hasta una de las cinco ventanas desde las cuales podía contemplarse un hermoso paisaje cuaternario de automóviles destrozados y dijo:

—Éste es un pueblo bueno. Es bueno mientras no llueve. El agua es enemiga de todo lo que se quema. El tabaco arde y no quiere que lo mojen más que en un extremo y con saliva.

—Alguna vez —le dije— te contaré la historia de Sir Walter.

—Conozco todas las historias —dijo—. Conozco la historia de los normandos en las Islas de las Sirenas. La historia del hombre de Crom-

gnon y sus impulsos lascivos. La historia del matrimonio secreto entre el capitán Kid y la monja Alférez. Conozco todas las historias que se han escrito en el mundo.

Después me dijo que formaba parte de un conjunto musical. Alternaba allí el clarinete, la flauta traversera y el trombón de vara. Agregó que acumulaba el sueño durante la época seca y dormía en la de las lluvias.

—Entonces no podrás ver cómo crece la hierba —dije.

No atendió. Tomó una silla y se sentó frente a mí.

—Nuestro (dijo **nuestro**) tío Paco fue un gran torcedor. Su nombre aparece en el vientre de oro del Indio Rey del Tabaco rodeando el ombligo. Tus manos guardan gran parecido con las de él.

—¿Estás insinuando que debo trabajar? —pregunté.

Sonrió con malicia. Mostró los dientes en una O muy amplia y dijo:

—Pero tienes buena vista. Cuando se tiene buena vista y manos finas se puede ser perito. Un perito habla, mira y palpa el tabaco. Lo toca con la derecha y extiende la izquierda. Sobre ella cae el oro. No es un trabajo. Es algo más sutil que se entronca con la mitología. Observa mis manos y mis ojos. No sirven. Los tuyos sirven.

De acuerdo con todo un ritual cabalístico Marcelo escogió la mañana propicia. Encontramos al Gran Jefe sentado detrás de una mesa de madera

que tenía numerosos cajones. Largas hileras de cajones se sucedían al frente, a los lados y a la espalda. Solamente no estaban allí donde el Gran Jefe introducía sus piernas y su vientre.

Las orejas del Gran Jefe, anchas y transparentes, tenían un bosque de venitas rojas y azules que se entrelazaban detrás de la luz.

Marcelo se desplazó con movimientos alternados hasta la esquina izquierda de la mesa; luego dobló lentamente la cabeza para llevar la palabra, como un hilo sobre el aire, hasta las orejas translúcidas.

—Es de los Orlando —advirtió—. El nombre comienza en la ingle izquierda del Indio. Agarra allí la savia primera de la madera y sube hasta la rosca del ombligo donde se marca el nombre de Francisco. Aún las chavetas cantan y cantarán su nombre por los siglos en que viva la Tierra.

El Gran Jefe levantó el párpado del ojo derecho, a la manera del Obispo Carinci que vivió ciento un años con veintisiete días, y preguntó:

—¿Monárquico y sansimonista?

Marcelo volvió a girar con los mismos movimientos cautelosos del cocodrilo y dejó pasar un aire ancho y sin sonidos por los agujeros nasales. Apenas suspiró:

—Usted es el Gran Jefe. Usted decide.

—Es mejor mal entender que mal decir —sentenció el Gran Jefe—. No levantes ruido ni estorbes el quehacer. El caballo a lo suyo. La raíz es buena.

Fui abriendo camino de suave palabra guiado por los estímulos secretos del fantasma de mi

tío. Terminé inclinándome ante el Gran Jefe. El Gran Jefe desarrugó la boca y sonrió. Abrió el cajón superior de la izquierda y extrajo una larga pluma de ave. La mojó en su sonrisa. La introdujo en un imaginario tintero e hizo los gestos que trazaban una firma de arabescos. Luego dijo:

—Amén.

Salimos. En el piso inferior se levantaban las murallas de matules del tabaco. Marcelo me guió hasta un lugar donde había una mesa de madera. No era tan amplia como la del Gran Jefe pero tenía numerosos cajones. Tenía cajones al frente, a los lados y a la espalda. Todos ellos estaban vacíos con excepción de uno. En el fondo, reposando igual a la vieja reliquia de un museo de fósiles, había una corta pluma de ave.

—Aquí no hay tiempo —dijo Marcelo—, pero no alteres la quietud. El viejo puede ser el Tigre de Mompracem.

Tomas una capa de tabaco. La capa ha sido antes colocada sobre el muslo izquierdo de una despalladora. La despalladora no interrumpe su plática. Dice cosas sobre el tiempo. Los zapatos y el vestido de tul. Las imaginaciones de su hermana Esperanza. Los desmayos nocturnos de su padre. Dice todo sin detenerse. Coloca la hoja. Con el índice y el pulgar pellizca el nervio central por un extremo. Caracolea la mano y lo desprende. Luego sitúa cuidadosamente las hojas separadas, una sobre la otra, hasta que estas suben y sobrepasan sus rodillas.

Tomas una capa de tabaco. Es una de las dos pieles que le sacaron al cordero. La palpas con delicadeza. La extiendes diciendo: condición aterciopelada. Cierta rugosidad. De reversa se levanta en gránulos. Suave de tacto. Buena de boca.

Luego la hueles. Hueles aquella media piel cerrando los ojos. «Es un buen cuero», dices, violento y penetrante o suave y aguantador o paño delicado más allá del aire del aliento.

Después la ves: clara, de Partido, de Vueltabajo, y agregas a cada una su nombre único: de madera, de diamante, de oro o también, al tiro inverso: burda, mal curada, hedionda.

Aprendí a usar la escoria y la palabra amable. A extender la mano mientras hablaba grueso y golpeado. A hacer del juicio una verdad más dura que el hierro. Estaba en el vórtice del gran caimán del Caribe. El cabrón saurio se movía con lentitud de azotador, de gusano comedor de tallitos. Estaban comenzando a alumbrar las altas voces antillanas.

El hombre viejo dice que puedes en un cuenco sujetar el agua pero no el tiempo. Lejanas eran las horas al corazón del Roskoff-Longines. Abrías los dedos y el aire de los días iba plácido corriendo. Al desgaire emprendía la escalada de la calle larga. Al final, en el horizonte de niebla, el ancho camino delicado de las siembras cubiertas. Retrocedía por las casas apenas cambiantes de altura, sometidas al color y aroma del tabaco, llenas de aquella madera de los cujes fermentados y tor-

cidas en sus pequeños pensamientos del placer exiguo y también breve en su vida. Corta ya al nacer.

La conocí en el camino donde se entrelazaban el lado oeste y la séptima manzana. Donde el viejo hotel de madera levantaba su complicada armazón. Podía igualmente haber atravesado algo más imponderable pero fue necesario su cruce quizás por acción de la Divina Providencia. Era como una bolsa en la que se entra y se es afortunado si se sale rápidamente, pues también funciona como ratonera de alambre con entrada giratoria. No había huella larga sobre sus tablas. Las que había las marcaba el roce, el polvo y el lodo de las lluvias. Más bien algo oscuro y desteñido. Tenebroso para el ánimo de un niño, pero ella estaba detenida allí. Encuadrada en la jamba de la puerta. Encima de la H un poco gastada por los amargos aires. Después el OTEL más largo. Siempre con ese color que se advierte en el pecho de una salamandra. Un poco tenía ella la mirada vaga. El brazo derecho levantado a la altura de la boca. Los dedos sosteniendo una oscura aceituna. Los dientes haciendo el roce nervioso de los conejos.

Tenía el rostro de azoro. Conocí que podía hacer lo mismo que hace una lepórida: saltar como resorte, en cualquier momento. El tío Miguel aseguraba: «No buscamos. Nos buscan.»

Permitió que llegara con las manos a su frágil consistencia. En los rincones del vestíbulo del hotel, en la penumbra de sus luces, manoseaba sus pequeños senos y comprobaba que los hue-

sos de sus codos tenían forma de cono y que su entusiasmo era marchito y sombrío. A veces ponía los dientes sobre su delgado cuello perfumado con loción Pompeya.

Las cosas iban y venían con ese hilo paciente del que sigue, sin desviarse, la vereda que lo lleva a vivir vacío y morir en las sombras. Pero ella tenía ciertas facultades dormidas que, cuando despertaban, tendían las trampas. Simulando confidencias se agachaba con voz que seguía el quiebro aéreo de la mariposa y hacía confesiones que simulaban debilidad. Esperaba el instante en el que trataba de introducir los dedos hasta la convergencia de sus piernas y entonces, a medida que mi deseo crecía, esquivaba el cerco y cortaba las alas al deseo. Echaba al aire, con fingida honestidad, con silbido de señuelo, la trampa al incauto. Pero yo dejaba correr el agua y me hacía **lerdo al andar y al pensar**. El pájaro, a las malas, responde sin canto. Es un infalible trazo mágico de garabato.

Estábamos platicando sin nada que lo obligara. Decíamos de esto y de aquello. Decíamos de Calandraca cuando cerraba los ojos para meterse en el mundo sonoro de Sidney Becket. Él estaba tranquilo como podía haberlo estado también Calandraca cuando contemplaba la muerte de sus esponjas. Decía algo relativo a la falsa higiene de las camas de los hospitales y luego, colocándose las manos en la nuca, de las equidistancias en los compases y la virtualidad de la palabra «sangandongo». Pero todo era así de intrascendente. Con la voz manteniéndose ajena a

los altibajos de la pasión. Llana y, a veces, cuando hacía falta, cruda, que no siempre lo era, pero no había por qué disimularlo.

Lo vi. Era un animal tranquilo. Un poco verde. Un poco gris y con el lomo sembrado de pequeños cuernitos viejos. En los ojos tenía un baúl de siglos.

No dije nada. No tenía por qué decirlo. Estaba oyendo y no había necesidad de cortar el hilo de la palabra. Todo era apacible. Guardaba una línea horizontal semejante a la de la fila de hormigas cuando se reúne en un hilo sin movimiento.

—Sí —dijo Marcelo—. Era un hombre zurdo.

Entonces se volteó y vio al sapotoro. Sobre la sábana blanca parecía una vieja viuda poniendo los huevos de su pesadumbre.

—«Opolo»— dijo tres veces con una voz apenas audible y, mientras lo decía, comenzó a cubrirse con aquel desmayado color un poco sepia, un poco cenizo, de Pina Minichelli.

Luëgo se puso de pie y fue lentamente, con excesivo cuidado, hasta el cajón donde estaba el Colt. Lo extrajo y apuntó con una mano demasiado temblorosa. Apretó el gatillo y las balas se esparcieron con un sonido de granizo. Ninguna alcanzó a la pequeña bestia inofensiva.

Fui hasta la cama y lo suspendí. Tenía un pellejo frío y blando. Casto en su torpeza de maniobra. Fealdad quizás del ángulo de quién le juzgara. Lo coloqué sobre la mano abierta. Pesaba como un globo lleno de agua y temblaba con su pequeño corazón armonioso como un di-

minuto Roskoff-Longines. Abrí la puerta y lo deposité en la calle.

Recuerdo que, en el segundo pueblo, pasábamos el río sobre una balsa. El río era limpio y de lenta corriente. Se podía ver sus hilos de plata en el fondo, reunidos en haces que se extendían hasta perderse en el color del agua. La balsa llevaba un amolador. Su aparato de amolar era un vislumbre de bicicleta y poseía esa humana apariencia de los objetos muy trabajados. El amolador hablaba a través de sus dientes y de la corriente del río. Decía: «y pues sí le agarré, manos muy fuertes muy tan quebraban os deos. Era cuchillo uy grand. Decía era machete. Yo ecía no achete no achete sino cuchillo.» La ch la aspiraba y le daba apariencia de argentino pero no lo era. Su aspecto era todo áspero. No tenía atenuantes. Hasta su sombrero, falso Borsalino con manchas de grasa. En el horizonte, sobre su cabeza, amanecían los árboles de la otra orilla. La otra orilla me dobló el cuerpo a la derecha. En el extremo de la balsa, sujeta como un pájaro a las varas, estaba la mujer. Era una mujer mormona. Así lo creí entonces. Si no era mormona sería de otra secta de papel secante. Vestía una larga falda de algodón. La tela era moteada y de pésimo gusto. Un enramado de motitas de madera sobre un fondo celeste bien desteñido. Tenía las manos largas y de huesos finos. Dos trenzas apretadas sobre el pecho hundido para no revelar los senos, para no despertar al demonio. El

amolador seguía hablando en voz alta. Casi a gritos. Sabíamos de su existencia. Sabíamos que rendía su función diaria de trabajo. El paso de la balsa se hizo lento. Los árboles de la orilla crecieron hasta llegar a las nubes.

Algún tiempo después, como ingravidos fantasmas, me visitaron a eso de las cuatro de la madrugada.

—Cállate —decía la mujer.

—Pero si nos espera. ¿No ves que está despierto? —dijo el amolador.

—No es por él —dijo la mujer—. Es porque ya me jode tu palabra.

—¡Pero mujer! —dijo él con los ojos acuosos.

Ella se volteó suavemente, como un algodón de aire, y dijo: **I am a bitch.**

Después de la visita del amolador y su mujer supe que en la «Flor del Tabaco» habitaba otro fantasma. Lo descubrí un día bajando lentamente las escaleras. Sus pantalones tenían una huella húmeda entre las piernas. Era imposible dejar de notarlo, como era imposible alterar el color del aire que pasaba por las nervaduras de las hojas del tabaco y se establecía en el aire punteándolo con minúsculos corpúsculos desconocidos.

—Es el veterano —dijo Marcelo—. Le falta el dedo pulgar. Mea continuamente: La próstata. Tiene la conformación fantasmal de Swinburne. Cuando terminó la guerra de independencia era soldado. Además de veterano es analfabeto. Co-

bra mensualmente su pensión mediante la presión del pulgar que le queda sobre un documento.

—Todo trámite tiene el color de la ceniza y flota sobre los huesos viejos —observé.

Una semana después volví a ver al veterano. La mancha de sus pantalones se había extendido hasta el centro de la distancia media entre el pene y la rodilla. Se lo dije a Marcelo.

—Para que llegue al tobillo —aseguró— habrá que esperar un mes. Al cabo de ese tiempo una mujer llega y le cambia de pantalones. Cuando la noche trae bastante silencio puedes oír cómo los grillos que huyen del tabaco hacen el amor entre las maderas y, alternando ese suave frotar amoroso, la caída a gotas de la orina del veterano en el bacín. Todo tan evangélico como un sueño del papa Gregorio.

—No intentes oírlo —me dijo esa noche la mormona—. Es bastante más opaco que el ruido de la piedra de amolar.

—¿Qué tienes contra el veterano? —le pregunté.

—No es él —dijo— sino el amolador. Él conoce que le pagaron una pensión equivocada. Una pensión de general. La aceptó en silencio pero con el temor de que le fuese reclamada la entregó a la mujer que le cambia los pantalones.

—¿No le fue reclamada? —pregunté.

—No —dijo enroscándose como una gata—. No hay mucha diferencia entre la huella de un general y la de un soldado.

Por encima de los tejados del pueblo del tabaco, unas gruesas capas de polvo se movieron al delicado aire de febrero. Al final de la calle central, recostada contra un pequeño galpón con techo de zinc, había una bicicleta azul abandonada, con las llantas desinfladas y el tubo del caballo torcido. Todo se mostraba propicio al inicio del carnaval. De no ser febrero, de no producirse ese aire leve, de no encontrarse una bicicleta abandonada; hubiese sido necesario aplazarlo hasta marzo o quizás abril y, **en abril llovias mil**, así que tampoco abril. Afortunadamente aquella vez en febrero se produjo la favorable triple coincidencia.

Hicieron su cónclave y luego se fueron a sus barriadas para cerrar las puertas al secreto de la construcción de las carrozas. Mantuvieron su vigilancia noche y día. En ello fueron cuidadosos, pacientes, susceptibles. Trataban de no hacer llegar la palabra del conocimiento al contrario y velaban todo murmullo hasta hacerlo inaudible. Vagando patéticamente, echándolo al oído, no decían nada que permitiera pasar el secreto por el ojo de la aguja ni la aguja por el pajar ni la paja por el ojo ajeno. Ellas, en un tije-tear oculto se cortaron sus telas. Las Singer echaron velozmente sus ruedas al aire de las noches. De aquel ovillar salieron los vestidos, las coronas de perlas falsas, las altas plumas de pavo real, el forro de raso de los zapatitos, los lazos, los guantes, los pañuelos y el hilo del sendero de oro de la esperanza. Ellos instalaron en la parte

baja de las carrozas unas ruedas anchas y macizas de cañones Krupp, de coches-velocípedos Sultán de Berlín, de las carretas navales de Cavite y de las punzantes de la Inquisición. Trabajaron con constancia en los faros de luz parpadeantes. La madera fue serrada a mano plagando las noches de grillos y resinas.

Entonces, después de larga deliberación, comunicaron que habían decidido contratar el monoplano.

No había allí campo de aterrizaje. Ellos lo hicieron devastando una antigua siembra. Arrancaron las raíces y aventaron las piedras. Dejaron un pañuelo liso establecido entre las vegas cubiertas. Marcaron con ceniza sus bordes.

El día previsto, cuando el refuerzo de candados y barras de seguridad había llegado a lo más alto de las puertas que escondían las carrozas del desfile, el monoplano se marcó en el nivel de tres remotas nubes. Descendió suavemente, con gracia de alambre y latón, en el centro de las paralelas y, con giro lento de ruedas y aspas llegó hasta el mismo borde del pueblo donde finalizaban las cenizas.

El aviador descendió y sonrió. Entonces el alcalde se acercó y le entregó la llave con baño dorado del pueblo del tabaco.

El desfile se inició en la tarde. Entre sombras oscuras, inmerso en una gran vejiga de aire que se suspendía sobre los bordes de la calle central, el pueblo contemplaba en silencio el paso de las carrozas. Pronto llegarían las grandes cucara-

chas. Vendrían revoloteando y estrellándose contra paredes visibles e invisibles. Era el orden establecido.

Las carrozas, como hermosos fantasmas lentos, surgieron al nivel de las casas bajo un cielo plomizo y siguieron desfilando hasta el anochecer. En una aparecía la dama del hotel disfrazada de mariposa. Tenía dos cuernitos blancos en la frente y un aspecto ensombrecido y enigmático.

Cuando pasó la última carroza surgieron las cucarachas.

(En la escuela del pueblo que tú recuerdas. La escuela del uvero y la fila inmóvil de letrinas, empleaban la **Historia natural** de José Gerber, impresa en Cáceres en 1843; según la cual las cucarachas pertenecen a la familia de los ortópteros y son llamados individuos. «Estos individuos», decía el profesor Gerber, «tienen boca con mandíbulas; cuatro alas, las superiores, córneas sin adaptarse exactamente sobre el abdomen, y las inferiores, membranosas y plegadas a lo largo.» Sin embargo, justo es reconocerlo, las cucarachas del pueblo del tabaco duplicaban el tamaño de una normal y, al volar, lo hacían sin ningún sentido de prudencia. Como carecían de osmosis animal se estrellaban contra cualquier cuerpo o quedaban golpeadas, arrastrándose precariamente, hasta que un compasivo ser humano las aplastaba presionándolas con la suela del zapato. Ello producía un crujido, sin relación con ningún otro conocido, que indicaba su desaparición del mundo de los vivos y la satisfacción del deber cumplido.)

Pasé toda la noche soñando con el vuelo de un pájaro. Soñé que no había visto volar un pájaro en toda mi vida. Quizás entonces mi libido girara en el deseo del pájaro inserto entre las piernas de la dama del hotel.

Estaba saliendo una luz opaca cuando bajé la escalera. La subía el veterano con pantalón nuevo. Su rostro, al amanecer, no tenía la configuración ornitomorfa de Swinburne sino la aplastada de Dantón. Le dije: «Buenos días» y me contestó: «¡A la mierda!»

Subí la calle central. Todo parecía aún dormido, pero sabía desde aquel borde que ya las aguas sucias comenzaban a hervir en las cocinas y el polvo del tabaco a caer de las almohadas. Sobre el aire brillaban los nobles anillos, las indias emplumadas de las cajas de cedro, los oros y las púrpuras.

Llegué hasta la lejana línea verde cubierta por los velos protectores. Los cadáveres de las grandes cucarachas se acumulaban allí donde el viento nocturno las había llevado y la pared de sombras contenido. El frágil pájaro aparecía, en el claro, marcado contra la falsa niebla de los paños. Mujeres soñolientas y hombres que transpiraban alcohol levantaron los brazos y agitaron las manos en un adiós sin entusiasmo. El aviador lo hizo al subir.

El monoplano comenzó a estremecerse. Enfiló la senda apisonada. Tomó velocidad y ascendió con alternados bamboleos. Bajó e hizo un quiebro. Volvió a ascender hasta quedar como un pájaro mediano bajo el cielo de color tabaco;

luego se lanzó dando bandazos y, a pocos metros de la tierra, hizo una ola suave y regresó al cielo hasta ser la mitad del pájaro anterior. En seguida se vio que volvía. No se escuchó el ruido del motor. En vez de la suave ola el aparato caía igual a un insecto muerto. Al golpear la tierra tampoco se oyó ruido alguno. Todo fue silencioso y remoto.

Durante seis meses los restos fueron apareciendo en lugares distantes. En el techo de una letrina, en el vientre de una vaca, dispersos entre las siembras de tabaco. De los lejanos pueblos llegaron emisarios con fragmentos: un dedo, una carta de mamá manchada de aceite, el zapato derecho. La cabeza apareció esa misma tarde. La encontraron, sujeta por un alambre, colgando del borde de un tejado. La vi inmersa en un gran frasco de alcohol que compró el alcalde.

La cabeza del aviador permaneció durante largo tiempo en la alcaldía del pueblo del tabaco. Estaba sumergida en alcohol dentro de un gran frasco de cristal, en lo alto de un mueble en el que se acumulaban papeles amarillentos. A través del cristal podía verse cómo la boca se encogía sobre una fila de dientes protuberantes y la piel de los pómulos, arrugada en caminitos estrechos, avanzaba hasta las sienes y se aplanaba en la frente de la que salían los pelos, como delgadas raíces, flotando al más leve movimiento. Contemplándolas se entraba en un mundo acuático de cabezas solitarias cuya única finalidad

consistiera en permanecer dormidas a través de los siglos. No era una sensación angustiosa sino de extraña paz que únicamente se alteraba al bajar la vista hacia los papeles o elevarla hasta la fotografía del presidente Hacha que le servía de fondo.

El día que se llevaron la cabeza vi cómo la oscuridad llegaba lentamente a la noche del pueblo mientras los dos ángeles enanos que abrían sus alas sobre el coche fúnebre volaban alcanzando el límite de la larga calle. Di la vuelta por detrás del hotel. Subí la escalera de madera podrida y me interné en el corredor del primer piso. Las luces eléctricas tenían ese halo amarillento del viejo polvo entre las sombras. Toqué levemente la puerta. Ella asomó su pequeño rostro enfermizo y preguntó fingiendo alarma:

—¿Qué vienes a hacer aquí?

—Necesito acostarme contigo —dije.

Me contempló un instante con sus ojos adormilados entre el choque opaco de la luz interior y la exterior; luego abrió lo necesario para que pasara mi cuerpo.

(A veces pienso que esta larga ausencia nos ha hecho distintos. Te cuento todo esto como una necesidad o quizás sin ella, pero tenemos los mismos rostros y los mismos cuerpos. Somos hermanos de la misma sangre y del mismo vientre salimos. Nos gusta sentir el placer de orinar dentro de la oscuridad y escuchar el choque líquido sobre las piedras. Nos gusta saber que los fantasmas familiares nos pertenecen y que sonrían cuando nos ven en estos turbios aprietos

en los cuales no pueden acercarnos el deseo ni hacer fin a lo que queremos. Nos gusta que sean ellos los que tienen nuestro camino antes de que lo iniciemos.)

Me desnudé. Ella fue con paso de sonámbula hasta el lecho y se sentó en su borde. Miraba con ojos vacíos un espacio en el que no estaba mi sombra.

Di la vuelta a la cama y me acosté. Sobre el olor del tabaco flotaba el de su cuerpo. Una mezcla confusa de sudores nocturnos y polvo de talco. El deseo estaba corriendo en mi sangre con una fuerza tan intensa que me hizo apretar los dientes antes de abrazarla y con contenida suavidad traerla a mi lado.

Ella pareció despertar de un sueño profundo y dijo:

—Olvidé ahuyentar las cucarachas.

—¿Qué tiene que ver eso con hacer el amor? —dije en un hilo de aliento.

—No puedo dormir conociendo que hay cucarachas en la habitación —afirmó.

—No vamos a dormir —aclaré—. Vamos a hacer el amor.

—No podemos hacer el amor porque estoy menstruando —dijo—. Si te empeñas en hacerlo así nos enfermaremos, mancharemos las sábanas, comenzaré a gritar, vendrá mi padre, me llevará al médico y descubrirá que me has deshonrado.

Salí de la cama. Comencé a vestirme en silencio. Al terminar fui hasta la puerta y la abrí. Pude escuchar cuando pedía:

—Deja la luz encendida. Debo ver si hay carachas.

No sé si fue Rosvita de Gaudersheim la que pidió: **Dejad que los niños se aparten de mí**, o quizás lo dijo el Hermanus Contractus o quizá Notker, el Tartamudo. Estos no están en el círculo de la aclaración. Ahora lo recuerdo para afirmar que rechazo, siempre que pueda, la cercanía de ese imponderable mundo, traidor y conflictivo, de los niños. Ahí hay una pared sobre el cielo. El muro que se salta una sola vez. No hay reversa. En el pueblo del tabaco no aparecían niños. No había niños en las puertas, en las calles, en las carnicerías ni en las ventas públicas de chocolates y caramelos. Sus padres los mantenían ocultos. De no ser así no hubiese podido existir pueblo semejante. Crecían quizás en los sótanos y en los áticos de sus casas hasta que les apuntaba la barba y se hacían tediosos adolescentes. Mientras tanto los alimentaban con infames papillas infantiles y leche de rumiantes que importaban de algún lugar del Mar Caribe. Era una sabia medida del complejo salomónico y creo que, de todos modos, es improcedente que exijas algo que está lejos de tu llave. Ellos conocen la fórmula de la debilidad ajena. No te debe parecer raro que digan: «Mierda» a un requerimiento cortés porque aún no entraron en la ficción de la cortesía.

Por todo lo contado y algo más que pertenece al campo vasto de mis malos sentimientos, me pareció raro ver entrar aquel ser menguado dando la mano a una niña. Sujetaba su mano con la firmeza y el temblor interno del que guarda pájaro enjaulado y le entrega temeroso el alimento diario. Desde la muralla de cajones, albergado al filo de la madera protectora, vi cómo avanzaban sus ojos acuosos encerrados en un aire antiguo. Hubiera querido creer que todo era un espejismo. Dije:

—Al otro lado del muro invisible.

—No sabe usted —sonrió con falsa humildad— cómo me apena. La verdad es que la hora es inapropiada pero me juego mucho. Necesito su consejo.

Dejé pasar el tiempo necesario para que una nube de piedra cruzara sobre el Himalaya. Le veía resbalar sobre una cornisa muy angosta. La niña, inmóvil a su lado, parecía haberse petrificado pero sabía que guardaba algo inesperado y secreto.

—Estaba recordando aquello de **una en el clavo y dos en la herradura** —dije sin quitar la vista del rostro de la niña.

—Puede que sí —aceptó él envolviendo las palabras en una lenta salivación— pero quisiera que esas capas que pienso comprar no se convirtieran en recuerdos ingratos.

La niña levantó la cabeza y dijo:

—Yo sé cantar.

—Así que —dijo él— necesito su ayuda.

—¿Qué sabes cantar? —pregunté.

—La **Pintura blanca** y también el **Volumen de Carlota** —afirmó ella.

(Todo aquello era consecuencia del paso de Acuario. Me limpiaba tranquilamente las uñas con una astilla de madera cuando llegaron. Ellos habían destruido la paz. No había otro ruido hasta entonces que el de las paredes crepitando bajo el sol y el del paso del aire sobre la piel del mundo.)

Tendí la mano y dije:

—Para cualquier servicio el pago es por adelantado.

Adoptó el aire de uno de los ladrones crucificados. Me levanté con la mano extendida aún. Llevó la suya al bolsillo. Extrajo una pesada cartera de cuero de cocodrilo y afirmó:

—Usted habla como un comunista. Habla como si no existiera otra cosa en el mundo fuera del Partido.

—¿Cómo lo sabe? —dije—. ¿Quiere hacer cantar a la niña?

Abrió la cartera. De su interior extrajo diez monedas con el escudo de la República. Las colocó sobre mi mano. Mi mano se dobló levemente al grato peso. Tomé una y la examiné de frente, reversa y canto. Las deposité en mi bolsillo.

Salimos. Tomamos la calle central. La niña caminaba a su lado con la rigidez de una muñeca articulada. A veces parecía no doblar las rodillas. Quizás guardaba allí el veneno.

Nos internamos en un laberinto de calles estrechas que bordeaban galpones hasta que él señaló uno de puertas azules. Entramos. Los ma-

tules estaban dispuestos en tarimas de madera. Abrimos uno. Las capas eran de tercer orden. Estérriles como senos de viejas. Estaban cubiertas por otras de Vueltabajo finas y hermosas como la efigie de Eleonora Duse.

—¡Qué perfume! —dijo él y se inclinó para ver mejor las primeras capas.

—¿Quién es usted? —pregunté fingiendo desinterés.

No contestó. La niña trató de desasirse, pero él la sujetó con más fuerza. Entonces ella forzó la voz hasta hacerla tan aguda como el sonido de una trompeta china y dijo:

—Mierda.

Él se volvió sonriente y le acarició la cabeza con su mano libre.

—Quita mano, mierda, cabrón —gritó ella.

Él continuó sonriendo. La sonrisa tenía un impulso de felicidad remota. Esa felicidad que se alberga en el generoso recuerdo nocturno. Me acerqué a su oído:

—Excelentes capas de primera. Calidad dorada. Pague lo que pidan.

Me volví y comencé a caminar hacia las puertas azules. Antes de llegar a ellas oí cómo la niña, bajando el tono hasta hacerlo cavernoso y seguro, decía:

—Estafador. ¡Mierda de estafador!

Regresé. Vistos como los vi eran sensibles y compasivos. Obraban con la eterna constancia de los perforadores de madera y se guardaban ecuanímenes del ataque ajeno.

—Miserias temporales —aseguré—. Luego surgen los problemas. Mi abuela afirmaba que el que se acuesta con niños amanece mojado pero eso sería desalentador.

Entonces saqué las monedas y las puse sobre la mano de ella.

Extraños aparatos de vidrio verde aislaban los cables eléctricos encima de la minúscula casa de madera del vigilante. Un leve zumbido permanente indicaba que allí, en aquellos pocos metros cuadrados, existía el registro inmemorial del alimento que alumbraba el polvo de los huesos de la tierra. El hombre sonreía mostrando la boca encogida, igual a un puño cerrado, de la que sobresalía una estrecha sombra de pelos duros. Sobre las orejas, los auriculares de los que partía el infinito cable de unión que iba arrastrando día y noche. Al salir de aquel ámbito se transformaba en otro. Hasta su andar cambiaba. La mirada se le hacía temerosa. Llevaba entonces las manos apretadas sobre el vientre. Como para sostenerse. Vivía sus fragmentos de voz y de música alternándolos con eso que denominan cortes, interrupciones, desvíos. A veces, llamando con una sonrisa o un gesto de la mano similar al del manojito de hierbas sacudidas en el aire; brindaba generosamente la entrada a sus imperios eléctricos y era, además, tan pródigo que se desprendía de uno de sus auriculares y te lo cedía para que compartieras con él su bienestar. Entonces no existía la voz entre no-

sotros. Eran solamente gestos y éstos muy parcos, porque él afirmaba que aquella densa corriente de sonidos, de la que era apenas un grano de arena, se cortaba al hablar. Así aceptabas aquel aparente silencio cuando, a lo mejor, estabas pensando en algo distinto, digamos, en los incisivos de la niña del hotel, en la trampa del Gran Jefe o en los extraños sueños con la mormona. Pero, de cualquier modo y manera, un secreto instinto te decía que aquella sucesión de cortes, establecidos ya en el pabellón de la oreja, nada tenían que ver con el eterno y leve zumbido que se desprendía de los gruesos cables altos. La misma alteración facultaba el aislamiento. Esto, si eras capaz. **Between them, ainy, stre, year living, suave pétal, som ada, Piu lentano.** Cada cual con su manía. Su pasiva o furiosa manía. También podía haber sido una forma sutil de idiotizarse. Solamente se interrumpía por aquellas necesidades de ir en busca de alimento: el pan, una docena de huevos, quizás una lata de sardinas portuguesas, estrechas, doradas, con el lomo brillante, sumergidas en un aceite de lejano perfume. Pero, al detenerle en la calle, al decirle: «¿Cómo estás?», se iba de lado, plegándose, ovillándose. «¿Se siente mal?» «No, gracias.» La voz saliéndole en cortas sílabas. Luego tenías que entender (después de la segunda o tercera vuelta) la necesidad de ser comprensivo. Casi nadie lo es. Te irritas cuando no se apresuran a darte lo que piensas que has comprado. Nada se compra. Menos aquel hombre con sus pantalones azules, con su chaqueta azul. Quizás el único allí que no lle

vaba la ropa mancillada por el tabaco. Quizás el único que podía dejar de atarse los cordones de los zapatos y tragar, entre suspiros, mordiéndolas primero con cuidado, las sardinas doradas, aceitadas y perfumadas de Portugal.

No se trata, como quien dice, de establecer relaciones. Puede que, dentro de lo que ves complejo, esté la claridad. Digo que entre el veterano adormecido entre sus orinas, y el guardián de los acumuladores eléctricos, se establecía el permanente y sensible aire del tabaco. No intentes ir de frente. Digo que cuando haces una línea estás temblando. Este mismo vernos uno al otro, como frente al espejo, es muy relativo. Ni siquiera estamos pensando igual. Eso, digo, es lo válido. Así que aquella noche misma del tercer o quinto encuentro y consiguientemente de la vuelta a la pasiva y aislada noción de los cortes e interrupciones, con la media naranja auricular del lado izquierdo, pude escuchar claramente (lo que cortó la placidez en la que estaba suspendido) la voz de la mormona repitiendo sin cansancio, con absoluta nitidez y sin cortes, derivaciones, interrupciones, zumbidos; sin mediar un ladrido lejano, un roce de pájaros, un temblor de bicicletas: **I am a bitch**, alternándolo con frases ostensiblemente poemáticas y eróticas como **penetration is deepest, only a stolid, o for the firm, directing hand eating each o the's seed**. En consecuencia alteré la disposición del auricular colocándolo más arriba. Ello logró intensificar el sonido de la voz que entró como vidrio moli-

do en mi cerebro, bajó con la corriente de la sangre y empezó a cosquillear los sentidos con los latidos de una sardina portuguesa viva, es decir: sin su mar de aceite perfumado. Así pasamos, en esa comunicación de un solo oyente térreo y una sola voz emisora, cerca de tres horas sin que las frases cesaran. Solamente alterando el nivel de su sonido, aunque con más frecuencia tomaban entonaciones de irritación para descender y hacerse insinuantes cuando no melancólicos. Al terminar aquellas tres horas, el guardián se incorporó con su audífono derecho adherido, se desplazó suavemente, abrió la puerta de su minúsculo W.C., la dejó abierta, se desabotonó la bragueta, extrajo un miembro delgado y moribundo y comenzó a orinar calmadamente. Desde donde estaba sentado pude ver su perfil abstraído en aquel aire remoto que pasaba suavemente por el centro de sus huesos. En el momento que reintegró el miembro al interior del pantalón, después de sacudirlo con la mano derecha, la voz de la mormona comenzó a declinar pero, digo, sin perder su claridad. De aquel modo y manera se hizo un hilo, una punta de alfiler y el auricular quedó completamente vacío de sonidos. Cuando el guardián regresó a su asiento y adoptó la condición beatífica del bienaventurado Marsilio de Padua, volví a situar la media naranja acústica sobre la concha auditiva y a reiniciar la comunicación con la música y los sonidos alterados. Una hora después me puse de pie. Entregué el audífono al guardián. Extendió las dos manos para recibirlo y me sonrió en

el entendimiento de aceptar mi despedida y gratitud. De regreso a la «Flor del Tabaco» pasé por el hotel. Por el centro de la opaca claridad del alumbrado público creí vislumbrar una pantaleta tendida en el balcón. Al entrar en mi habitación cerré la puerta y encendí la luz. Sentada en el borde de la cama estaba la mormona. Sonrió. Tenía sobre el cabello, aceitoso y espeso, uno de esos sombreritos, semejantes a la flor del guisante, con un lazo negro sujeto debajo de la barbilla. El vestido, negro y ancho (para evitar la insinuación de las protuberancias) llegaba hasta el mismo borde de piso ocultando totalmente los zapatos. Con marcado acento inglés dijo:

—**I am a bitch.**

—Ya lo sé —dijo—. ¿Dónde está el amolador?

—En cualquier parte —dijo.

Ahora te aseguro que poco me importaba el ignorar cómo había penetrado allí. Naturalmente se trataba de un fantasma, pero era un fantasma que adoptaba actitudes provocativas y, además, que no pertenecía a mi mundo familiar. La había visto, hasta entonces, solamente tres veces: cuando la encontré en la balsa, cuando me visitó con el amolador y cuando hablamos sobre el veterano. Por lo mismo, extendí la mano y la coloqué sobre su regazo. Se echó a reír. Tenía una linda risa.

—Mala suerte —dijo—. No hay posibilidades de fornicación. **O winds, what wind can match the weight of him.**

Así que aquello cesó allí mismo y yo sentí más que nunca la soledad y comencé a sumergirme

en una pequeña depresión; en un estado especial de ánimo parecido quizás al que sintió el general Banderas cuando conoció que un soldado había cobrado una pensión bajo la sombra de su memoria. El general Banderas que era tan patriota como también nuestro padre lo era, y oscurecía, digo nuestro padre, sus recuerdos en las vueltas por las calles de Manzanillo con pasos menudos y la cabeza un poco inclinada. Aunque siempre sonriente, siempre gentil y amable con todos, dentro de ese ropaje de: **Qué fina persona. Delicada y distinguida.** Y es bueno advertirlo porque todos suponen que los distinguidos son de talla alta y él no lo era. Tanto que se hacía fotografiar al lado de nuestra madre. Ella sentada y él de pie para que no se hiciera evidente la diferencia. Así era.

Pero, después de dar tres vueltas por el pueblo del tabaco en días sucesivos y de vagar por los contornos del hotel advirtiendo siempre la existencia de la pantaleta eternamente sujeta a un hilo invisible, me sentí más confortado. No es que entrara en ese círculo nirvánico de los privilegiados. No era posible nada similar en tal región invadida por entes de condición tan dispar. El hecho es que toda la vida allí se estaba enlazando con realidades que quizás inventara yo mismo o las hiciera salir de un agujero atrapándolas con los dedos.

Lo del perro siguió a la visita de la mormona. Era un perro cualquiera. Ni siquiera uno de esos

amarillos destinados al cruce del río de la muerte. Uno más de los tantos que vimos en los pueblos de los que huimos. El hocico blanquecino. El resto de un negro tardío. Los ojos temerosos y alertas a la voz y presencia del hombre que lo llevaba sujeto por una tira de cuero. Voy a decirte que aquel animal era tan insólito en un pueblo donde no había perros como, digamos, un sapotoro en las manos de Marcelo. El hombre se detuvo en el centro de la calle. Exactamente frente al hotel. El perro permaneció a su lado con cierto movimiento nervioso en las patas delanteras y la cabeza levantada y las orejitas atentas. El hombre colocó cuidadosamente una caja de cartón sobre la acera. Se inclinó y la abrió. Extrajo una chaqueta de terciopelo bermellón y una trompa de gramófono-flor. Se despojó de su chaqueta, la dobló con la destreza de un sastre, y la colocó en la caja donde estaba la otra. Se enfundó entonces en la primera. Hizo unos movimientos con los brazos. Tomó la trompa del gramófono-flor y colocó un extremo sobre su boca. De la trompa del gramófono-flor surgió un ruido semejante al del serrucho sobre la tabla. Luego, sobre aquél, resbaló otro más intenso: —Uno, tres —pareció decir y, seguidamente—: ¡Caballeros, damas. Uno, tres, siete! —En seguida explicó con palabras de voceador, tenaces, diligentes, untuosas, el espectáculo. ¡Como los antiguos de la África. No existen otros. Puede asegurarse: más inteligente, más humano que otros hombres, que otras mujeres.

Levanté la cabeza. Apartando la pantaleta con una de sus manitas vi aparecer en lo alto su rostro asombrado. En descenso lineal, desde su balcón a la ventana inferior, apareció el de su padre, alterado por una siesta mal cumplida. Casi inmediatamente un nutrido grupo de holgazanes se formó frente al hotel como obedeciendo a una voz de mando inexistente. El padre estaba vestido solamente de la cintura hacia abajo. Sus grandes senos eran iguales a sandías color tabaco con protuberancias violáceas. Su presencia me trajo a la memoria el espectáculo de la mantarraya.

—¡Uno, tres! —gritó el hombre. El perro se levantó sobre sus patas traseras y dio una vuelta en el aire. Fue un giro elástico y limpio:

—¡Ya lo ven, damas y caballeros! —dijo el hombre—. ¡Muchas cosas más puede hacer. Gracias, gracias!

Dejó la trompa de gramófono-flor en la acera. Volvió a inclinarse y extrajo de la caja un plato de peltre. Fue pasando el plato del uno al otro. Cada cual depositó una moneda. No más de una. El padre hizo un gesto negativo pero luego entró rápidamente en el hotel y regresó con una reluciente moneda de falsa plata entre el índice y el pulgar.

El hombre volvió a la acera. Hizo una gran genuflexión y dijo:

—¡Uno, cinco! Sultán, vaya a dar las gracias a las damas y caballeros.

El perro salió balanceándose con un paso cortito y chaplinesco. Volvió a pararse en las dos

patas traseras y fue extendiendo su pata delantera derecha a cada uno de los asistentes al acto.

Media hora después, al finalizar el espectáculo que comprendió vueltas en el aire, danzas, operaciones aritméticas y chanzas adivinatorias, el perro y su amo penetraron en el hotel.

En verdad no creo que la llegada del hombre y su perro resultaran presagio de la lluvia. Para ellos fue funesta. El mismo día de su aparición, cuando en la noche, estirado sobre la cama, contemplaba esas líneas y manchas que el tiempo hace en los techos, sentí en la lejanía el mugido junto con el olor. Era un olor a tierra, pero no a tierra suelta de sembradío, de surco, recién removida por el arado. No era tierra así sino la que hueles cuando estás dentro de un pozo profundo. Si no has estado no podrás saberlo. Es de lamentar porque no recuerda, ni remotamente, otro olor. De cualquier modo. Suelto la rienda para que siga mi cuento. El aire aquel borró el del tabaco. La lluvia, que ya bailaba sobre el tejado, comenzó a lavarlo todo. Te diré que hay cierto regocijo interior cuando la veías aparecer desde un lugar resguardado y, si hay claridad en la parte del mundo en la que estás sentado, contemplas cómo el agua va dando a las cosas otra dimensión, otra forma; cambiando el color de todo. Metes vestido al tío Rogelio en el mar y aparece otro tío. No más limpio sino distinto, al revés. Hasta sientes el deseo de llamarlo: Oilegor. Digo que es nuestro entonces ese júbilo de la humedad

que hace su juego de dejar abierto el campo para la otra vegetación. Pero esto no es nada si se sigue el camino de la prudencia. Lo que quiere decir: si todo continúa su ritmo normal. Arriba y abajo, abajo y arriba. La naturaleza humana lo agradece. Así te dicen los que tienen cara de preocupados. Allí entonces no fue así. Desde luego que no. De otro modo el pueblo del tabaco hubiese seguido el fluir normal de otro pueblo cualquiera.

La lluvia cayó. Primero de manera violenta, luego estableciendo sus propias condiciones acuáticas reguladas en la forma más absurda y caprichosa: lentas y consistentes, de viento tenaz, de delgado hilo absolutamente vertical, de caída severa, de oleadas feroces, de alternas claridades remotas, de apariencia sencilla. Adoptó todas las maneras. Cubrió como una gallina de agua toda la amplia zona del tabaco. Se mantuvo inalterable por espacio de tres meses y viró de revés, por dentro y por fuera, al pueblo y sus habitantes.

Cuando pareció detenerse lo hizo mediante un disfraz. El disfraz se mantuvo tres semanas y once minutos, en forma de capa nebulosa, delgada, tenue, delicada, de llovizna insidiosa. Cuando al fin esta se detuvo, Marcelo se había inflamado adquiriendo un color cenizo con vetas amarillentas. Las losas de la habitación de la «Flor del Tabaco», desprendidas como dientes viejos, sonaban desagradablemente. Al salir sepulté los pies, hasta los tobillos, en una calle desconocida en la cual se mantenía un fino lodo de chocola-

te. Las fachadas y los tejados estaban totalmente cubiertos por ese plumón de algodón húmedo que luego el tiempo haría verde. Pasé frente a un hotel blanquecino cuyas letras se limitaban entonces a TEL. La pantaleta era un peludo gusano muerto en el aire inmóvil del balcón. Seguí hasta donde la bicicleta simbólica. Era un árbol de agua acerada, gris y severo, con el sillín convertido en un jardín de penicilina. Entre un hilo de temor y sospecha me volví lentamente. Los zapatos ya iban dentro de aquel ópalo de niebla trazando una memoria de agua. Me detuve frente al hotel. El padre fue hasta el borde de la puerta. Hizo un gesto que recordó aquellos de muerte que se sucedían en la vieja carpa cuando entre voces turbias los soldados se acostaban sobre la tierra. Pasando las paredes de silencio la voz se hizo grave y las palabras envueltas en hilos de desaliento, cayendo cuando tocaban cualquier resistencia. Dijo:

—¡Qué coños y una gran mierda!

Luego suspiró. El aire fue expelido con fuerza y se convirtió en una nube dentro de aquel vidrio de aire que acabó cayendo frente a mí.

—Estamos apenas en el comienzo —continuó—, pero las desgracias no avisan ni marcan tiempo.

Levantó los brazos. Entre la niebla surgieron, apenas a tres brazas, igual a resortes anchos cubiertos de grasa. Esto hizo su voz más aguda y la llevó más lejos.

—Se van sin pagar. Se mueren sin pagar —gritó—. ¿Cómo se puede aguantar en cuerpo ex

traño tiempo como este? ¿Se da cuenta? No preguntan. No más se asoman. Entran en el pueblo. Hacen sus gracias y luego se mueren. ¿Cómo pueden hacerlo sin pagarme el alojamiento, los alimentos. Al perro había que molerle la carne. ¿Se da cuenta? ¡Molerle la carne!

Torcí, siguiendo la misma banquetea lodosa, hasta la estación del ferrocarril. Pasé los postes cubiertos con una extraña corteza semejante al papel secante. Caminé cautelosamente hasta la pared de la sala de primera clase y coloqué el oído derecho sobre la empapada madera. A través de ella escuché el remoto sonido regular del Roskoff-Longines. No era un sonido igual al que había escuchado antes pero, con todo, realizó el milagro de reintegrar mi corazón al pecho. Lo agradecí.

Al salir puse un dedo sobre uno de los postes. La cáscara se abrió y cerró instantáneamente, pero dejó sobre la falange una huella cremosa y antigua. Seguí las calles extrañas, conducido por la intuición, descubriendo las transformaciones del pueblo que seguramente tardaría mucho tiempo más en volver a ser el del tabaco. Atravesé la nueva calle central acuática y remonté la estrecha de la izquierda. En su horizonte vi las altas columnas de gruesos cables y la pequeña casa del vigilante. Constituían un macizo de espárragos en cuyo centro dormía una lata de sardinas portuguesas. Me acerqué a la ventana frontal. Limpié el vidrio con la mano desprendiendo una capa delgada de gasa membranosa.

Sentado y sonriente vi al vigilante de los acumuladores. Tenía sobre sus orejas los auriculares y una sonrisa beatífica adornándole los dientes. Del centro de la sonrisa se escapaba un humito húmedo que formaba el pequeño globo de cristal opaco que habían hecho los sonidos conducidos por la lluvia.

Regresé a la «Flor del Tabaco». Marcelo continuaba hinchado por alguna húmeda razón desconocida. Aparecía flotando encima de sus zapatos y la voz surgía de su cuerpo como del interior de una cueva. Sobre la cabeza le brillaban unas gotas de agua cristalizadas.

—No te preocupes —dijo con una nueva voz—. Siempre es así cuando llueve. ¿Te has visto en el espejo?

—No quiero —dije después de pensarlo un momento.

—Habrás que esperar —dijo—. Los instrumentos tienen una vegetación metálica en los tubos y las llaves. Es inútil tratar de limpiarlos. Vuelve a salir al momento. Cuando el lodo se haga otra vez polvo volverán a sonar.

—Me gustaría volver a ver pájaros —dije—. Pájaros negros, amarillos y azules. Chinchilitas. verdones, guacamayas, zezontles. Navegando por el aire, pirateándose las moscas y picoteando las mariposas. Me gustaría volver a ver caballitos y perros y chivos; pasando calles con piedras sueltas. ¡Me gustaría irme!

Marcelo flotó un momento más sobre sus zapatos. Luego descendió y se sentó en el borde de una silla.

—Los viejos negros —dijo— llamaban endaba al tabaco. Endaba puede ser un diablito, un espíritu de felicidad o una hija de Ochún. Puede ser cualquier cosa en el aire y entrar en cualquier ser por cualquier agujero. A mí me tiene agarrado. Me tiene como el algodón de agua a los instrumentos. Como ellos tendré que esperar la vuelta del polvo.

De modo íntimo y secreto pasé la noche pensando en los pájaros que hacían una gran sábana movible debajo de las nubes y aleteaban furiosamente pasando, una y otra vez, por encima de los árboles verdes, florecidos, distantes, amargos y dulces. Jamás ácidos.

El tío Esteban apareció en la madrugada. Su fantasma era pequeño y nervioso. Le temblaban las manos. Siempre le habían temblado. Cuando le servían café, lo hacían en recipientes hondos. De otro modo se lo echaba sobre la bragueta.

—Este tiempo es pésimo para los nerviosos y para los de pequeña estatura —dijo—. Afortunadamente yo no padezco ninguno de esos males.

Luego habló de su pasión secreta por las monjas y de la complicada instalación de las máquinas de cancelar correspondencia cuyo conocimiento le había producido grandes ventajas en el Ministerio. Estaba comenzando a amanecer y él a desvanecerse cuando me dijo:

—Lo mejor que puedes hacer es largarte.

Amaneció. La luz estaba entrando en el día filtrándose por el vapor de agua que había que-

dado en el aire. Me vestí. Marcelo roncaba suavemente. Lo desperté. Abrió un ojo.

—¿Qué quieres? —preguntó con una voz más profunda y más mojada.

—Me voy del pueblo —dije—. Me voy para siempre.

—Adiós —dijo.

Luego volteó su cuerpo y siguió durmiendo.

TERCERA CONDICIÓN DEL PERRO.

(Comiendo)

El año entró en mi compañía al pueblo del azúcar. No era un pueblo triste aunque fue aquella la época en la que se comenzó a reconocer el valor del centavo. De cualquier modo y manera, con las palabras que te trazo en el aire de este lugar en el que estamos: insalubre, bajo, ventoso y corrompido por falsas castidades políticas; te diré que aquel pueblo quedaba bajo el manto sombreado de un viejo ingenio de azúcar mencionado en lo antiguo. Y esto viene a cuento por dos razones. Una, para que lo ubiques en el mapa que quieras; otra, porque fue palabra dicha con trabajo por un negro, antiguo como una puerta, ligado en amistad e historia a Arturopuro. Según aquél el viejo ingenio había sido una entelequia. Entre esclavistas, mariscales de la corona española, piratas, frailes y asesinos de vacas, **erraron el artificio porque los letrados legistas que lo manejaron no entendieron el bártulo.** Esta narración recibida sirvió de asentamiento vecino al que encontré llegando al pueblo del azúcar en compañía de Arturopuro, propietario de una bicicleta que mantenía escondida debajo de la cama y de una prótesis dental

que le ocupaba la parte superior e inferior de la boca. Esta admirable e irracional muestra del ingenio odontológico forzaba una constante sonrisa en el rostro de Arturopuro.

Las cosas se enlazan imprevistamente. De otro modo no habría posibilidad de contarlas. Durante las andadas que me llevaron del pueblo del tabaco al del azúcar, se produjo el encuentro con aquel taclobo, de valvas sonrientes, que arrastraba una vieja bicicleta sin cadena. Sobre el cuero del sillín, en la parte alargada donde descansaban los testículos, alguien grabó en mayúsculas torpes: Esther. La cargaba como un caballo pedaleado y consumido por el polvo y la inercia. Invariablemente la colocaba con cuidado debajo de la cama. Torcido el manubrio lo había atado con una cuerda gruesa, con un calabrote marino, allí donde un timbre había dejado la marea. En los trenes preguntaban: «¿Dónde va con eso?» Él no contestaba. De la irritación por el **eso** había pasado a la indiferencia, de allí a la comodidad. La más increíble, inútil y sentimental impedimenta de todas las edades del mundo. Nunca le pregunté por qué la arrastraba. No creo en la necesidad de las preguntas ni me gusta que me las hagan. Por consiguiente y ateniéndome a las virtudes de orientación de Arturopuro, seguimos un trayecto que adoptó un caprichoso zigzaguo. Desandaba lo andado o se introducía en laberintos sin días ni noches. Ello estaba consignado en los libros antiguos de exploración. Jamás nadie dijo que eran torcidos rumbos. Ni siquiera el sabio Calandraca que termi-

nó sus días de pescador de esponjas en Batabanó. Sigamos, pues, con las vueltas. Más da el perro para echarse.

El pueblo del azúcar era, del año, nueve meses claro y luminoso y tres, cubierto de vapores de melaza. Se podía entrar a él de varios modos y caminos: por una vereda que partía un cerrito, por una carretera pedregosa bordeada de cientos de pájaros negros con alas amarillas y otros sin alas amarillas pero excelentes tenores; por el centro de cualquier cañaveral quebrando criminalmente las cañas; por la línea del ferrocarril para carga de sacos de azúcar y cañas cortadas; por un angosto sendero que cruzaba un manigual que quizás el siboney debió cruzar, la-deando una letrina abandonada cubierta de moscas brillantes y escandalosas; y, por último, en-ros-cándose por los bordes de tres árboles y terminando frente a la calle llamada de la República. Nosotros entramos desganadamente. No nos importó el ladrido de los perros y el paso de las señoras con sombrillas florecidas. La calle era tan larga que parecía no terminar nunca. Recta. Como echada con cartabón sobre la tierra. A lo lejos, muy allá donde parecía estar el horizonte, se asomaban unas nubes anchas, doradas e inmóviles. Tres caballitos venían avanzando desde aquel límite. Los tres iguales. Flotando en el aire denso y caliente. Los tres cabalgados por tres jinetes y seguidos por tres negros perros nerviosos. No me gustó el simbolismo del trea.

—¿Por qué? —preguntó Arturo puro.

—No creo en los oscuros instintos —dije.

—Haces mal —dijo volteando la cabeza por entre los tubos de la bicicleta y mostrándome su sonrisa—. Haces mal. Yo conozco este paño. Puedes sentirte seguro.

Nos detuvimos frente a una casa de dos pisos. La casa estaba rodeada por un estrecho jardín abandonado. Las hierbas eran tan espesas y habían crecido tanto que la tierra tenía un magullado colchón amarillo. Echados en la hierba conté once perros y diecisiete gatos. Todos ellos, gatos y perros, permanecían inmóviles y así permanecieron cuando Arturopuro abrió la verja y entramos por un senderito angosto interrumpido por un viejo sillón de mimbre, oscuro y ennegrecido, sobre el que habían caído, desde la que hizo flotar el arca de Noé, todas las lluvias del mundo. Bordeamos el sillón rozándolo levemente con la bicicleta. Levanté la cabeza y pude leer un letrero, colgado por su borde izquierdo, que decía: **C'est la blanche main que voilà.**

—¿Quién es el jefe? —pregunté a Arturopuro.

—Es jefa —dijo—. Es mi tía Amparito.

Después de todo fue una entrada triunfal. La tía Amparito nos recibió entre abanicos firmados por poetas y densos vapores corrosivos de orines de gatos. Estiró los brazos. Mostró las manos plagadas de sortijas y dijo **Cherie**, tres veces antes de besar a Arturopuro. Luego nos llevó a las habitaciones del piso alto, permitió que Arturopuro colocara la bicicleta debajo de la cama y me dijo, empleando un fingido acento francés, que como aquella era una casa honesta, con el fin de evitar tentaciones y contubernios,

las habitaciones estaban dispuestas para un solo inquilino. Terminando de decirlo, me empujó suavemente con el extremo del índice, atravesamos el corredor, abrió una puerta y nos internamos en una estrecha caja con una estrecha cama y una estrecha ventana. Sobre la cama había un grabado que mostraba a un señor cargando un enorme pescado. Bajo los pies del señor se podía leer **Scott's cod-liver oil emulsion**. Pienso ahora que, entre otras muchas, aquella fue la primera invasión imperialista por la vía de las vitaminas.

—Cinco pesos por adelantado, **Cherie** —me dijo mostrando dos incisivos de oro.

La primera noche en **C'est la blanche main que voilà**, me visitó la mormona. La llamé así desde la primera vez que la vi en la balsa junto con el amolador. No voy a fraguar nada ilegal. No voy a darle la vuelta a la trampa. Ya sabes que el que hizo la ley la inventó a ella, a la trampa. Cabe ahora decirte, con el apoyo de la Divina Providencia, que no era mormona sino predicadora de una de las diecisiete mil sectas religiosas que echan sus flores y cardúceas en las vastas y desoladas regiones del Norte. Según el sabio Calandraca, que acabó sus días pescando esponjas en Batabanó, estas sectas, por conducto del anzuelo de sus prédicas, de sus símbolos, de su liturgia, adoraciones, ritos, cantos, batir de palmas, posesiones y aparentes limitaciones materiales no son más que agentes aprovechados o desaprovechados del amo mayor.

Desdichadamente la condición fantasmal de la mormona había retirado de ella esa facultad

tan natural y humana. Aceptando o no las consideraciones del sabio Calandraca; la presencia de aquel ectoplasma no me era grata. Incansablemente repetía la misma historia. Su narración se desenvolvía sobre un mismo hilo tedioso que después se hacía en reversa. Volvió a intentarlo aquella noche. La detuve con gesto de la mano pensando en las reglas del juego del esqueleto. Por la estrecha ventana entraba el aire de la melaza y dejaba una casta película de azúcar en los bronquios. Tosí y sentí el dulzor en la garganta.

—Estoy cansado —dije.

Se volvió sonriente y se tendió a mi lado en la cama. No sentí más que el propio aire dulce sobre las rodillas.

—Esto es demasiado angosto para los dos —dije.

No contestó. Pude sospechar que su larga falda había subido hasta más arriba del ombligo.

—Eres un hijo de puta —susurró.

Me volví del lado derecho. Sentí que el aire retornaba a la ventana. Pensé que no volvería más a verla. Siempre pienso así conociendo que me equivoco.

En la mañana fui andando, como el perro torcido, echando los pasos unas veces oblicuamente y otras de manera normal. La mañana era hermosa y dulce de aires. Podías ver niños que despreciaban los caramelos y señores gruesos, de piel oscurecida por el sol, con finos sombreros blancos nerviosos de alas al paso de cualquier brisa atrevida y aun solemne. Todo debía haber

quedado estático. Impreso en un antiguo grabado, con sus letras ordenadas y cuidadosas; por encima del pendolista que se había quebrado el lomo haciéndolas. Te digo que fui andando, con la parsimonia ampulosa que se adopta cuando somos forasteros, por toda aquella larga calle, mirando a uno y otro lado, balanceándose como queriendo ofrecer lo que no se evidencia. ¿Dónde está? Ni siquiera en los huesos ya que las sangres han sido degeneradas y las circulan podridos residuos. El caso es que se echa uno a hablar y se pierde. La palabra también se la lleva el aire. Sin saber cómo, ya en las afueritas, me vi frente al animal humeante que se estiraba sobre la verde llanura. La llanura estaba cubierta de cañas de azúcar que hacían el más bello mar verde sobre la tierra. Amarillas, rojas, con finos listones, blanquecinas, violáceas y, luego, gruesas, delgadas, frágiles como un dedo de viento, toscas con barbas de raíces, y nombradas cristalinas, coloradas, azulinas. Estas son las sonoras paredes de las voces. El reverso, en el pie doblado, estaba en las paredes de palma, los techos de palma, los últimos granos de arroz de los macheteros. Arroz que recibían por los vales. Papeles, con cuño y número marcando las jornadas de sol a sol. La máquina comenzó con los antiguos cachimbos de los mariscales, los esclavistas, los piratas caballeros y los frailes encomenderos. Ahora eran los hombres aquellos, teñidos de sol claro, con sus sombreros flexibles a la brisa y con sus mujeres suspirantes devoradoras de chocolates suizos.

Las máquinas de la bestia hacían sus ruidos chirriantes, jadeantes, gaseosos. De pronto se iban en silbos o se quedaban cautelosos esperando saltar sobre el aire lleno de miel, envuelto por abejas, cruzados por florecitas de hipomea. Cambié lentamente la mirada. La volví al límite de donde había venido. Avanzando a un trotecito normal venían los tres caballitos. Los tres iguales. Flotando en el aire dulce cruzado de abejas y guasasas. Los tres cabalgados por tres jinetes seguidos por tres negros perros. Nunca me gustó el simbolismo del tres. Cambié de calle. Volví a **C'est la blanche main**.

Encontré a Arturopuro sentado en la vieja silla. Las hierbas formaban un bosque amarillo tendido a sus pies. Un perro mugriento y de lengua babeante se sostenía precariamente sobre sus piernas. Sonrió con sus dos grandes valvas.

—¿Qué te haces? —preguntó.

—No sé —dije—. No sé si me voy a quedar. Me siento como un italiano al que confunden con un sueco. Primero me perseguían el amolador y la mormona. Ahora tengo encima a los tres caballeros.

—¿Eran tres o cuatro los mosqueteros? —preguntó.

—No sé quién afirmó que eran hijos bastardos de Bartolo de Sassoferrato —dije.

—Cada perro tiene su pulga —sentenció.

Según conjeturaba el sabio Calandraca, se trata siempre de explicar lo inexplicable empleándose en ello los medios más inadecuados como, por ejemplo, la lógica. Contemplar un perro, radian-

te de pulgas, sosteniéndose irabajosamente sobre las piernas de Arturopuro, obligaría a establecer un paralelo entre aquello y la inventiva del fierro colado, la argamasa, el ácido fénico y los espejos cóncavos. Todo tiene su remota relación. Se obstaculiza la claridad empleando sistemas opacos. ¿Qué relación podía tener la bicicleta que dormía su sueño inútil debajo de la cama y las transgresiones espirituales? Quizás no demasiado lejana.

El sabio Calandraca tenía esa facultad imponderable de las comunicaciones extratelúricas. Era una condición natural que nadie se había detenido a explicar. Tampoco era necesario hacerlo. Puede, en consecuencia, que fuese aquella una de las razones que le llevaran a terminar sus días pescando esponjas en Batabanó.

Pero allí, entre las brisas melíferas y el olor de los orines felinos, estaba pensando cómo escapar del cerco. La trampa de la comodidad. Del viejo sillón crujiente de años y el calor de los intestinos de los perros. Todo un proceso de regocijo diurno y, cuando llegara la noche, vendrían los fantasmas familiares o los otros a cortar el sosiego de aquellas voces parcas y, a la vez, tan calientes como el vientre de los perros. Pero también te digo que alguna noche la tía Amparito convocaba, con suspirante trajín, la presencia de sus espíritus: el bondadoso médico, la india que empleaba muchas esdrújulas, o aquel que se «cargaron» en una buena nochebuena. Para todo había. Nada se hacía por debajo de la lengua. Leíamos la «Ouija», la niña de los huesitos y yo,

sentados frente a frente, sorbiéndonos los alientos. Tenía el zapatito derecho más largo que el izquierdo. Con él palpaba mi tobillo. Forzaba la presión para llegar a frases insinuantes. No demasiado extensas. Se quebraba entre repeticiones. A veces salían palabras en otras lenguas en el rodar de la tablilla. **Sfibbiare, Testicle, Fonet.** Ésta, según la niña de los huesitos llevaba la delicadeza manual de las monjas: Ella me dijo que hacía tres años venía todas las semanas. Me habló de sus facultades mediunímicas comprobadas por la tía Amparito. Desde el principio sentí temores de encontrarle paternidad de amolador. No fue así. Tampoco fue mejor. La había engendrado el político más importante del pueblo del azúcar. El tío Esteban decía que es mejor evitar que la política pase a la cama.

Mientras tanto Arturopuro sonreía con las valvas entreabiertas. Dejaba vagar la mirada flotante por los rincones y los espacios arrugados de los codos de la tía Amparito. Ensoñaba la bicicleta oculta debajo de la cama. Ella, la bicicleta, como el cadáver de una cabra, echaba el suave olor de sus viejos mohos aceitosos. Él los aspiraba al acostarse aplastado por el rumor oscuro, incierto, encapsulado en los lejanos ruidos del ingenio y sus sueños con aquella Esther grabada.

En cuanto a la Jabadita digamos que era internarse en mar distinto. Si bien la niña de los huesitos establecía su presencia confiada en la fragilidad; la Jabadita se lanzaba sobre otro espacio más sanguíneo y obstinado. Mostraba aquella propiedad de echar su olor. Un olor incitan-

te que pasaba la barrera de la orina de gato y se suspendía sobre cualquier aire de azúcar para llegar con precisión al olfato masculino. Se volteaba, giraba, hacía vibrar los dedos. La cabeza menuda estaba apoyada en un alto cuello hermoso. Los ojos sabían cuándo ser cerrados, levemente abiertos o abiertos del todo. En la «Ouija» permitía contemplar su oreja derecha en cuyo lóbulo aparecía un lunar azul. Quizás aquel artificio, legítimo o no, guardaba el secreto de su olor. Había que sujetarse. Apenas usar el aire para hacer el camino de la sangre y atar los humores. Algo desconocido vinculaba la «Ouija» con los testículos. Se obstinaba en salir el incitado presionando la bragueta.

Pero apenas un aliento mayor se extendía sobre su oreja los ojos se entrecerraban, desaparecía la sonrisa, y se retiraba la cabeza en reversa a lo ya provocado. Así se resbalaba sobre la Jabadita.

Encima del tablero las palabras ya no se disfrazaban con velados extranjerismos. Se ligaban a los movimientos. Yo sabía que pacientemente iban acercándose a la región de los suaves trigos establecidos en sus entrepiernas. Allí, como la bicicleta de Arturopuro, dormía un misterioso carbón encendido.

Aclaro ahora que nunca había coincidencias. La niña un día y la Jabadita otro. Por ello los participantes se establecían en cuatro. La «Ouija» admitía dos solamente pero contábamos con dos tableros. En las comunicaciones nos sentábamos en círculo tomados de las manos. En la penumbra un gato saltaba sobre el regazo de la

tía Amparito. Se oía el roce de sus uñas al acomodarse. Todos eran juegos discretos e inocentes. Los mismos espíritus lo eran: el médico levemente tartamudo con tendencia a recomendar el bicarbonato como panacea; la india desgranando sus incomprensibles desventuras; el perforado por las balas repitiendo cómo, al salir de la fiesta en aquella buena nochebuena, se vio envuelto en algo de lo que era ajeno. No podía existir mayor inocencia. Las receptoras, después de leves convulsiones, eran la niña de los huesitos y la tía Amparito. La Jabadita carecía de facultades mediunímicas.

El contacto manual establecía no solamente una unión invocatoria sino también el conocimiento de otras no reveladas condiciones. La tía Amparito tenía las manos cortas y anchas. La abundancia de sortijas destacaba el grosor de sus dedos y en la reversa de ellos se advertía una cerrada siembra de pelos duros. Era, por tanto, bastante lerda y dada al llanto fácil. La de la niña era de huesitos largos y frágiles pero su **monte de venus**, en la base del pulgar, era tan abultado y duro que establecía un gran contraste con el resto delicado de la mano. Mano ardiente que parecía estar siempre febril y necesitando llave para la cerradura. La de Arturopuro era la de un hombre que no sabía qué hacer con su carga de bondad. Era ancha, larga y torpe como quizás fue la del inventor del molino de viento. La de la Jabadita era de piel delgada por la que se escapaban los vapores de un horno interior.

Por todo lo que te digo verás que allí la vida era apacible por arriba. Quiero decir por su costura. Lo único inquietante era la aparición de los tres caballeros con sus tres caballitos y sus tres perros. Siempre que cruzaba aquella calle, más tarde o más temprano, los veía llegar de un extremo o del otro, avanzando hacia mí, lo que me obligaba a tomar otro rumbo. Luego, también había el problema de observar que los dineros ganados en el pueblo del tabaco, se agotaban rápidamente y el futuro, muy estrecho y cortito, se veía bien oscuro. Ya andaba el presidente Hacha con sus manejos moratorias y su policía registrando alza con la condición de cuál más feroz y agarrador.

Cruzando la sombra Arturopuro me señaló algo como un trozo de hielo seco. La punta de las plumas se hizo un zumbido encima del lejano trueno de las máquinas. No había nada detrás de aquello pero era tan sorpresivo y misterioso como el delicado contorno de un Lancia-Aurelia. Únicamente que giraba como un trompo en el aire sobre la cabeza de los gatos. Los gatos se estiraron en una liga sujeta al suelo. Miraron la bola de plumas con la fijeza del que no puede llegar a ella. El hielo se hizo multicolor al tocar el sol. Luego se perdió más allá de la calle, más allá de los tejados, más allá del horizonte. Los gatos bajaron la cabeza sintiendo el malestar creciente de la pérdida. Volvieron a echarse sobre la hierba.

—Bueno —dijo Arturopuro—, en los pueblos del azúcar hay todavía pájaros pequeños para mucho aire.

—Creo que te vas a quedar —dije—. Cuando pensamos así empezamos a echar raíces.

—¡Quién sabe! —dijo. Se deslizó, utilizando el roce de un zapato contra el otro, y preguntó:

—¿Quién era Carlomagno?

—No recuerdo. Puede que un hombre que no sabía leer ni escribir.

—En cuanto a la Jabadita —advirtió—, ten cuidado. Las Jabaditas de los pueblos del azúcar tienen chancros de nacimiento.

—Entonces es seguro que te quedas —dije.

—¡Quién sabe! —repitió—. Yo soy el que hago las tuercas, las arandelas, los pistones y las ruedas de engrane cuando se quiebran. Alguien que sabe dónde se ajusta lo que se busca y adivina cuándo empieza a aflojarse. Ése es mi oficio. Donde hay un agujero vacío debe ser cubierto por un cuerpo. El cuerpo es mío. No es mucho el tiempo. Apenas este cachimbo ha comenzado a humear la molienda. No me estorba el olor a gato ni el pelo de perro. En la Bahía de Cochinos había alguien de piel fina. El jején dio cuenta de él. El jején venía dentro del aire. Se metía por los agujeros de la nariz y salía con la saliva. Tenías que comerlo porque es como la ceniza. No lo ves cuando se pega. No lo ves cuando se mueve. Tenías que comértelo con las galletas marineras y tragártelo con el agua salobre.

La atmósfera del día era del rubio turbio del zumo de la caña. Contraído en el esfuerzo por

defecar, un perro permanecía al borde de la verja de entrada. Cerca de un niño que reía al otro lado. En aquel momento todo parecía inmerso en un estómago sin movimiento, sin sonido.

—Lo que quiere decir —siguió— que quizás la bicicleta duerma un poco en este pueblo del azúcar. Las cosas las traen con cara fea. Mejor esperar. Lo bueno que tienen es lo malo que se van poniendo.

Le dije que sí moviendo la cabeza. Me incorporé. Abrí la puerta y salí. El perro había echado ya su piedra blanca y parecía satisfecho. No había niños contemplándole. Moví la verja que se abrió en silencio. La calle era una gran soledad dormida. En el horizonte no apuntaban señales de avance o retroceso de los tres caballeros. Caminé con despreocupación internándome por los vericuetos de esquinas estrechas sembradas de postes de alumbrado que tenían salientes metálicos para ser trepados. Los pájaros negros, inmovilizados contra las nubes, dejaban que el fuego inmóvil del cielo resbalase sobre sus plumas. Desemboqué en una planicie enarenada. No era extensa. Tenía el amarillo del círculo solar y la quietud que, como una cáscara, cubría todo. La pasé hasta encontrar las vías del tren. Seguí saltando sobre las traviesas que, en algunos espacios, estaban manchadas de asfalto. Me pareció estar llegando al mismo borde de una caldera de cobre pero no era una caldera sino lo que debía ser: la estación del ferrocarril. Pasé el andén. Encima de una puerta ancha y sucia, pintada con el color de la mierda de un niño, había un

letrero con el nombre del pueblo del azúcar. Entré. Sobre la taquilla de los boletos el aviso, en letras negras: **BOLETOS**. Metí la cabeza por ella. Un hombre flaco, con cara granujienta, me mostró una sonrisa de dientes podridos. Sobre la mesa había un manipulador telegráfico y una caja de resonancia que repetía: :—/—..//..—/—./.—/—.

Esa noche, mientras la niña de los huesitos me transmitía sus urgencias a través de las manos, se hizo presente en el cuerpo de la tía Amparito, el espíritu de una desolada actriz. Hablaba un italiano adulterado por el arrastrado y gorgoteante acento francés del transporte. Decía: **Ahí, vista troppo dolce e troppo amarra: Così per troppo amor dunque mi perdi? Ed io mosera, pedo Il poter piú godere. E di luce e di vita e perdo insieme. Te d' ogni ben piú caro, o mio consorte.** Al final, la tía Amparito lloraba. Las lágrimas descendían tristes y lentas. Al caer la primera el gato abandonó su regazo.

Subimos tristemente la escalera. No hubo palabras hasta llegar frente a la puerta de mi caja habitable.

—¿Sabes? —dijo Arturopuro—. Esta noche he sentido cómo el corazón se me iba haciendo pequeño. Creo que tenía miedo.

—No es miedo —le dije—. El verdadero miedo no tiene cuerpo ni se espera. Es como el hambre pero a la inversa.

—No sé —dijo—. Fue algo parecido a lo de la señora-dama. Una señora-dama que me obsequió un chocolate y me pidió probarlo.

Hice girar la llave. La puerta de la caja se abrió. Dentro se perpetuaba una atmósfera densa y sucia como la boca de un cocodrilo. La atmósfera conveniente para morir asfixiado. Dejé la puerta abierta. Giré la cabeza. Pregunté:

—¿No estaba envenenado?

—No estaba envenenado —dijo—. Pero su pasta era elástica y adherente. Trabó todos mis dientes y muelas postizas. Los hizo una bisagra, sin movimiento. Mientras tanto ella: «¿Lo encuentra demasiado dulce? Dígame: ¿Lo encuentra muy dulce?»

—Así son las señoras-damas —dije—. Tienen siempre el recurso de los pequeños miedos.

Atravesando una calle estrecha que moría entre las vías del tren del azúcar; oí salir por una ventana la **Favela in musica** compuesta en Cremona en mayo de 1567. La voz, en ese momento, era de Eurídice y delgada como hilo de azúcar bamboleándose igual que un perro agonizante sobre la calle. Cierta temor a ser en aquel momento sorprendido por los tres caballeros de los tres caballitos y los tres perros negros, me obligó a tocar la puerta. La puerta era azul y tenía pequeños agujeritos que la hacían un panal celeste. Sobre el impecable cemento de la entrada se leía: **WELLCOME**. Abrió un señor flaco, con cara granujienta. Mostró una sonrisa de dientes podridos y se inclinó levemente.

—Creo que le conozco —dije.

—Sí —dijo el hombre—. Soy el poeta de la estación del ferrocarril.

—Desde luego —dije—. Usted perdone. El poeta de la estación del ferrocarril. Desde luego.

En ese momento, del centro de la crema azucarada interior, salió la voz de Eurídice: **Io non diro qual sia**. El resto de las palabras se hundió barbotante entre la crema.

—¿A qué debo el honor? —preguntó el hombre-poeta-granujiento.

—¿Lo es realmente? —respondí.

—No es eso —dijo el hombre invitándome a pasar—. Se trata de algo más difícil. Más delicado.

La pequeña sala tenía, haciendo juego, tres sillas venecianas de mimbre, un enorme búcaro de escayola azul, dos escupideras de latón reluciente, dos grandes dibujos: una con flores de no-meolvides y otro con flores de pensamientos, una alfombra cuadrada, descolorida, imitando las detestables persas. Una silla de madera, de cortó respaldo, en la que estaba sentada, de espaldas, una joven. Frente a la joven, sobre una mesita de junco, reposaba el cuerpo de la ortofónica de manivela y púa, con bocina de lirio, de la que surgía la voz de Eurídice.

—Es —siguió el hombre— que mi hija estudia canto. Esta casa es un pequeño templo dedicado al arte.

—Ya lo veo —dije sonriendo.

—Euri —dijo el hombre levantando un poquito la voz— Saluda a nuestro amigo.

Euri se levantó. Sin voltearse fue hasta la orofónica. Levantó el brazo y lo colocó delicadamente sobre el apoyo. Después accionó en reversa la pestaña metálica para detener el disco. Apenas se detuvo comenzó a repetir el comienzo: **Io non diro qual sia** y agregó: **Nel tuo gioir, Orfeo, la gioia mia.** La voz salía, aun más delgada, pasando el contorno de la nube redonda. Se volvió lentamente. Era la mormona.

—Mucho gusto, señor —dijo acercándose con la mano derecha extendida.

Apreté su mano notando que tenía también muy abultado el monte de venus.

—Aquí no aprecian la música —dijo el hombre invitándome con un gesto a tomar asiento—. Aquí solamente piensan en el azúcar.

—Ya lo he visto —dije contemplando fijamente el rostro de Euri disfrazada de mormona o de la mormona disfrazada de Euri.

—Así es —dijo Euri disfrazada de mormona—. No existe sensibilidad. Amor a la cultura. Amor al arte. Amor a las cosas bellas.

Contemplé los dibujos, la falsa alfombra persa, el búcaro de escayola, las escupideras y los granos sembrados en la cara del hombre-poeta. Dije:

—Es lamentable.

—Sí —dijo el hombre—. ¿Quiere usted tomar algo? ¿Un ironbeer? ¿Un pru oriental?, ¿una marterva?, ¿un guarapito fresco?

Hice como si titubeara. Después dije:

—¿No tendrá usted algo alcohólico?

—No ingerimos alcohol —dijo la mormona disfrazada de Euri.

—Lo siento —lamenté.

—¿Por qué lo siente? —preguntó el hombre y agregó—: El alcohol es un veneno.

—Cierto —dije—. Tan nocivo como el chocolate adherente.

—Usted perdone —dijo el hombre y se puso de pie.

Su rostro se había puesto adusto y tomado la conformación del garbanzo. Euri seguía sentada y sonriente. Me hizo un guiño con el ojo izquierdo.

—Bueno —dije—, está perdonado.

El hombre-poeta fue hasta la puerta-panal y la abrió. Luego me miró y volvió a inclinarse levemente.

Me levanté. Sonreí en complicidad a Euri disfrazada de mormona o a la mormona disfrazada de Euri. Fui hasta la puerta.

—Perdone usted —dije al hombre.

—Vuelva cuando quiera —dijo—, pero no mencione el alcohol. Es nombrar a Belcebú.

Salí. Llegando a la calle de la Independencia levanté la cabeza. En el horizonte aparecieron los tres jinetes, los tres caballitos y los tres perros negros.

José Gerber de Robles escribía en 1843, con su vieja pluma que introducía cuidadosamente en un tintero custodiado por un ángel de plomo: **El reloj de Flora marca la hora en que cada especie**

abre sus flores. No eran éstas, precisamente, las inmóviles suspendidas en las paredes de la casa de Euri y su padre, poeta, melómano y ferrocarrilero. Tampoco eran las bordadas sobre cañamazo, entrelazadas, rodeando **A tout seigneur, tour honneur**; en impecables letras rojas que se destacaban sobre el solitario cojín de la sala. Ejemplos de recuerdos muertos para los que igual daba apretar inocentemente las teclas del piano con cierta abulia o ver, a través de la ventana, la calle vacía debajo del sol. Estaba, en aquel momento, pensando en los campos del segundo o tercer pueblo, aquel en el cual veíamos cómo la tierra se hacía una extensa mano abierta de aguinaldos trepados por las abejas. La casa estaba vacía: Ni siquiera una sombra. Los animales echados sobre la abrasada alfombra del jardín. El silencio era ya condicionado al sonido de las máquinas lejanas. Abrí la puerta. La cerré con cuidado.

Pasé el arenal quemado y coloqué el oído sobre la pared de madera. El manipulador telegráfico dejaba cortados los espacios entre puntos y rayas. Retrocedí buscando la calle traviesa y la palabra ajena e impuesta marcada en el cemento. Los encontré. La paz se inmovilizaba tan intensamente que se hacía frágil. Ni el ronco sonido de las máquinas, ni el vuelo de los zonzunes, ni la **Favola in musica**, ni el golpe de mal vaticinio de los caballitos. Rocé apenas la puerta. Calandraca afirmaba que en el amor huelgan las palabras. Así fue.

Cuando en un pueblo de azúcar se ven venir dos lejanas sombras apareadas. Dos movibles y nerviosas sombras de un borroso amarillo y luego, en seguida, detrás de ellos, el hermoso mar de los cañaverales; da por seguro que se trata de la Guardia Rural. El tío Esteban contaba que la había formado un General-Presidente que hacía «sonar el cuero». Su efigie no la vi nunca. Ni siquiera en las delgadas postales que cubrían los chocolates adherentes parecidos a los que inmovilizaron las valvas de Arturopuro; pero el tío Esteban afirmaba que era hombre de barbas rubias y delicadas maneras. Según el brazo la sangría. Dentro de lo dulce lo amargo. Así entre las coloraditas y las cristalinas aquellas sombras amarillas. Los sombreros, rígidos de alas, con dos bellotas sujetas a los cordones; polainas de lona que luego se hicieron de cuero, máuser colgado en la silla, de un lado; del otro un largo machete. Todo encima del caballo. Llegaban con ese aire. Mirando desde arriba. Hablaban a anchas y golpeadas voces. Eran allí el poder dentro de la obediencia. Recibían las órdenes. En ciertos casos también sugeridas. En lo elevado, por los señores de delicadas maneras. En los pueblos del azúcar por los señores de no tan delicadas maneras que habitaban las casas, altas y elegantes, envueltas por rosales y sombreadas por tamarindos. Formaban ellos una máquina aceitada que molía siempre. Estaban para hacer pasivo al que tratara de levantar voz y brazo. Entonces allí, en aquel pueblo del azúcar, venían e iban incansables, de uno a otro campo; de uno

a otro corte; de una a otra casa miserable de hojas y tablas de palma. Hablaban desde arriba. Desde allí usaban el largo machete, de plano, para alegremente dar con los bordes, no con el filo, sobre los lomos quemados por el sol. Si se reincidía ya luego no se empleaba. Para el reincidente el máuser.

Era el tiempo aquel del Presidente Hacha. Entonces formaban la más espesa trama oscura sobre los campos de la isla. Echaban una mirada dura y brillante. Preguntaban: «¿Qué haces aquí? ¿Quién eres? ¿Dónde vives?» Si no respondías bien. Si no les gustaba tu respuesta; te hacían ir andando. «Vamos. Por el frente.» Sentías los caballos detrás, mordiéndolo el freno, resollando. Entrabas al cuartel. Te llevaban frente al sargento. La bandera detrás. La fotografía del Presidente Hacha al lado de la bandera. El sargento sentado. Había olor a cuero y a caballo. El sargento levantaba la cabeza. No hablaba. El gesto indicaba que podía ser iniciada la explicación. «No está claro. No contesta claro. Es nuevo en el pueblo.» El sargento asentía con un gesto. Preguntaba: «¿Qué coño haces por aquí?» Le decías: «He estado trabajando en el pueblo del tabaco. Descanso unos días.» Entonces se reía. Mostraba una risa forzada de dientes amarillos pero le estabas viendo en los ojos algo feo. No quería perder la comodidad. No quería levantarse y agitarse. Quería mantener aquella beatífica y dulce comodidad de no hacer nada y seguir sintiendo el leve amargor del café en el hueco amargo de la boca. Así venía por el aire la pluma.

Dejaba de reír. Permanecía con su mirada sobre ti. Con ello te ofendía. Sentías cómo la tarde iba pasando sobre el trueno, ahora cercano, de las máquinas; sobre el olor del azúcar que llegaba a ráfagas tajando el de cuero y el de caballo. Dejaba así, sin un gesto, sin quitarte la mirada de encima, que el tiempo fuera cruzando sobre los dos. No tenía prisa. Quería disfrutar de aquella inquietud que te estaba andando por la sangre de las piernas. Sin fuerzas para subir hasta la cabeza. Tenías la cara pálida; los labios secos, los testículos en el cuello.

Al cabo de un tiempo que pareció muy largo hizo un gesto.

Con fingida amabilidad uno de los rurales me llevó en reversa. Pasamos el cuartel. Desató el caballo. Subió. Desde lo alto dijo sonriendo:

—No queremos verte mañana por el pueblo.

Tenía la mano derecha sobre la empuñadura del machete. La empuñadura era una cabeza de águila. En la isla no había águilas pero se sentían sus garras. Estaban abiertas sobre los campos de cañas.

CUARTA CONDICIÓN DEL PERRO.

(Penetrando en la casa grande)

El abuelo Ildefonso decía que San Cristóbal era un costal de cuero blanco lleno de perros ladrando. El abuelo tenía rostro de anacoreta y vivía en un mundo de cuero perseguido por el fantasma de una rata. Un animal grande, grueso, brillante, andrógino, e incorruptible al veneno y la trampa. Día a día devoraba parte de las riquezas del abuelo con silencio y persistencia dignos de la condesa María de Champaña. Cuando la talabartería se hizo cenizas, desapareciendo de la calle de la Independencia junto con la mercería de La Violeta, el abuelo suspiró y sonrió con una beatitud que asombró a todos, ya que, al perder sus cueros, sus leznas, sus hilos y la máquina Stromboli con aguja de acero y palanca de pie, había quedado arruinado y en lo adelante, según se pensó, estaría a merced del menguado capital de la abuela Belén. Pero el pensamiento del abuelo Ildefonso estaba más allá de aquella lógica vacía e insustancial. Giraba en una onda de placer en el centro de la trampa de fuego que había cercado a la rata. Lo demás no importaba. Luego vino aquello del premio de la lotería, ancho como un buen trozo de mar, casi cuando las ce-

nizas estaban aún calientes, y él quizás pensó, como la otra abuela, que la Divina Providencia había metido su dedo melífero para condicionar bienamente su futuro y reintegrarlo a una vida sana y normal. Así que allí, en el segundo pueblo, volvió a levantarse la talabartería de los Orlando en aquel mismo polvo calcinado en el que quedó solamente el hueco de La Violeta como un alveolo negro. Aquí habrá paz ahora, decía él sentencioso contemplando las letras nuevas que se estiraban en la fachada mientras otra Stromboli, con doble aguja y palanca automática entraba por la nueva puerta y los operarios suspiraban contemplándola y nerviosamente, con temblor en los ojos, querían tocarla y echarla a andar pensando que ya estaban otra vez en el umbral de aquel mundo de reses dobladas, cosidas, entintadas y adormecidas en su larga inercia. Pero tres días y siete minutos después de haber notificado el abuelo a los cuatro vientos del pueblo que el premio a la virtud era el trabajo, o a la inversa, con un pragmatismo quizás no muy meditado, la rata, algo más delgada y menos brillante, regresó a sus dominios secretos como el Fénix del cuento del tío Rogelio, cuya sombra de pluma y ceniza se extendió por largos años sobre nuestras cabezas. Regresó, digo, y en poco tiempo recobró su lustre y aquel grosor que, con darle aspecto beatífico de tonsurado, no restó agilidad a su cuerpo ni embotó sus sentidos.

Yo la veía asomarse a cualquiera de sus numerosos escondrijos como una gran salchicha gris e inflada, picuda y silenciosa, desplazándose ha-

cia los cueros finos. Los tafiletos y las cabritillas, que ya prefería a los insidiosos cueros gordos de cadáveres de res lenta. La veía, digo, con esa calma admirable del cómplice que acepta el doble juego deshonesto de la trampa a espaldas de la víctima dudosa.

Después de todo, pienso ahora, hay siempre algo que ata los extremos. Bastará un leve golpecito, un resbalón, para producir el amarre. Al morir el abuelo, el espíritu de cola larga de la rata dejó de habitar los oscuros rincones de la talabartería. Fue desplazándose en silencio por el aire amargo de los cirios y los murmullos hasta llegar al ataúd y acostarse entre los pies del finado. Los pies estaban calzados con borceguíes nuevos y suaves. Con ese grato calor pasaron ambos el calmo río de la muerte.

En vida, el abuelo iba a San Cristóbal una vez cada mes. Se levantaba al amanecer y esperaba hasta que el rostro amarillo de la locomotora entraba en la última curva del pueblo y se detenía en el andén. En la noche regresaba con sus atados de pellejo curtido envueltos en un yute amargo que contrastaba con el olor denso de los animales sacrificados. Nosotros íbamos a esperarle y veíamos cómo los tres hombres-talabarteros se echaban los fardos sobre los lomos y los transportaban entre voces hasta los dominios secretos del abuelo y de la rata.

Pero aquella vez ya su delgado espíritu hacía muchos años que rondaba nuestros contornos familiares, apareciendo raramente con cierta

mansedumbre y una delgada sonrisa semejante a aquella que alumbró su rostro frente a las cenizas de la talabartería; y yo estaba contemplando, desde la otra orilla de la bahía, el blanco cuerpo de San Cristóbal levantándose entre un amanecer de altas voces, mientras el barquero abría los brazos, las manos y los dedos, para demostrarnos el esfuerzo que suponía el paso por aquella agua salada y sucia a cambio de una cantidad que apenas servía para dar fuego a un tabaco como el que se columpiaba dentro de su palabra aguda, cubierta de razonamientos; y luego que subimos comenzó a echar sus alientos y sus malhumores empujando con los pies el fondo mojado de la lancha. (Ni siquiera eso, sino un pequeño bote, una chalupita que aún tenía en los bordes adheridas escamas oscuras.) La línea de las casas, de frente, subía dejando un resplandor blanco que aparecía y se ocultaba entre las luces. Atrás habían quedado ya las palabras, apagadas y apenas conocidas, entre bandas de pe- rros sin dueño corriendo sobre las piedras sueltas de las calles.

Desembarcamos. Entré por la Alameda de Paula donde podías asomarte al agua quieta y escuchar el grito de los lancheros. No melosos ni serviles sino quebrados. El aire traía los nombres de los pueblos que habíamos dejado al otro lado. Nombres viejos que pertenecían a la madera, al papel y a la piedra. Echados al aire, los gritos tropezaban con las paredes igual que el canto de los gallos contra las empalizadas. Las paredes se levantaban mostrando letras sin armonía.

Aguantando, desconchabadas y mordidas de salitre, el paso de las cebollas y los granos. Los carros echaban entonces sus grasas, derretidas del corazón de las ruedas, entre la orina de los caballos y las mulas arrastradoras. Luego aparecía el fantasma de un Benz. Sacaba sus humos. Subía por las calles angostas donde se abrían las pequeñas ventanas a una altura bastante para que las putas mostraran sus caras de mal cumplido sueño. Llamaban: «Ven a ocuparte.» Muchas, en voz distinta, ofrecían más, envolviendo la palabra amor con una extendida ele final. Campesinas que habían jugado en las oscuridades. Frágiles que cojeaban el clavo en las suelas de los pueblos abiertos. Todas subiendo el cerro, apenas levantado, de la palangana de peltre y de la toalla. Apretando antes para prevenir contagios porque puede que se cargara algo arrastrado con erres.

Seguí al Benz penetrando en la nube llana. Tomaba la conformación de un animal aplastado por una estatua. Dejaba a la espalda las voces del puerto y se introducía por otras, más metálicas y familiares, de los tranvías de manubrios giratorios y antenas. Vistos ellos solamente allí, al paso, sin tiempo. Animados de ruido. Lentos y ferrosos. En el fondo no más una rosca. Un tornillo que sujetaba o soltaba las ruedas. Al lado, pero a la inversa, dependiendo de la dirección llevada, el paso apenas sensible de los altos Oldsmobiles, de los Dodges, de los Pierce Arrows. Cada uno mostrando su nivel de situación. Entre ellos, en cruces cercanos a ciertas regiones, los

carros frutales. Empujados por cantos extendidos y rajados. Repetidos también pero nunca cansados. Los penachos verdes y las cáscaras. El hilo fino, amarillo y ácido, en espirales naranja. Dejé con el Benz aquello. Nos internamos por regiones oscuras hasta un paralelo marcado. No excesivamente lejano sino prudente. Allí nos abandonamos pensando que él después, haciendo una curva de ahorro para un espacio que pertenecía al cansancio, se arrastraría por la órbita de los pequeños hoteles y las posadas con aires rancios de alcoholes. Espacios reducidos donde no faltaba el bidet y, a veces, por los suelos, esparcidos envases de preservativos con indicaciones de cómo debían ser evitadas las viejas enfermedades corrosivas. Pensé que él, entonces, solamente querría subir por el lomo de las antiguas paredes cuarteadas para hacer que su sangre, ya vieja y sucia, retomara el impulso normal, caliente, armonioso, aunque lento.

Era un lugar apartado pero había sombras de árbol y sospechas de grillos y orugas. El hombre era nervioso. Me dijo que había visto mi cara en alguna parte. Preguntó si era violinista. Le dije que no. Un gallo ronco cantó en el patio vecino. Él dijo: «¡Ese cabrón!»

Entramos por un estrecho y largo pasadizo. Torcimos en un lavadero cementado. Las avispas formaban puntos dorados bajo el sol. Pasamos un espacio solitario. Volvimos a torcer a la

derecha. Subimos una escalera de caracol y entramos en lo que podía ser un cubil. El hombre hablaba sin detenerse, decía que era amante de las artes, que su hermana mayor era soprano y que no tendría dificultades para seguir aquel camino en apariencia complicado pero que no lo era. Agregó: «Ciertamente no lo es.» Yo pensé que quizás empleando un astrolabio y una rosa de los vientos resultaría fácil.

El gallo ronco volvió a cantar.

—Ese cabrón canta a toda hora —dijo el hombre y, encimando su cuerpo flaco y oscuro agregó—: Espero que sus referencias sean aceptables y sus pagos puntuales. No quiero que vuelva a pasar lo del último hijo de mala madre al que alquilé el alojamiento. ¿Si no es violinista a qué se dedica?

Le dije que era vendedor de libros y en seguida preguntó si eran pornográficos o comunistas. Aclaré que eran diccionarios.

—Esos son buenos libros —afirmó—, pero no trate de vendérmelos. No necesito diccionarios. Tengo mi casa llena de libros. Los libros hacen paredes desde el techo hasta el suelo pero no tengo bastante tiempo para leer. No trate de venderme ninguno de sus libros.

Le dije que no lo haría. Se rascó detrás de la oreja. Reunió los labios y los impulsó hacia afuera. Luego dejó escapar el aliento. El aliento brotó como un pez muerto en la superficie de un río podrido.

Llegamos al espacio habitable. Abrió la puerta introduciendo una larga llave en la cerradura

y otra en un ancho candado. Mientras lo hacía dijo:

—Me pagará ahora este mes y me abonará otro en fondo. Le haré un recibo. Hay que tomar precauciones. Sus referencias son buenas pero también eran buenas las del otro.

Olvidé preguntarle qué le había hecho el otro. Los únicos rastros de su presencia consistían en una silla, una caja de zapatos vacía, las paredes sucias y dos enormes clavos que sobresalían en uno y otro extremo. Él los señaló.

—Dormía en hamaca —dijo—. ¿Cómo podría fornicar en hamaca? Le conocí cinco mujeres y jamás vi una cama aquí dentro.

—El general Juan Vicente Gómez y también Vasco Porcallo de Figueroa hacían el amor en hamaca —afirmé.

—No los conozco —dijo.

Pagué. Extrajo un talonario y extendió un recibo. Al firmarlo hizo la rúbrica de Susini.

—¿Usted duerme en hamaca? —pregunté.

Negó con un movimiento de cabeza. Sonrió y se despidió. Le vi bajar la escalera de caracol. El gallo volvió a cantar.

Fui hasta la pequeña ventana y la abrí. Una rama delgada entró cimbreado como un cable marino. En el extremo traía tres hojitas verdes. Siguiendo el camino de su corteza pude ver el árbol. Era un árbol maternal y tranquilo con largas cicatrices rojas en el cuerpo. Por alguna razón su presencia me hizo pensar en el escudo de Liberia. El escudo tiene un cielo con una paloma que lleva una carta en el pico. En el horizonte el

sol está bajando con sus ojos muy abiertos. Luego viene el mar con un bergantín que tiene todo el velamen al aire. Hasta los foques y contrafoques. A la derecha, ya sobre la tierra, hay una palmera muy elaborada y, de un extremo inferior al otro, un arado con su buena rueda aceitada y su hermosa cuchilla de legítimo acero. Debajo de él una banda que tiene la forma de una cerradura invertida. La banda dice: **The love of liberty brought us here.** .

Me estaba cansando de los espacios anchos y trabajé durante cierto tiempo en transformar el cubil. No seguí los contornos del escudo de Liberia pero logré que se ajustara al canto del gallo ronco y posteriormente a la configuración de un perro tendido sobre la arena de una playa solitaria. Cuando tomó esta última forma y la vegetación de los diccionarios enciclopédicos cubrió las paredes, decidí que era el momento de iniciar la búsqueda de las dispersas ramas familiares. No seguí el tradicional recorrido del Benz pensando que los días largos son propicios a la meditación. Tracé mi propia ruta, iniciándola frente al caballo de madera que amanecía delante de la Casa Zetina y que era dueño de una paz desconcertante, sumergida entre sus viejas resinas. Las voces se elevaban atravesando la Plaza de la Fraternidad. Frente a la ceiba, que hundía sus raíces en tierra de toda América, se abrían en las noches las músicas de Marte y Belona y tropeza-

ban con los oscuros portales señoriales, refugio de putas trotantes y de gentes sin techo. Yo seguí el trazo guiado por el aire, que se suspendía sobre los comercios polacos de la calle Monte, donde predominaban la col hervida y el noble pan negro. Pasé frente a casas trazadas con tiza y carbón entre tramas oscuras. Los carteles indicaban centros espiritistas, comadronas, panaderías, lecherías y reaccionarios partidos políticos. En las paredes propicias, apenas letras sueltas, sin poder ser borradas, como señal de perseverancia y también de desigualdad. En la zona abrasada surgió luego el aire de la plancha de carbón al nivel de la harina de maíz hervida y el paso, apenas audible, de zapatos gastados. Frente, al vuelo de una piedra, estaba la Loma de Lawton. Una extraña elevación chata en el mismo borde de San Cristóbal.

Entré por un pasadizo claro. Subí una angosta escalera de mal cemento. La voz de la tía Ernestina llegó en la mitad de la de los perros. La abuela colocó su mano blanda encima de los ojos. Sonrió. Dijo: «¡Es Nano!»

La tía Ernestina me besó. Olía a jabón amarillo y a salvia. En un susurro me dijo que la abuela se pasaba todo el día sentada. «Tranquila. Teje y desteje. Habla sin tener quien le escuche.»

—¡Cuéntale lo de los vecinos! —dijo la abuela.

La tía la ignoró. Me llevó hasta el borde del colgadizo donde moría el lado izquierdo de la casa. Levantó el brazo y yo volví la cabeza. Sobre el cerrito se movía una línea de chivas negras y amarillas y un gran chivo barbón. Dijo

que eran suyos y afirmó que eran los animales más nobles y buenos del mundo.

La abuela dijo: «Nano, ¿te acuerdas del abuelo?» Le dije que venía a verme algunas noches. Ella preguntó: «¿Desde cuándo eres espiritista?»

La tía sonrió a mi silencio. La abuela volvió a pedirle que contara lo de los vecinos. La sonrisa se le apagó.

—Debes ver las paredes —dijo—. He tenido que tapar las juntas de las tablas con pasta venenosa para evitar el paso de las chinches. Aún así entran. Al principio hacían líneas estrechas por todos los pisos y cubrían las sábanas de puntos negros. Alguna vez pensé quemar la casa.

—Eso no es cristiano —suspiró la abuela.

—Ellos tampoco lo son —dijo la tía. Le di la vuelta a la casa. Les dije que no podía soportarlo más. Me mostraron un enorme cuchillo de carnicero.

—No es cristiano —repitió la abuela.

Cuando inicié el regreso las cenizas hacían un horizonte muy largo sobre San Cristóbal. Iban flotando y se internaban en el Caribe. Un mar inquieto. Demasiado inquieto para aguantar cenizas. Las dejaba llegar hasta los viejos castillos coloniales y luego las detenía envolviéndolas en un rocío salitroso. Asomado al borde del cinturón marino podías contemplar sus muertos con algo de nostalgia. Te quedabas allí tratando de ajustar tu memoria al Roskoff-Longinès pero acababas contemplando el despliegue de cenizas y su muerte temprana. Quizás otras, en otros mares, llegaran a las viejas grutas sonoras o a los acan-

tilados, o a los rompientes, o a las dulces bahías de carta-postal. Quizás formaran ellas mismas una nube gris, alta y sólida, únicamente atravesada por los ectoplasmas y los pájaros madrugadores cuya osmosis la hacía posible. Puede también que en su borde esperaran los perros amarillos que nos llevan a pasar el río de la muerte. Cosas que parecen andar dormidas, clavadas en el tiempo, lejos de la órbita de nuestra memoria. Acabamos entregándonos a una búsqueda sin causa, pero allí estaban las cenizas, en el mismo centro del sol y más allá de la Estatua de la India, de la cúpula del Capitolio, de las ceibas de la Plaza de la Fraternidad y de un papalote ensartado en la cruceta de un poste del San Cristóbal viejo. Las cenizas no descendían nunca sino que hacían una pared hasta llegar al límite donde el mar les detenía y aniquilaba. Por ello mismo estaban lejos, en altura y distancia, del lugar donde se detuvo el tranvía.

Llegué y me senté tranquilamente. Era un lugar algo oscuro, pero yo podía ver en las oscuridades con condición venida de alguna parte del tronco familiar. No es otra cosa la revolución, pensé cuando eché aquel peregrinar después de salir del pueblo del azúcar; y si allí entonces éramos solamente cuatro, puesto que el doctor no contaba, ya nos estábamos repartiendo la guayaba del cuento. En el andar obligado lo supe. A medida que un pie seguía al otro veía cómo en cada uno había algo igual a lo que envuelve la hoja

y no se ve. Un aire o, más bien, una sombra de aire que rodea el contorno y requiere apreciarse más que adivinarse. Digo ahora que me senté un poco al frente del que llamaban el doctor y que parecía serlo aun a pesar de su disfraz. Decían ellos: «Sí, doctor.» Como estableciendo jerarquía aunque de verlo solamente no era para colocarlo así si no se le conocía como tal. Venía él enfundado en uniforme de **boy-scout**, manteniendo el sombrero hundido sobre la frente que le hacía una sombra encima del puente de la nariz, bajando en débiles líneas sobre la boca sumida. Luego pude ver que siguiendo aquellos cortos pantalones aparecían las rodillas, anchas de huesos, como grandes cabezas, puestas donde no debían, y sosteniéndolas unas piernas tan delgadas que podrían habersele quebrado solamente de pararse. Él había dicho: «Bueno», y tosió antes de continuar y todos tosieron aunque no tanto como los asistentes a los conciertos sinfónicos. Entonces yo pensé que aquel disfraz, con su barboquejo y su pañuelo anudado en el cuello, era un complot fingiendo lo que no era aunque, a lo mejor, seguí pensando, él le estaba acariciando la cabeza al águila vecina. Dijo, después de haber dicho: «Bueno»; que las palabras volaban en el aire y que era una cabronada soltar la lengua en cosas de la lucha. Encogió la boca y me hizo recordar al hombre amante de las artes y hasta esperé que el gallo ronco cantara. Después echó el aliento en un fino silbido que trepó sobre las lámparas sucias y se quedó extendido en el cielorraso, «Este es el nuevo com-

pañero», dijo y levantó un dedo señalándome. «No queremos saber su nombre verdadero. No lo queremos saber», repitió, «sino el que desde ahora tome para la organización. Las palabras vuelan en el aire y hay que poner plomo en la lengua.»

Pero entre ellos, llevado yo de su palabra, estaba el carpintero que tropecé en el peregrinaje y que no lo era. Alguien lo vio martillar sobre alguna cabeza y le colgó la profesión. Su aspecto era más bien el de guardián de un manicomio; sin relación alguna con serrucho, berbiquí, cola y virutas. Ni siquiera envuelto en fragancia de serrín antiguo. Olor remoto que traspasa lo agudo y sólo se detiene frente a la gran pared de cenizas. Éste era algo encaracolado y misántropo y hacía, para cualquier cosa, una impropia cita de Marx. Estaba yo entre aquellos pensamientos y mirando, como distraído, entre las sombras cuando el doctor me preguntó qué nombre iba a adoptar y yo le dije que el de Felipe. Supongo, dijo él, que ese no será el suyo propio y yo le respondí que de ninguna manera. Luego se levantó y nos echó una especie de complicada advertencia que terminó reiterando lo de las palabras en el aire y el plomo en la lengua. Por un raro equilibrio de la naturaleza sus piernas de pájaro le llevaron hasta la puerta. Lo último que vi de él fue el extremo del pañuelo verde que llevaba atado al cuello y el sombrero debajo del cual nunca supe lo que había.

Luego que el doctor se fue nos comenzamos a conocer mejor el carpintero y yo con los otros.

Uno era Emilio el carnicero y el otro el Enano. El carnicero se volteaba con lentitud como anunciando presagios. Tenía esa noble torpeza que se atribuye al caballo y que es tan falsa como el propio caballo. Su condición de carnicero se hacía presente al asomársele el olor a reses muertas y colgadas y en la forma de cerrar las manos y moverlas tal como se hace con el cuchillo y la chaira. En situaciones imprevisibles se palpaba el rostro como echando de menos un pedazo de él y puede que también, en ciertas horas de la mañana, despertara con el vuelo de las moscas que jamás sacudía y se asomara al pequeño espejo de su habitación para contemplar la situación de su ojo, que tenía torcido como el de Sartre. Pero, digo ahora, en su contorno no se revelaba, en verdad, su pasiva nobleza interna y blanda. No falseada ni con ansias de caer más allá de un límite de silencio que se había impuesto y que permitía adivinar hasta dónde había sido golpeado. En cuanto al Enano sí podía verse, ya de lejos, cómo le había tratado la vida trahumante que no revelaba y que buscaba disimular de cualquier modo como, por ejemplo, alejándose cada vez que sospechaba la presencia de una feria o de un circo. Luego podía ser como otro hombre. Un poco mal hecho, y no por ser reducido. Hablaba con la voz prestada por alguien de mayor talla. Uno de oficio herrero o de esos que clavan traviesas o parten piedras. Hacía frecuente demostración de aquello que afirma que no hay castillo más fuerte que un pobre ni hombre más hombre que un enano. Digamos

también que era impedimenta. No por lo abroquelado y su falta de cautela sino porque no sabía en qué oído dejaba caer su palabra. Aquella casa era la suya.

—Quien no puede morder no tiene por qué enseñar los dientes —dijo la tía Tecla. Desde allí podía seguir, mezclado el sonido del trombón de vara y a su raro cruce con el agudo de un violín; el caso cauto del Benz subiendo por la calle estrecha donde pasaban las bicicletas y los Fords, altos y alambrados, con las velocidades debajo del volante. Le dije: «Así debe ser»; y contemplé una fila simétrica de gotitas de sudor encima de su labio superior al tiempo que aspiraba el ingrato perfume de la menta que llegaba con sus palabras.

—Eres demasiado serio —dijo—. Estás viviendo al revés. Cuando seas viejo serás niño.

El asiento estaba tapizado con terciopelo rojo. Pregunté: «¿Por qué terciopelo en una isla caliente?» pero ignoró mi pregunta. Suspiró. Me palpó las costillas y me dijo que tenía los huesos muy frágiles. Mientras lo decía escuché unos pequeños ruidos semejantes a frotos. La luz tanteaba en busca de sus espacios. Trataba de pasar aquella pared inerte de los terciopelos.

Le dije que había visto a la abuela. Sonrió. Agregué que la abuela me había recordado el libro del profesor Gerber y la caja de tizas del quinto pueblo que tenía olor a nido de arañas y en la que escupíamos cada vez que la maestra

volteaba el rostro. Le pregunté si había leído el libro del profesor Gerber y negó con un movimiento de cabeza.

(Tres días después pregunté al carpintero si conocía el libro del profesor Gerber, impreso en Cáceres en 1843. Me dijo: «¿Qué Gerber?» y si aquel Gerber tenía alguna relación con un fabricante de escobas. Le dije que no. Que se trataba de José Gerber de Robles, doctor en ciencias médicas, catedrático de historia natural en el Instituto de Segunda Enseñanza de Cáceres, individuo de la Sociedad de Amigos del País y otras corporaciones científicas y literarias. Me dijo: «No está mal»; y yo le dije que no se preocupara tanto. Que la revolución estaba por encima de todo. Se lo dije porque era lo que repetíamos día a día y había que tener algo llamado fe para creerlo y él no lo tenía para casi nada. Le advertí además que no se desesperara y que aguantara las meadas de los perritos nerviosos de su tía. Le aclaré que cada cual tenía la suya. Unas con manías de perros y otras con otras manías.)

Aquella vez la tía Tecla se había levantado de su nido de terciopelo mientras los últimos sonidos del trombón de vara se asociaban a los postremos del violín; y me había presentado a sus amigas que aparecieron flotando en un aire de sueños precarios. Las amigas eran una escuálida puta teñida de rojo y una hermosa negra que me dijo: **Keep your mouth shut, darling.**

Pero si el Benz en sus vueltas no pasaba el límite del río Almendares, había que pensar, como decía Calandraca, que la tierra tiene oídos y el viento voz, y si le confiaron aquella sección de los manifiestos al carpintero por algo sería que yo nunca encontré. Él decía que un manifiesto y una oración tenían el mismo sentido y que eran como agua echada al mar. No creo que la referencia la hiciera pensando en Carlos Marx o en el Caribe. La coincidencia con el presidente Hacha era antípoda por cuanto éste decía que a él nunca le derribarían con papelitos. Ciertos esfuerzos parecen vanos pero no lo son. Depende de la vuelta y del ángulo. Que no se descuiden. Él era de los que creía solamente en la acción directa. No importaba sobre qué pellejo siempre que éste sirviera de flotador a la balsa de Hacha. Cuando le dije que a ley puesta trampa hecha y que la gota acaba por horadar; extrajo un pañuelo y escupió en él. Sin duda estaba bien educado.

Pero, pensando como pensaba, tenía que marcar con desprecio no revelado las notas de la incansable música de los manifiestos. Lo hacía en un espacio oscuro al que llegaba con paciente esfuerzo después de atravesar complicados caminos de trapos de lavandería, aires de jabón hervido y cementerios de envases de hoja lata. Corregía algún error moviendo la cabeza o haciendo bailar la lengua. Luego se volvía con displicencia, dejando colgar el brazo, para que alguno de sus acompañantes: el piel roja o la joven pálida, que al hablar se cubría la boca con la mano izquierda, se desplazaran hasta su ve-

ciudad, y con dos dedos, tomaran el papel e iniciaran el proceso de impresión.

En aquella ocasión el carpintero había dicho estar harto. La voz alcanzó solamente la distancia que mediaba entre los dos. Mientras hablaba, yo contemplé los escondidos senos de la joven pálida y el oscuro tinte que rodeaba sus ojos. Bajo su sombra, detrás del impulso que la manivela daba al tambor del mimeógrafo, recordé al amolador y el probable juego de aquel animal de cuero y madera que llevaba a su lado en la balsa. La mano que no estaba en la manivela era larga, delgada y con dedos ligeramente chatos en los extremos. Ello indicaba que ella estaba cubierta de ensueños provocados por los fantasmas nocturnos dentro de la soledad de los lavabos.

—Hay un hombre —dije al carpintero interrumpiendo su oración de pesadumbre— que va por las calles con un aparato rodante. Empuja ese aparato a la inversa de un caballo y muestra una polea de cuero que impulsa una piedra circular.

Levantó la cabeza y dejó solamente una línea debajo de las cejas. Preguntó qué quería decir. Le dije que no quería decir nada.

—Algo has querido decir —insistió. Y sin pensar demasiado afirmó que yo era muy propenso a no escuchar y a saltar de un asunto a otro manifestando así falta de seriedad muy desconfiable.

—Pensaba en un amolador que conocí hace años —dije—. Estaba en una balsa y le acompañaba una mormona.

—¿Qué coños tienen que hacer aquí un amolador y una mormona? —gritó enojado—. Un

amolador es un trashumante y andariego residuo de antiguos menesteres al margen de conceptos de clase.

—Un tiempo deja sitio a otro tiempo —le dije—. No siempre somos nosotros. Alguna vez volvemos a encontrarnos.

Movió la cabeza de un lado al otro. Se levantó y fue hasta el mimeógrafo contemplando el paso de los papeles que caían a cada vuelta del tambor. Vi que movía nerviosamente una pierna y ello me aseguró que por allí sacaba su enojo. Al cabo de cierto tiempo regresó y dijo, con una voz que intentaba ser serena más por las pausas que por la unión de las palabras, que era hora de partir, asegurando seguidamente que procediendo como procedía no le hacía ningún favor a la lucha contra la dictadura sino todo lo contrario.

Salimos remontando las banderas colgadas y chorreantes de la ropa lavada entre nubes de jabón amarillo. Pasamos los viejos cementerios donde las gallinas buscaban sus lombrices debajo de las latas. En silencio atravesamos las calles y llegamos a un viejo cobertizo cercano a los ferrocarriles. Aspirando el extendido olor de las locomotoras pensé en su relación con nuestros éxodos por la interminable cadena de pueblos. El cobertizo había servido como depósito de madera y aún guardaba alientos de cedro y pino. En el techo las arañas dormían tranquilamente. Sobre una tarima de madera había un jergón. Colgadas en la pared aparecían algunas cajas de madera con cuadernos y lápices oblongos de los que usan los carpinteros. El habitante del cober-

tizo era un hombre taciturno. Comenzamos a platicar y dijo que había inventado unas medias irrompibles, un colector aéreo de cenizas y una trampa para cucarachas. Mientras hablaba fueron llegando otros participantes a la reunión. Entre ellos Emilio y el Enano. El hombre siguió hablando sin detenerse. La voz parecía haber estado oculta en su cuerpo durante muchos años y entonces, cuando se abrió la compuerta, se escapaba como un río de gran corriente. Todo hubiera seguido así, cubriendo de palabras el cobertizo hasta hacer volar los lápices y los cuadernos y las cajas y el jergón, de no ser por la llegada de otro hombre. Flaco, cetrino y con mirada de pájaro que mediante un aullido ensalivado cortó una frase del inventor y comenzó a relatar cómo había estado escondido en un ático sin otra compañía que la de un libro. Permaneció en el ático tres días sin comer ni beber pero leyó cuidadosamente el libro y podía aún recordar, como demostró, largos fragmentos del mismo. El libro era un compendio de platos de cocina realizados con esmerada minuciosidad. Entre otros succulentos manjares había uno compuesto de leche de oveja, almendras, riñones de liebre y cáscaras de manzanas; que me obligó a cerrar los ojos y olvidar el aire que circulaba por mis intestinos.

La última persona que llegó traía en la mano derecha una lata de leche condensada con dos agujeros. Colocaba su boca sobre uno de ellos y sorbía. Lo hacía sin ruido pero yo sabía que tragaba por el movimiento de la nuez. Se sentó so-

bre una caja de madera, levantó la lata y dijo: «¿Gustan ustedes?» y, sin esperar respuesta, volvió a succionar la mezcla azucarada y babosa. Luego dijo que nos había convocado para explicarnos un plan de lucha contra la dictadura y habló de disciplina, de voluntad de acción y de nuestros compañeros caídos en la lucha; pero a mí me pareció que estaba diciendo todo aquello sin convicción y, al mismo tiempo mirando al Enano y quizás preguntándose qué hacía aquel menguado espécimen en un movimiento revolucionario y, como me pareció injusto que pensara de aquel modo, me acerqué a él y le dije, sobre el oído, que el Enano tenía tanto derecho a ser revolucionario como cualquier otro. «Desde luego que sí» —me dijo él sobre el oído, y agregó—: «¿Qué le ha hecho pensar lo contrario?» Pero yo seguí pensando (y sigo aún haciéndolo) que él, como Toussaint Louverture, no tenía un buen concepto del espíritu revolucionario de los enanos.

De allí salí acompañado por el carpintero y por el hombre que había estado escondido en el ático y que se hacía llamar Erivan. En el largo trayecto que hicimos no hablamos una sola palabra, pero cuando llegamos al lugar donde debíamos reunirnos con otros compañeros para tratar de realizar una mejor acción conjunta contra Hacha, Erivan comenzó a hablar como nuevo inquisidor, manifestando que había que someterlo todo a la acción del fuego para hacer «renacer sobre las cenizas» (esas fueron sus palabras) un mundo nuevo. Yo aproveché un momento

muy corto en el que tomó aliento y le narré lo ocurrido al abuelo Ildefonso con la rata. Escuchó con los ojos brillantes y una extraña paciencia pero, al llegar a la escena en la cual la rata surge de las cenizas y hace patente al abuelo sus demandas de una mejor calidad de cuero, su rostro comenzó a contraerse e intuí una variación en su inicial entusiasmo. El carpintero entonces hizo un ruido de desagrado e impaciencia y dijo: «¡Vamos!» y repitiéndolo nos llevó a pasar la boca de una puerta ancha y comenzamos a subir una escalera en la que los papeles arrugados, las colillas y una línea de polvo gris, revelaban el paso de las gentes y no su permanencia.

El lugar al que entramos, un oscuro piso, tenía tres amplias ventanas de vidrio que daban a la calle pero estaban tan sucias que la luz se estrellaba ladrando inútilmente contra la costra de mugre. En la parte posterior había una estrecha y altísima ventana y debajo de ella un banco de madera. La atmósfera se enrarecía con el olor denso del humo de los cigarrillos mezclado a otro de ropa sin lavar. Las palabras levantaban un muro de sombras que se movían tratando de salir por la escalera o escapar por la alta ventana. Todas eran voces dramáticas de los remotos barrios. A ellos se llegaba andando sin tregua para encontrar lo igual de todos los días. Ni siquiera se podía hacer el amor. No había erección. Puede que quizás algún domingo.

Desde esta orilla y con el tiempo a la espalda puedes oír y ver el murmullo ancho y las manos

que se levantan y las cabezas que se inclinan para oír mejor, y al carpintero que saluda y dice: «Bien, bien», y los demás se sonríen con cansancio y estrechan su mano y mientras ello sucede yo estoy pensando en lo dicho por la abuela Belén de que cuando el pueblo no cree en la muerte o está andando por sus umbrales, de nada sirve amenazarle con castigos. Digo que pensaba y puede que por ello no vi cómo todos iban hacia las ventanas hasta que me sacó de aquel pensar el sonido de los estallidos, secos y como lluviosos, de las ametralladoras, a los que siguieron las luces aparecidas entre pequeños trozos de vidrio que se esparcieron sobre los cuerpos. Entonces la pared humana retrocedió y en un momento, cuando sentí clara mi vista, encontré que apenas quedábamos los que caben en los dedos de las dos manos porque, como corriente sin freno, vi cómo el grueso, siguiendo el borde de las paredes, había llegado a la escalera y descendido por ella. Me pareció que el carpintero era parte de aquellas sombras nerviosas mientras que yo permanecía inmóvil y como obseso. En aquel espacio largo o corto, que no lo supe nunca de medida, el sonido tomó otro nivel. De la lluvia pasó a golpes aislados semejantes a los que hace una tabla golpeada contra el suelo. Fue al nacer este sonido cuando advertí que Erivan levantaba el banco y lo hacía morder con sus patas el borde de la ventana alta; y, apenas lo hizo, me levantó lo bastante para que pudiera trepar hasta el mismo borde y salir por la ventana.

Pasé a un tejado bajo y esperé. Un momento después había cuatro a mi lado. Me alegré oír entre las voces susurrantes la del carpintero que ordenaba separarnos. Me arrastré hasta un bordillo. Descendí por un canal de desagüe. Todo tenía el olor y el color de la boca del perro. Sentí mis pies tocar un piso cementado con arena gruesa. Tanteando el vientre de la ballena palpé dos puertas. Una a la distancia de un cuerpo de la otra. Me decidí por la izquierda. La abrí y cerré en silencio. Entré en un espacio aún más remoto y tenebroso, donde mis facultades felinas dejaron de funcionar. Sentí que la punta de los dedos reconocía fácilmente lo que tocaba. O creí que así era. Esperaba salir del agua sin conocer el vado. Llegué a otra puerta. Más estrecha era que las otras. Abrí. Dentro del grueso animal agazapado brillaba una lucecita que se movía como la esperanza. Me agarré a ella y tiré, suavemente. El agua se desprendió y cayó con estruendo. Luego siguió el clásico gorgotear. Una voz cansada se arrastró torpemente por el suelo y preguntó: «¿Te sientes mal?» «Estoy a tu lado», contestó otra; «¿Sabes qué? Hay que aislarlo. Esto de que no tengamos baño propio hace todo muy promiscuo.»

Esperé hasta que mis oídos llegaron al borde del sueño de aquellas voces. Sus alientos se hicieron aceitados y lejanos en sus golpes, como los del Roskoff-Longines. La noche, entonces, tenía el tamaño de una naranja. Con paciente prudencia empujé la puerta. Seguí hasta encon-

trar la última fase del laberinto. Abrí. Había un gran silencio en la calle solitaria.

El sillón aparecía atornillado sobre una plataforma de madera. Las delgadas columnas frontales, que finalizaban en sostenes metálicos con forma de suelas de zapatos, revelaban que había sido inventado por el Hombre de Hierro para dormir de pie. El Enano estaba sentado en él. Tenía el aspecto de un reducido emperador asirio.

—Es poeta —dijo señalando al hombre situado frente a él—. No puede hablar. Le falta un pedazo de lengua.

El hombre sonrió. Tenía una hermosa sonrisa y una barba nívea. La barba estaba hecha con hilos de vidrio muy delgados. Podía haber sido un predicador. Podía haber predicado cualquier cosa: el amor a las hormigas, el incesto, la buenaventura caldea. Podía haberlo hecho a base de susurros y gestos amparados en su barba. Al llegar a una región del mundo llevaría sus hilos de vidrio y sus susurros. En un recodo del camino, en el andén de una estación de ferrocarril, debajo de una carpa, en el centro de un sembrado de caña cristalina, en la sombra de los anchos pájaros madrugadores.

Cierta vez, en el tercer pueblo, nuestro hermano Carlos atrapó un camaleón vivo. Habíamos leído en el libro del profesor Gerber de Robles que los camalcoes tenían una lengua tres veces más larga que su cuerpo y la sacaban para atra-

par los insectos con los que se alimentaban. Robamos las tijeras de la abuela y esperamos durante tres días la aparición de la lengua. Poníamos frente al camaleón insectos muertos. Nos turnábamos sin quitarle la vista de encima. Contemplamos cómo el tiempo le hacía perder su verde limpio y lo convertía en una madera inmóvil. Cuando lo volteamos, para abrirlo de un extremo al otro, la muerte blanda lo había hecho de papel mojado. Tenía una lengua minúscula. Maldecimos al profesor Gerber.

El Enano saltó del trono asirio. Lo hizo con una ligereza que demostró sus viejas y ocultas destrezas circenses. Se acercó y me invitó a ver a la gran señora. El poeta se inclinó. Comprobé que todo él estaba construido con vidrio.

La gran señora era viuda de un ingeniero aficionado a destruir relojes de alarma para convertir sus cuerdas en extraños instrumentos musicales. Salimos del templo-refugio del Hombre de Hierro y del Poeta de Vidrio y nos internamos en la red de calles estrechas del viejo San Cristóbal. Llevaba yo un paso normal y el Enano un andar ligero y saltarín semejante al del tordo sediento. Hablaba él cortando las palabras. Escuchándole llegamos a la casa de la gran señora.

La gran señora nos volvió a mostrar, como otras veces, la fotografía del difunto con rostro de marsupial, y volvió a decirnos que tenía un gran carácter. Luego trajo café en dos tazas anchas y profundas iguales a las que daban al tío Esteban a causa del mal estado de sus nervios.

—Ya sabes por qué lo tengo encerrado y desnudo —dijo la señora—. Ya han visto el rostro de su padre. Era un hombre recto como una regla. Honrar padre y madre. Ése debe ser el empeño principal de todo buen hijo.

Hice un signo afirmativo con la cabeza. Sentía en el interior del laberinto el ruido del paso amargo del café.

—Es lo que digo —continuó apoyando sus manos delgadas una sobre la otra—. La revolución me quitó ya un hijo. No quiero que se lleve al otro. Ustedes son sus amigos. No vienen a inquietarlo. A traerle ideas raras. A soliviantarlo.

Suspiró. Sus suspiros eran largos y hondos. La gran señora había nacido sin sonrisas.

—¡Dios mío! —siguió—. No sabemos nada. Lo único es la misma palabra. Ya hasta me avergüenzo decirla. Sin embargo, puedo hacerlo ante ustedes. Sé que no está muerto. No puede estarlo. Me lo hubiera dicho el corazón.

Se llevó la mano derecha al pecho. Los dedos eran largos y delgados. Dedos finos de alta dama. Preguntó si queríamos ver a Alberto. Le dijimos que sí.

Alberto salió a su llamada. Se cubría con un amplio paño afelpado. Las ropas de él y de su hermano desaparecido estaban cerradas y custodiadas por la señora de León que tenía las llaves suspendidas de una cadena que rodeaba su cuello. Junto con las llaves había una medalla de plata de la Virgen del Cobre. Los paños afelpados de Alberto eran de distintos tonos. Cuan-

do se cubría con los blancos y los negros se convertía en Lawrence de Arabia.

—Los gorriones —dijo el Enano—. Parece que Proust los detestaba.

—Puede —dijo él.

La gran señora, atenta al diálogo, asentía o negaba. Permanecía como la terafosa. Vigilante al desvío.

—Las aves de corral y su cuidado —dije—. El piojillo parece venir por descuido. Se requiere mantener un poco de arena en los gallineros.

Salimos de la casa de la gran señora y nos separamos en la confluencia de dos calles. Midiendo los pasos seguí la antigua ruta del Benz pensando que ya su viejo cuerpo oleoso estaría sumergido entre llantas, flejes y radiadores ajenos en un incipiente cementerio de marcas olvidadas. Ahora eran los Mack los que, como nuevos monstruos devoradores de basura, hacían crepitar las calles de San Cristóbal con el potente estruendo de sus invasiones por regiones hasta entonces alteradas por el chocar de los tranvías y las voces altas de los habitantes. Pasando hice un saludo al caballo de madera de la Casa Zetina y noté que habían torcido el sarape de Saltillo que llevaba frente a la montura. Crucé la calle y di vuelta a la Estatua de la India. Sentado en el banco central de los tres que estaban frente a la estatua, con la mirada fija y una sombra oscura entre las cejas, estaba Avelino. Me situé frente a él. A su lado reposaba una pequeña ra-

dio de galena de la que salían sonidos quejumbrosos. En la bolsa superior de su chaqueta asomaba la coma de una navaja barbera. Tenía el aspecto siniestro de Bellaco Larsenio cuando asaltó la diligencia en **La Muerte del Comanche**. Le pregunté si era Avelino aunque sabía que era Avelino pero a veces hay desagradables equivocaciones como la sufrida por el tío Francisco cuando confundió las viudas gemelas del tercer pueblo. Movi6 la cabeza para decir que sí. Le hablé del abuelo. Le dije: «¿Recuerdas cuando la tía Clara hacía brotar flores del piano? ¿Y la mantarraya? ¿Y cuando te asomabas a ver las gallinas del vecino?» Le hablé de todos y de todo: del parque, de la gran carpa, de los perros del cura de la peonía florecida y del senador. Movi6 la cabeza otra vez, pero a la inversa; después seguí hablando. No me interrumpió ni una sola vez. Ni con palabras ni con gestos. Su mirada era remota. Tan vieja como la de un pájaro hechizado.

Esperé una palabra o un gesto. No llegaron nunca. Sobre los pies de la India comenzó a caer el sol. Era un sol ancho contra el que luchaba la tarde. Cuando se quebró, dorando solamente la corona de la estatua, él se levantó. Se inclinó para agarrar la radio de galena. Me volvió la espalda y echó a andar arrastrando los pies. No volví a verle más.

Tres días después el Enano amaneció ahorcado con su propio cinturón. Su cuerpo colgaba de la rama del árbol que había crecido y se había secado en un parque abandonado donde las hierbas formaban un mar verde sobre los ban-

cos, y los gorriones (que detestaba Proust) se posaban picando encima de las grandes cagadas secas de las vacas. La camisa del muerto era larga pero no lo bastante para impedir ver lo que habían hecho con sus genitales. Alguien que pasó advirtió que tenía unos extraños zapatos.

—En cuanto a las acusaciones que aparecen en los papelitos —dijo el alto funcionario en una entrevista concedida a los periodistas—, nada es veraz. Se atribuyen al gobierno hechos que todos saben cometidos por vulgares delincuentes.

Puedo decirte: Sé muy bien que en aquel momento estaba saliendo del laberinto. Enfocando la calle con los ojos puestos siempre en el alerta. Podía, por encima del pavimento, apenas unas cuartas más arriba, percibir el peligro. Pero, algunos días el aire se hacía viento rápido y en el cambio y la curva me perdía. Mejor entonces confiaba en los ojos. Pasando la calle, justo frente a la boca del laberinto, estaban tres árboles mansos, de cáscara polvorienta y grietas delgadas, despreciados por las hormigas y los pájaros. Eran, en verdad, tres amargos solitarios.

Digo que estaba saliendo y, cuando levanté los ojos, la vi de abajo a arriba partiendo de los zapatos. No creas: los tenía limpios y eran de tacón bajo. Las piernas me dieron confianza de no llegar a esos muslos endebles que se hacen medio arco de barril y sostienen un vientre sin calor. Pasé aquella región con mayor premura y me quedé en el rostro. Podía entonces haber

sonreído pero no lo hice. La mezcla de la piel era de un desvaído café, semejante al obtenido de la borra pasada dos veces, y en el mismo espacio aquel había más de una vieja historia relacionada con hechos oscuros pero ya pasados por encima de la espalda y ni siquiera vueltos a pasar por un recuerdo ingrato.

Creo que era el tío Miguel el que decía: «Pensar y no decir es como concebir y no parir.» Me fui de frente. Me le acerqué apenas a una distancia mínima y le dije que haría bien en salir de la sombra de aquellos árboles si no quería ver su cuerpo cubierto por globitos de agua salada. Me dijo que gracias pero que era el único espacio en el que cabían sus zapatos. Así permanecemos un momento: el uno frente al otro. Le estaba tragando el aliento mientras alguna luz rodaba, como lata vacía, por el centro de mis pensamientos echando a un lado y otro de la balanza los pros y los contras. Pudo más el pro. Y fue por la soledad de los dos por lo que supe que ella también lo estaba. Entonces le tomé la mano, apretándola y comprobando que debajo de los dedos había durezas de trabajo y aquello también fue relacionándose de inmediato con el pedal y el ovillo de las Singer y con las planchas de carbón. Le dije entonces que vamos y, si no te importa, y ella sonrió pero apenas así como en un hilo, y ni siquiera me dejó conocer la voz sino que movió la cabeza en un sí que parecía prudente y se dejó conducir por el laberinto.

Fue, en verdad (y no tengo por qué echarle engaño), el mejor regalo que la Divina Providencia,

el espíritu del Benz y las sombras errantes que los Orlando colocaron encima de mis propios pasos.

Tenía el cuerpo alto y fuerte. Desde el primer día lo llevó de un espacio al otro. Estaba allí donde era necesaria con la rara virtud de hacer cosas sin nombrarlas. Algunos días, mientras las orugas se movían a lo largo de la rama, contaba largas historias en las que estaba siempre presente la flor junto al pan. La voz del pueblo se hacía nueva en ella. Decía que la ropa debía ser lavada por todos porque de no hacerlo así se quebraba en el aire y con el tiempo aparecía tendida en los alambres del teléfono con esas oscuras manchas del aceite del desaliento. Decía que el consejo que se da detrás del error es como el remedio detrás de la muerte. Decía esas palabras sabias que saben solamente emplear aquellos que las han aprendido en la lucha por la dignidad humana.

El día que echaron a volar el señuelo de la caída de Hacha ella estaba entre las voces que se alzaron sobre las calles de San Cristóbal.

Me avisaron en la noche. Cuando la vi en el necrocomio guardaba aún la belleza triste y lejana de Tina Modotti. Tenía tres pequeños agujeros en la frente.

QUINTA CONDICIÓN DEL PERRO.

(Removiendo la tierra)

La maestra del segundo pueblo nos contaba de aquellos cuatro que en el monte se dividieron una guayaba. Luego nos decía que formáramos fila y marcháramos a buen paso hasta el patio. En el patio estaba izada ya la bandera tricolor. Ella insistía en que contempláramos la estrella, solitaria en el interior del triángulo, antes de entonar el **God Save** a la república.

El relato se hacía presente en aquel año crucial y obsesivo. El gato llegaba noche tras noche malamente golpeado. Era una sucia manobra. Dentro de aquel cuerpo vejado había un tigre que no se rendía. Aceptaba el tardío mercurocromo con una paciente resignación que solamente me era a mí concedida. Estábamos todos malgastando el ingenio para cortar las carencias. El hilo del soporte había llegado ya al máximo de su resistencia.

Entonces no creíamos el relato de la guayaba. No lo creíamos porque no estaba sembrado en tierra propia o, al menos, eso nos decía nuestro padre. Por aquellos años no llegábamos a entenderlo. No saltábamos más allá de los empeños de Salgari. Pero fue hermoso comprobar más

tarde que la guayaba existía. Un día vimos cómo los aparatos públicos de la **Telephone Company** amanecieron sujetos por oscuras cintas de luto y nadie los usó. Y al andar el tiempo con su línea de años, sentimos que aquella raíz era válida cuando en el 33, junto al pueblo, con viejas escopetas y viejos machetes, nos aglomeramos con ánimo de hacer frente, en un empeño que por ser de todos no sería inútil, a los navíos de guerra del Norte que se asomaron al puerto. Era hermoso. Tan hermoso y verdadero como el cuento de la guayaba para cuatro.

Yo seguía habitando la sombra de los diccionarios inútiles que iban haciendo crecer su polvo y adquiriendo aquel disimulado aspecto de los encadenados en los anaqueles de Chartres cuando el anciano bibliotecario inscribía sus maldiciones para evitar la codicia o el deseo de orinar sobre ellos. En cuanto a la rama, había crecido tanto que ya no podía cerrar la ventana y era campo propicio al crecimiento de hormigas bravas y orugas acorazadas. Al final, en una horqueta en la que florecía un bosque de hojas tiernas, estaba el escudo de Liberia y una Oración al Milagroso Ajo Macho.

Aquellos fueron tiempos marcados entre cantos que eran también parte de la guayaba. Cáscara y semilla de ella. Saliendo del Oriente de la isla las músicas marimbuleras, botijeras y sonadoras de guitarra y claves pasaron el lomerío y el verde mar de cañas y entraron con sus voces de madera en San Cristóbal. Pero nosotros nos

adelantamos a ellas oyéndolas pasar los pueblos y señalando las épocas de tal o cual acontecer. La primera noche que el juez se acostó con la tía Tecla los resortes de la cama subieron y bajaron a su compás. En el quinto pueblo el tío Rogelio se convirtió en miembro de la Sociedad Protectora de Animales después de abandonar una partida de billar a tres bandas en la que las bolas chocaban igualando el canto. Después todo se hizo una caja de canciones que marcábamos por tiempos. **Talaño y talotro.** Se marcó sin tiza y ellas quedaron sobre la tierra.

Precisamente fue uno de aquellos cantos, maltratado con acidez, el responsable. Había unos pies, que eran los míos, debajo del sol establecido en el inicio del laberinto. Los dedos de aquellos pies se movían a un ritmo alegre a pesar de su precaria sangre. El canto venía envuelto en un olor a res asesinada. No necesité volverme para conocer su dueño pero otro aliento poroso y ajeno se emparejaba a su aire. Esperé paciente pensando que el canto podía ser también parte de aquel año crucial y obsesivo. Comencé a calzarme. Lo estaba haciendo con cuidado para no mostrar la suela agujereada. Algo de orgullo, aunque vacío, inevitable. Levanté los ojos. Con la adherente condición de Theda Bara una mujer atenazaba el vientre de Emilio con la derecha en arco. La otra mano jugaba en el aire. Podía ser una maestra de escuela recibiendo a los niños en las zonas oscuras del aula con las faldas levantadas o introduciéndose entre los pupitres desolados para colocar alas de mariposas dentro

de los libros de geografía elemental. Hasta ahí llega la crueldad de muchas.

«Bueno», dijo Emilio, y preguntó si podía pasar pero yo estaba viendo cómo los dedos de la mujer tanteaban el aire y no le contesté. Miraba cómo ella hacía unos movimientos que me obligaron a llevar la vista a sus tobillos. En seguida supe que no era maestra pues los tobillos de las maestras adoptan una configuración que no existe en los tobillos de las otras mujeres. Convencido de ello me puse de pie y les dije que podían pasar y que con mucho gusto. «Pura fórmula de cortesía», dijo ella y sonrió. Yo me volví y le pregunté a Emilio de dónde había sacado aquella Theda Bara. «No sé quién es Theda Bara», dijo, y ella intervino entonces para meter su vocecita desmayada y suspender el movimiento de sus dedos en el aire, advirtiendo que aquello no indicaba nada bueno. «¿Por qué», pregunté. «Es un feo trato», dijo. «No es que me guste hablar demasiado. Sé bien que la Bara era una actriz muda, pegajosa. Usted tiene un agujero en la suela. ¿Por qué no es lo bastante honesto y lo muestra? ¿Qué de malo hay en un agujero en la suela?»

Les guíé a través del laberinto. No fue fácil. Se desplazaban así como al tanteo. Al cruzar los lavaderos, con sus nubes girantes de abejas, ella volvió a mover los dedos a la vez que hacía un gesto desdeñoso con la boca. Me hice el desentendido.

En aquel momento pensé que los señores situados más allá del límite, allí donde se cruza-

ban el moho de las culebrinas y el agua mansa del río Almendares, estarían tomando tranquilamente sus desayunos no precarios. Robustecidos quizás por algún alimento vigorizante. Puede que embriones de trigo o partículas de deyecciones de abeja reina. El Benz en alguna parte de su recorrido habitual. El Enano sonriendo dentro de un espacio ignoto con los testículos en la mano.

Entramos. La luz era suave y, como en ciertos poemas, doraba la superficie de las cosas. Era, en verdad, una luz hermosa pero ella la ignoró. Pasó su mirada lentamente sobre el borde de las cosas. Se detuvo, una a una, en cada silla, en el contorno de la rama, en el bergantín liberiano y en las primeras frases de la Sagrada Oración. Luego se desplazó en silencio con el mismo fingido desmayo de la Bara, levantó el brazo frente a la rama y atrapó una oruga acorazada. La oruga hizo ese característico movimiento de enroscarse que le hace aparecer como un caballo de ajedrez. No previó su fin. Un momento después estaba en el suelo. Ella mantuvo su zapato un momento suspendido en el aire y luego, con una rapidez similar a la pérdida de la virtud, lo dejó caer violentamente sobre la oruga. Un olor a tripas hervidas se esparció por el refugio. En seguida las hormigas bravas se cobijaron detrás de la Milagrosa Oración al Ajo Macho y el resto de las orugas corrió a refugiarse entre los pliegues del velamen del bergantín. Mientras tanto ella, con la cabeza baja y una sonrisa igual a la empleada por la mujer de Larsenio al conocer el destino

de su rival en amores, devorada por los cerdos, arrastró con la punta de sus zapatos el cuerpo de la oruga llevándolo hasta la puerta. Desde allí le dio un enérgico impulso final y el cadáver realizó una perfecta parábola: antes de caer en el cemento del laberinto y esperar la presencia de las grandes hormigas devoradoras o el vuelo en picada de los gorriones que tanto molestaban a Proust.

Emilio levantó los ojos y preguntó: «¿Por qué has hecho eso?»; pero lo dijo sin convicción alguna. La voz fue la misma inerte del padre consentidor y ella la compensó con indiferencia y rigidez. Se hizo entonces un silencio molesto. De lejos, el gallo hizo el ruido que inicia la persecución de la gallina pero todo quedó en el vacío y el aire no trajo otra cosa que el desprendimiento de las hojas del árbol y el hondo olor de la oruga destripada. Así, el silencio se fue arrastrando hasta que ella lo quebró, insinuando que yo estaba buscando un pretexto. «Lo busca», fueron sus palabras, «para echarnos de aquí. Quizás por eso se niega a mostrar el agujero que tiene en los zapatos.» Emilio entonces abrió los ojos hasta hacerlos una moneda mediana, se inclinó un poco y con una vocécita susurrante que no le había conocido preguntó: «¿Por qué no haces el puñetero favor y muestras el agujero?» «¿Por qué habría de mostrarlo?», pregunté a mi vez y ya un poco agraviado por la insistencia y por la invasión desconsiderada. «Lo reconoce», dijo ella «luego, existe. Ése es el problema de todos los presuntuosos.»

Apenas percibido, un ruido gorgoteante me informó que el gallo ronco había trepado finalmente sobre la gallina perseguida. Una de las hormigas bravas mostró parte de su cabeza al filo del trinquete establecido en el escudo de Liberia. El olor dejado por el cadáver de la oruga había sido sustituido por otro, más hondo y lejano, que se desprendía del cuerpo de ella. Levanté la cabeza y clavé los ojos encima de los suyos. Tenía unos puntitos brillantes que le bailaban allí donde el azul se hacía tierno y meloso.

«La que desea el fuego», dije, «lo busca en las cenizas.»

Emilio se levantó y resbaló sus pies anchos sobre el piso. Ella lo hizo también, un poco más suavemente, hasta su encuentro. Se tomaron de la mano con una ternura que me pareció falsa. La mano de ella, dentro de la de él, se convirtió en un ramito de berros. Se dejó llevar. Abrieron la puerta, la cerraron, y desaparecieron de mi vista. Pensé que les tomaría un largo hilo de años hallar la salida del laberinto. Puede que encontrara sus cadáveres alguna vez en uno de los recodos. Probablemente allí donde los secos lavaderos torcían el rumbo y volvían a rehacer la trampa inacabable del laberinto. Fue un falso pensamiento. Y aseguro que lo fue porque si ella conocía que era cierto lo que decía del agujero de mi suela, yo también podía ver cómo tenía su cerrojo echado a las ansias de Emilio. Así que salir del laberinto, con sus propiedades señaladoras, no les resultó complicado y, pudieron pasar

sin dificultad a los lugares abiertos donde el gato merodeaba recibiendo, noche tras noche, el pago justo de manos cristianas.

«El río también pertenece al mar», repetía el tío Esteban. Sin que el reloj lo indicara, muy cerca de aquel día que Emilio y Theda Bara salieron sin despedida del refugio, estaba yo contemplando cómo el río Almendares sujetaba con su cordón de agua el paso del Caribe. El aire traía la voz de un senador de la República. Las palabras llegaban con las intermitencias de la radio y se perdían entre consejos, advertencias y recomendaciones. Algo de ectoplasma debía ofrecer a la mirada de los que pasaban, por el modo que tenían de voltearse y sonreír. Me sentaba en una de aquellas piedras viejas que debieron sujetar un viejo puente en los viejos años y contemplaba, al filo de las sombras, el contorno de mis pies y la movilidad de los dedos dentro de los cuales transitaba aún la sangre. Luego decidí levantar el zapato izquierdo, comprobando que el agujero se había extendido. El diámetro entonces alcanzaba el de una de aquellas monedas gruesas de a peso que ofrecían el escudo de la república. La comprobación había sido realizada con el índice. La quise hacer más clara por aquello de que **la rosa tiene a la espina por amiga** y levanté el zapato para hacerlo con la vista. No lo logré. Detrás del diámetro surgieron unas luces desplazándose en estrías brillantes y tem-

blorosas. Separé el zapato. Theda Bara estaba situada exactamente entre el agujero y el río.

No voy a negarte que aquella vez debió emplear algún medio desconocido. Puede también que estuvieran a «contraviento». Ella tenía un raro aspecto hidráulico con sus zapatos húmedos y sus manchas de sudor extendidas como medias lunas en las bisagras de los brazos. Apenas podía ver que estaba sonriendo. Si lo hacía no lo parecía. «Las cosas como son», dijo «¿Para qué ponerse difícil? Yo no sé coser ni poner una aguja en el campanario. Cualquiera puede averiguarlo. Nadie va a pensar que lo niegue.» Le dije que me importaba todo aquello un «coñodema-dre». En cuanto a Emilio, allí estaba, bovino y pasivo, con aquel mismo sonsonete de la canción ácida y su ojo torcido. Ella tomó mi zapato para dar la vuelta con su dedo índice por todo el borde del agujero y luego sentarse a mi lado, empujándome levemente para hacer mayor espacio y después colocar el zapato en mis manos. Emilio se volteó para quedar de perfil al Almendares. «¿Sabes que estás orinando por la popa?» le pregunté, pero él no contestó. Se hizo entonces un espacio vacío y largo, mas ella no dejó pasar el silencio por mucho tiempo. Estaba desesperada por soltar lo que llevaba dentro y hacía un ruido de jadeo con el final agudo de los asmáticos. Yo lo vi venir y para desviarla le expliqué cómo se hace necesario colocar arena en los gallineros para impedir la propagación del piojillo.

Pareció calmarse un poco. Volví a calzarme y nos paramos. El Almendares levantaba ya sus húmedos aires. Fuimos andando despacio, sin una sola palabra, por un tiempo que si bien no medí, estimé demasiado largo. Ella me preguntó si estaba buscando un pretexto. Yo hice que no la escuchaba. «Es que», advirtió, «a veces es fácil diciendo que te espera tal o cual, pero, como eso es demasiado evidente se sabe que es falso.» No le respondí. «De cualquier modo no pienso hacerlo» afirmó. Y fue cierto porque cuando subimos al tranvía ella pagó también los pasajes y después solicitó las transferencias para hacer el cambio. Todo esto sin una sola palabra hasta llegar a la estación final. Allí ya, más o menos, se arregló un poco el pelo haciendo peine con los dedos pero sin dejar de andar en el centro de los dos y, a veces, encimándose y echándose su aire caliente.

Tenía una cartera que llevaba colgando o quizás cruzada o puede que la cruzara después de bajar; pero no me gustaba porque me trajo el recuerdo de los conductores de correos, amigos de mi padre, que me abandonaron en el pueblo del tabaco. Ella lo supo porque dobló las correas y la cubrió con su chaqueta. Pensé entonces que aun conociendo que no era una maestra desertora no había olvidado sus facultades y, por ello, no resultaría fácil quitármelos de encima. Abría la boca para decírmelo cuando me adelanté diciéndole que no tenía la menor intención de llevarles al refugio. No lo dije así precisamente sino en una forma más grosera. Habíamos jugado hasta en-

tonces ese juego cansado y estéril de no decirnos nada. Tenía las manos encima del vientre y un resto de saliva en el labio inferior. Adelantó un pie hidráulico. Hizo el sonido de un extractor manual y dijo que era tarde para retroceder.

En aquel momento el espíritu del Benz estaría inmóvil dentro de su viejo espacio en el centro de una alta pared de yute; mientras que yo estaba situado en un elevado borde de sombras aparentemente impasible.

Theda Bara se encimó más y dijo que lo válido era tomar una línea sencilla y recta. Que siguiéramos andando y que podía ser compasiva y humilde con las hormigas y las orugas y tolerar la presencia de la Milagrosa Oración al Ajo Macho y la del escudo de la república de Liberia. Mientras hablaba yo estaba viendo cómo Emilio se había convertido en estatua de piedra perdiendo su olor propio; aquel de res colgada, y pensé que no siempre **la espina, cuando nace, la punta lleva por delante.**

Atravesamos el laberinto y entramos en el refugio. Me asombró ver cómo las hormigas y las orugas acorazadas permanecieron impávidas después de verla. Algunas hubo que se asomaron por el filo de las hojas e hicieron ese golpe de cabeza, apenas visible, que constituye su saludo.

Ella se sentó en el mejor asiento y Emilio en el suelo, a sus pies. Luego trató de soltar lo que llevaba dentro, pero la detuve haciendo mención a la necesidad de esparcir arena en los gallineros para ahuyentar el piojillo. Escuchó con paciencia o yo creí que lo hacía pero, apenas me vio tó-

mar aire, metió su palabra diciendo que como no tenían refugio se establecerían allí. Que ya por cierto lo estaban y que no era cosa de ponerse a dudar ni a crear conflictos. Yo me volví y miré a Emilio y Emilio me miró a mí pero, de las miradas no surgió nada claro hasta que me pareció verle hacer un gesto con las manos que indicaba anuencia a través de la tolerancia. Cierto que el que busca encuentra y por todo lo que cuenta y mucho más de este complicado laberinto sin hilo-guía no valía asomar el hocico, afilado o romo, fuera de la madriguera. Nada que se saliera de la órbita del acatamiento o la trampa resultaba válido. Vi frente a mí la sombra del abuelo Manuel, con su mirada sobre el extenso mar verde de los cañaverales, y supe que se había perdido la partida de carambolas iniciada, muchos años antes, por el tío Francisco, en el quinto pueblo.

Tiempo duro aquel en el que los cantos comenzaban a borrarse dentro del aire del hambre. A mí me tocó ir aquí y allá. Alguna vez con Calandraca, habitando un mundo de esponjas que echaban sus muertes sobre el viento de Batabanó; otras bajo el trono asirio del poeta de vidrio que abría la puerta todas las mañanas, sonreía y se inclinaba con un crujido peligroso. Tres veces en aquel cobertizo del inventor contemplando la sombra afilada de los lápices.

«¿Y tú crees?», preguntaba él. «¿Qué es lo que debo creer?», preguntaba yo. Él hacía entonces

una especie de murmullo semejante a los del sapotoro y decía: «Que caerá Hacha antes de que todos nos muramos de hambre?» Y yo le aseguraba: «El águila empolla estos cernícalos y los mantiene mientras le conviene. Creo que este ya está volando bajo.» «¿A ras de tierra?» preguntaba. Y yo: «Ya tocándola con las plumas de abajo.»

El poeta se sentaba silencioso y despreocupado. Garabateaba con un lápiz ingrato sobre papeles arrugados. En los poemas que escribía intercalaba frases cautas y domésticas. Notas como: **Queso parmesano, media libra. Hazme el favor de no llamarme cabrón. Si un sueño es verdad se realizará cuando te encuentre sentado.** Alguna vez le pregunté: «¿Sentado dónde?» y sonrió haciendo flotar los hilos de vidrio de su barba para escribir luego algo que me dio a leer: **No se enrede jamás con una cualquiera. No saldrá de su dominio.** Le di las gracias y se inclinó crujiente. Había muchas maneras y modos de luchar contra Hacha. Él lo hacía dándonos cabida en aquel albergue precario, sí, pero también noble de ceras.

En cuanto al refugio sólo le bastaron unos días para hacerle perder aquel aire pacífico y misterioso en el que alguien crece y muere dentro de sus propias grasas. No era pues de estarse mirando constantemente los rostros. Esto podía entremezclar los sudores y los alientos y crear el embrión de los asesinatos. El laberinto había dejado ya de serlo y estaba convertido en una línea de tránsito fácil, favorecida por la espuma, escasa

pero evidente en sus olores, de los jabones. La rama y sus habitantes habían concedido espacio a una extensa ramazón de alambres retorcidos con flores de papel y al final de ellas, sustituyendo al escudo de Liberia y la Sagrada Oración al Ajo Macho, se establecía una complicada geografía de rostros dramáticos, en actitudes trágicas, envueltos en viejos trapos encintados, mostrando delgados tobillos peludos y sonriendo con amargas filas de dientes oscuros.

Dentro de aquel desolado panorama, intenté hacer de Emilio el otro buen compañero que se sujetaba a una tierra compartida en la lucha; pero él estaba como descolgado, metido en la piel de esa sombra que no nos pertenece sino que ha sido colocada sobre la nuestra por una mano ajena. Cuando hablaba se iba de lado con un breve ronquido y luego hacía hueco de ocarina con las manos para soplar un aire quejumbroso. Todo pareció ir cumpliéndose entonces, siguiendo el hilo de una tensa cuerda. Las órdenes dejaron de llegar. El gallo apenas indicaba su presencia.

Un día cualquiera el carpintero atravesó el laberinto y mostró la mitad del rostro por la puerta entreabierta. Dijo que buscándonos el tiempo se le había ido de las manos. Luego volteó la cabeza y vio a la Theda Bara haciendo aquellos complejos movimientos que relacionaban el sistema respiratorio gradual con el **Manual Naturalista de la Eterna Salud** y preguntó: «¿Quién es esta piruja?» Ella pareció no oírlo o, si lo oyó, lo disimuló. Ni siquiera alteró el ritmo quinto en el cual

se unen los dedos de la mano derecha para golpear encima del ombligo mientras se deja escapar el aliento en cortos aullidos.

Entonces el carpintero entró, cerró la puerta con cuidado, y reunió su cabeza con las nuestras para decir en un largo susurro que todos aquellos señores del partido llevaban disfraces de **boy-scouts** en cuerpos viejos y que nos estaban empleando para sacar a flote lo que después devorarían. «Son», dijo, «obedientes sirvientes del águila. Harán su arreglo y reiniciarán los ahorcamientos, alimentarán más a los tiburones, cortarán más testículos. ¿Saben lo que hacemos ahora haciéndoles el juego? Estamos, por la ignorancia que desde ahora no tenemos, haciendo traición a la revolución.»

Yo dije que un error siempre tenía remedio y él que no siempre lo tenía pero que ahora, conociendo el paño, había modo de remendar lo que la ingenuidad había roto. No vamos a levantar acta de jueces ni sentarnos a llorar el engaño. ¿Sabes qué hacen en las tardes bajo la sombra más suave, esa que trae solamente brisa para los altos? Mandan traer café y reclaman un buen tabaco. Hablan de manera retorcida haciendo giros y maneras con elegancia caduca, empleando términos retóricos, haciendo citas de este y aquel y luego se adormecen mientras pasa el ángel.

Yo le pregunté: «¿Qué ángel?» y él dijo que era una manera de decir de ellos cuando se hacía un silencio.

Así echamos mucho tiempo, tanto que él había llegado con la luz en el centro de la ventana y,

de pronto, nos dimos cuenta de que las palabras estaban entrando en la oscuridad; fue entonces cuando la Theda trajo una vela encendida, porque la luz eléctrica había sido cortada muchos días atrás, y la colocó en el suelo frente a nosotros.

De todo lo que hablamos salió que era el momento de escapar de la trampa que nos habían echado. El carpintero preguntó a Emilio si no lo creía así y éste levantó las manos, hizo ocarina y sopló su aire melancólico. Nunca supimos si aquello indicaba anuencia o negación.

—Porque —dijo finalmente el carpintero— no podemos andar por las ramas. Vamos a la raíz y yo sé dónde está la tierra en la que se hunde. Más vale el polvo a los pies que sobre el culo.

Tengo la memoria encima de lo que me preguntó el carpintero. Dijo: «¿Qué crees?» Yo estaba relacionando entonces aquella casa con la del Enano que tenía complicados muebles normales sembrados en la oscuridad y puede que ocultos otros: alguna silla, una bacinica de niño escondida entre las tenebrosidades, un largo y estrecho pensamiento blanco debajo de un reducido árbol japonés. Le dije que era demasiado pronto y él: «¿Pronto para qué?» Pero no quise aclarar nada porque tenía el ánimo en otra cosa y el cuerpo lo bastante débil para echarla. Caminábamos por aquella ciudad que parecía no ser nuestra y que sí lo era en toda su inmensa miseria humana de cuerpo que no de espíritu

ya que estábamos justamente dentro del complot de la guayaba. Caminábamos, digo, y la costura formada encima del círculo de la suela no encontraba acomodo en la cobija de papel. Ya la presión sobre aquella se había convertido en un arrastrado suplicio y él me veía como el cojo del canto que viene por la carretera con sus palabras de amores y me preguntó qué tenía pero yo lo eché a disimulo, me fui de reversa hasta el pensamiento del abuelo Ildefonso y le dije más o menos esto: «El cuero cuando se sumerge se hincha y se queda como un cadáver colgado.» «¿Qué cuero y qué colgado?» preguntó, pero casi enseguida pensó que yo andaba entre un recodo de desvarío y una montaña de hambre y que podía caer en un estado de sonambulismo perpetuo semejante al de Emilio.

Pero lo que el carpintero preguntaba no estaba lejos de aquel encuentro que habíamos hecho tiempo atrás con el hombre escuálido y estrábico que hablaba como quizás lo hicieron los que llaman «iluminados». Que yo no conocí ninguno. Había un aire molesto que entraba por la ventana. El lugar era oscuro y húmedo. Nos dio la mano. Era una mano de huesos y sangre finas. El aire insistía en pasar por las sombras. Cuando el hombre terminó de hablar nos llevó hasta la puerta. No era aquella su casa ni lo parecía. En ella vivía como de préstamo y quién sabe la causa. No la de él sino la del que da la mano y esconde la intención de la otra. Aquello, así como lo vi una sola vez, no era su cuadro ni estaba dentro de su presencia.

El tiempo se estira en el recuerdo. No siempre se le agarra porque, como es elástico, se pierde y puedes hundir el brazo, tantas veces como quisiera en la memoria, que no lo agarras. Caminábamos entonces por aquel entronque de viejas calles estrechas que llevan al puerto cuando se nos acercaron. Lo hicieron como no queriéndolo, como aquel que te cruza y no te reconoce ni tú a él. Podían igualmente haber pasado de largo pero no lo hicieron sino que uno se puso delante y sonrió y el otro dio la vuelta y vino por detrás y sabíamos que lo teníamos a la espalda pues colocó sus manos sobre nuestros hombros y nos ordenó no movernos. Fue así nomás. Dijo: «No se muevan», pero no lo hizo en voz alta ni notamos ese golpe duro del aire que revela enojo o lo finge. En verdad no parecía nada violento sino que en apariencia aquello era semejante a un sencillo encuentro entre dos a la vez. Puramente casual. Tranquilo. Amistoso. «Vámonos», dijo el que teníamos delante y cambió de posición metiendo la derecha en la bolsa interior de la chaqueta. Iba a decir algo. Hubiera dicho: ¿Qué pasa?, o puede que solamente, «¿Qué hemos hecho?», pero el carpintero lo intuyó y dejó escapar un hilo de aire. Algo así como sssss. Apenas audible.

Calandraca me contó una vez cómo se siente un hombre dentro de una trama de silencio. Sabe que no puede ir más allá del límite que le marcan. El que arma la trama permanece esperando tu palabra, tu sobresalto o tu huida. Tiene la mano cerrada sobre la pistola y espera.

No se agita. Sabe que si no es allí habrá siempre una mejor oportunidad en sus dominios. No intenta alterar la paz ciudadana. Espera. Si tú no lo haces será tu culpa. Lo último que ves morir es la esperanza. Nos empujaron suavemente hasta el coche policial.

No hay por qué relatarlo. Puede que todo sea como una hormiga que cree cargar algo. Forma parte de la larga fila pero se sabe solitaria y conoce que su carga no es compartida. No puede serlo. A lo mejor ni lleva encima nada. Es otro espacio vacío y deshonesto. Detrás está de cualquier intento.

De todos modos pueden obligarte a sentir tu propio vacío. Te llevan a pequeños y cortos golpes dados en la espalda. Algo como empujoncitos que intentan no ofender. No golpean con injurias sino con silencio y sin violencia. Al menos por el momento, después ya veremos. Hasta te dicen: «Puede sentarse, y encuentras que aquel asiento es tan cómodo como el que ocupaba el doctor-boy-scout en la casa del Enano. Después no dicen nada más. Puede que se te ocurra preguntar algo pero no contestan. Nomás sonríen. El tiempo va pasando. Pasa por encima del mundo pero no sobre ti porque tú estás en el vacío. Estás sin asidero. Algo así como cuando se nos escapaba un papalote y se metía detrás de las nubes del cerrito envuelto entre los ladridos de los perros. Luego sientes que el zapato comienza otra vez a molestarte. No estás andando. Estás sentado en un asiento agradable y cómodo pero el papel que has colocado en la suela para tapar

el agujero está empapado de sudor y, con el roce, se ha convertido en algo semejante a un intestino pegajoso. Hasta puede que huelga mal. Piensas en la boca de alguien, en las esponjas agonizantes de Calandraca, en la letrina indicadora del camino de entrada al pueblo del azúcar. El hombre que está cerca de ti no parece vigilarte. Fuma tranquilamente. La ceniza hace un gusano inmóvil y se desprende después, una y más veces, cayendo sobre sus ropas. No se preocupa. Tiene la mirada tranquila puesta en algún lugar de sus pensamientos. Su rostro es el de un hombre cualquiera. No el del que creemos que pueda tener un asesino. Así el tiempo se suelta. Avanza o se queda detenido. No lo sabes. En algún momento oyes un sonido vago semejante al de la palomita en celo. Luego se hace quejido mayor y, por último, se convierte en aullido igual a la ablación de un dedo o de los testículos. Lo más cerca posible del que hace el cerdo cuando lo capan. Entonces entras en una penumbra de hambre y sueño. Puede que te toque oír: «Sigues vendiendo guitarras en las casas de putas? Entonces no era ese. ¿Dijo antimperialista? En tal caso se trata de un comunista. Todos hablan así. No le creas a las viejas. Se lamentan siempre. ¡Hijas de su cochina madre!»

Piensas alguna vez en el carpintero. Piensas en el lugar oscuro y húmedo en el que encontraste al hombre escuálido y estrábico. Piensas en el papel que cubre el círculo de la suela. Recuerdas aquella vez, en el tercer pueblo, cuando abriste un agujero en la casa abandonada. Lo ves

todo como en un filme lento. Era una casa enorme construida con madera buena. Tenía todo el borde de los techos formando una cenefa amarilla. Debajo de ella los espacios habían servido para que las arañas construyeran su propio cielo de niebla. Unas puertas con numerosos clavos de herradura sobresalían y formaban anchos y estrechos caminos solamente habitados por insectos de hierro. Habíamos entrado quebrando el piso. Al subir, una sábana de polvo se suspendió en el aire que llevábamos y descendió tan lentamente que pudimos ver su cuerpo caer con misteriosa gracia. Parecía no haber nada allí. Entre las sombras y el polvo fuimos tanteando. En el último espacio había luz. Entraba por el agujero de un nudo, desprendido de la madera, asomado al sol. Caía sobre un túmulo de cemento encima del cual reposaba una caja de zapatos atada con una cinta sucia. La abrimos. Encontramos dentro el esqueleto de un perrito, a su lado se acostaba la fotografía de una señora. En el borde decía: **Nous sommes heureux.**

Después, no revelas las marcas que te quedan en el cuerpo y las que arrastras en la memoria. Aún te queda bastante honestidad para hacerlo.

SEXTA CONDICIÓN DEL PERRO

(Con un ojo abierto y otro cerrado)

El general Gerardo Hacha y Morales, llamado El Egregio, cayó el Año de Gracia de 1933. Voló en un pájaro de hierro y se posó en un lugar apacible de los Estados Unidos de Norteamérica donde empolló una casa y reposó sus carnes en silencio y abundancia hasta la hora de su muerte. Amén. Así comenzaba el cuento que el artillero Coy contaba mientras sus nietos orinaban con sus piernecitas abiertas. El artillero Coy jamás había soñado ascender a capitán. Cuando el golpe militar era solamente cabo de artillería. Limpiaba cañones viejos e ignoraba la balística. Afirmaba que se la pasaba por los testículos. Luego seguía contando cómo había aparecido el hombrecito blanco. El hombrecito que subía a su palomar y se hacía retratar con su gabinete de hombres altos y acicalados como él. La fotografía corría por los años hasta tropezar en una niebla amarilla y hacerse polvo entre las páginas de la historia de la isla. El hombrecito era quieto y suave. Trepaba a su lecho temprano. Metía su pequeña cabeza debajo de la almohada y soñaba unos sueños cortos y quejumbrosos dentro de los que nunca sucedía nada.

Fueron momentos en los que parecía que todo iba a permanecer sujeto a su misión. Él, tranquilo. Platicando con sus hombres. Tomando café en tazas impolutas. Recordando a su padre que había sido Presidente aunque no allí en el palomar dorado, sino en la manigua. Alguna vez recibía alados consejos de su amigo y vecino. Un vecino de apariencia casta que tenía facultad de pasar a su despacho sin tener que anunciarlo. Algo como esos viejos que guardan el derecho antiguo de no despojarse del sombrero. Los que cumplen el día con él y lo conservan hasta el momento de acostarse.

Mientras todo seguía esta plana corriente los generales estaban en sus despachos contemplando cómo los soldados pulían cuidadosamente, con betunes de carnauba, el cuero de sus botas. Los coroneles hablaban de las propiedades benéficas de la miel, los comandantes recordaban las veladas musicales provinciales, los capitanes añoraban la época navideña y los tenientes comentaban sus últimas visitas a las playas cercanas. La paz era como una paloma de oro. Volaba en sus aires de ellos. Se metía en sus lechos. Sudaba con sus sudores. Cantaba sus palabras lisas. Aparecía en sus espejos.

—Temprano —seguía el artillero Coy—, apenas tres meses después de haber volado Hacha en su pájaro de hierro, el pequeño presidente, en un pequeño tren de terciopelo y de aparatos neumáticos contra las hemorroides, viajó al interior de nuestra isla. Fue un paseo condicionado. Flores y alabanzas. Discursos. Desde la plataforma

cubierta del último vagón, el Presidente, sobre otra, plataforma, abría y cerraba la mano derecha. Todo derecho él. Todo derecho su espíritu. Un pajarito con una rama de albahaca en el pico.

»Pero la vuelta fue amarga. Cuando llegó ya no era Presidente. Arribó cansado y maltrecho por que era hombre apacible, de maneras cuidadosas, con un letrero en el pecho que decía: **NO SE AGITE**. Quizás pidió permiso para sacar del palomar la pequeña bacinica con su nombre grabado en letras celestes y un bastón con empuñadura de plata que había usado su abuelo para ahuyentar los gatos nocturnos.

»Los cinco hombres que propiciaron el cambio de juego pusieron una mano sobre la otra pensando que, si bien Hacha había volado en su pájaro de hierro, la sombra que hacía fuerte su sombra seguía manteniendo su pared oscura. Entonces los cinco hombres hicieron rodar la bola. La bola fue girando y atravesó el pueblo. Al amanecer los generales, los coroneles, los comandantes, los capitanes y los tenientes, dejaron de ser generales, coroneles, comandantes, capitanes y tenientes; y los soldados, los cabos y los sargentos pasaron a ser coroneles, comandantes, capitanes y tenientes porque, de acuerdo con el juego y la trama, los huecos de los generales habían quedado tapiados.

»La bola se hizo paloma y voló con rapidez. Se fue de una punta a la otra de la isla y luego bajó de las nubes y se revolcó en la tierra. El plumaje se le hizo más duro y tomó un color distinto. Un color semejante al del pan, al de la cáscara

de cebolla y también al de la vieja madera. El vecino de los consejos veladamente impositivos se puso nervioso. Tan nervioso como cuando nuestro tío Esteban contemplaba el paso de una monja. Los generales, los coroneles, los comandantes, los capitanes y los tenientes (aquellos de las veladas provincianas, de los recorridos sobre arena fina, de las botas enceradas y de las virtudes melíferas) también se pusieron nerviosos. Aparecieron fotografías de soldados en las calles. Hablaban con el pueblo. Cantaban levantando los brazos con el puño cerrado.

»Los viejos oficiales —siguió el capitán artillero Coy—, treparon a una lomita donde había un alto hotel. El vecino les ofreció mano ancha. Confiados subieron. Montaron sus fusiles y sus ametralladoras. Dispararon. Eran certeros. Tiradores de ejercicio, cazadores finos. Deshojaban rosas a pura bala.

»Nosotros hicimos un muro de tres vueltas y tiramos también. Tiramos por la tierra y tiramos por el mar. El tiempo corrió a nuestro lado. Se fue volteando. Esperamos y ellos bajaron sucios y amargos. La mano ajena no llegó nunca.

El jefe me dijo: «Tenemos que cuidarnos.» «¿El partido o nosotros?», pregunté. «El partido somos nosotros y nosotros el partido», respondió. Entonces estábamos formando parte de aquella bola. No pensábamos que se detuviera. No lo pensábamos. Los años son como un libro, pero hay cuentas que no se anotan. La Joven Isla era

un pedacito de la bola. Puede que su centro. Hasta allí doblaron los huesos traidores. El provecho es hermano del perjuicio. Cuando el jefe se inclinó para hablarme al oído yo estaba mirando al hombre que cuidaba la puerta. Tenía colgada al hombro una ametralladora y tosía como un caballo galopando. El jefe tenía un viejo olor a papel mojado pero no era viejo sino que lo parecía porque no era dado a la risa. Le repliqué: «Creo que le aconsejaron mal. Ni siquiera sé nadar.» Me dijo: «Los consejos me los doy yo», y me tendió la mano. Tenía los mismos huesos finos.

Ese primer día caía sobre la ciudad una lenta lluvia. Más allá de ella volvía a crecer el ancho muro de cenizas. En las rompientes el mar dejaba su espuma dentro de la lluvia. Bajé del tranvía y fui avanzando despacio sin cuidarme del agua. Pensé en el viejo Benz ya muerto. Cruzé los anchos árboles goteantes. Volví a pensar en el Benz y recordé al tío Rogelio cuando decía: «Si la muerte tarda en llegar se cree que no va a venir nunca.» Un poco antes de ver la entrada del laberinto oí el sonido suave de un clarinete. Insistió en las notas profundas y luego cayó en una serie de agudos alternados. Parecía un sonido humano y lo era. Todos los sonidos del clarinete lo son. Supe por ello que el gallo ronco había muerto. En los lavaderos de la soledad cubría las viejas y mugrosas capas de jabón. Las moscas, sustituyendo a las abejas, giraban en un círculo vicioso y estéril. El silencio, detenida la voz del clarinete, se hizo hondo y lejano. Em-

pujé la puerta. Estaba sentada en una solitaria butaca de mimbre. Justo al centro de un bosque de hojas tiernas cruzado por hormigas brillantes. El gato, con las orejas mordidas de cicatrices, reposaba entre sus piernas. «Es una vergüenza tropezar con la misma piedra», dijo. «Tan sucio y cobarde como patear un pájaro muerto.» «¿Dónde está Emilio?», pregunté. «Hay muchas humillaciones», indicó. «Me pongo ahora a considerar cómo pudimos ver tu cuerpo por tantos días. Apenas una manchita sucia de pequeño burgués que disimula sus carencias y al que hay que sonsacarle las necesidades.» «El gato», le advertí, «es bastante cínico al meterse entre sus piernas. Se mete ahí y se queda aguantando como soldado en trinchera. Antes llegaba con aire petulante, disimulando su vecindad de tigre, a que le restañara las heridas nocturnas.»

Un golpe lejano de voces indicó el paso de la tarde. Esperé oír en su interior el sonido de la ocarina. Aguardé un momento que no llegó. Le volví a preguntar dónde estaba Emilio. «Tenemos la idea», dijo, «de que debemos reventar decentemente. Lavados y vestidos. Con los ojos cerrados. Durmiendo una paz que quizás sea prolongada por la tierra, por el mar o por el viento; pero no nos gustan ciertas muertes. No nos gustan ni su aspecto ni su recuerdo.»

Le di una vuelta pensando en aquello que repetían los viejos pulcros del cuarto pueblo: **a bien morir, cada uno debe tender.** «¿Dónde y cómo?», pregunté. «¿Dónde quiere que sea?», dijo con un aliento tan delgado que brotó como una nubecita

detrás de un cerro. «Podríamos decir que fue una muerte heroica y que su pellejo sirvió para ser bien o mal cortado y estudiado por los estudiantes de medicina, pero eso lo diría para hacerlo halago mío como parte que era de él. ¿Quieres ahora que te diga cómo? Te lo diré: En el baño, despatarrado, con el ojo torcido contemplando el foco de la luz eléctrica y la mano derecha cerrada sobre el cepillo para los dientes. Una muerte ridícula y final de la de mucho tiempo atrás puesto que él venía ya muerto y quién, sabe por qué.» «La cuestión», afirmé, «no es morir de un modo u otro sino haber hecho en la vida lo que se debe.» «Eso parece un pedazo del himno nacional», rió, «y ahora suena en tu palabra como un envase de hojalata meado por un perro.»

Arenosas y torpes le salían las palabras. Se volvía con gestos contrariados. Casi volcó el pisapapeles con los colores nacionales. «¡Ahora no!» dijo al ayudante que trataba de acercarse. «¿No ve que estoy atendiendo a este oficial?» Se volteó: «Dígale al ministro que aquí estamos a la orden. Dígale cómo trabajo. Que todo sea por el bien de la patria y para sacar adelante la revolución.» Alejó a los ayudantes con un gesto. Se pasó la mano abierta por el rostro. Olía a cuero de caballo y a cemento. Una rara mezcla. «No hay uno de esos oficiales viejos que no esté cagado», siguió. «Nos han estado humillando año

tras año. Han estado sosteniendo a Hacha. Lo han elevado. Ahora quieren aparentar que la revolución la han hecho ellos. Que han estado en este o aquel partido. ¡Cabrones!»

Reposó un momento colocando las gruesas manos abiertas sobre la mesa. El olor a cuero de caballo y cemento se hizo más intenso. Bajó la voz hasta hacerla un hilo apenas audible: «Sin embargo, hemos tenido que buscar. Buscar a este viejo o al otro. Momias cegas que caminando traspiés. Ancianos cagones pero que aún recuerdan cómo hacer que un navío navegue. Tenemos los barcos sin mando. ¿Sabe eso el ministro?» «Claro que lo sabe. Él lo sabe todo pero conviene que usted se lo diga. Dígale: el coronel ha encontrado unas momias y les ha dado cuerda.» Rió. La risa le salía cortada, escabrosa. «Les ha dado cuerda metiéndoles dinero por el culo.»

Pensé: Eres un traidor hijo de puta. Me puse de pie. «Dígaselo», repitió, «y también lo del combustible.» «Necesitamos un crédito muy amplio para el combustible. Toda la fuerza naval está inmóvil.» «¿Por qué no a los alumnos finalistas de la Escuela Naval?» pregunté. «Pero, ¿qué cree? Ya los hemos traído. Cuatro o cinco. No sirven. Los verá en las oficinas tanteándose los huevos. Se les ha dado un grado más pero son torpes. No les confío nada. No saldrían por la boca de la bahía.» Volvió a reír. «Créame. Ya los verá y me dará la razón. En cuanto al combustible ¿Revisará los pedidos de compra?»

Le dije que había sido comisionado.

—Mejor —sonrió—. Nos pondremos de acuerdo más tarde. Le enviaré un oficial con las notas para que las apruebe.

«Lo sé», dijo el jefe. «Estamos tratando de ir contra la corriente. Lo más probable es, si sigue así, que nos arrolle. De cualquier modo algo se logrará. Han estado muchos años sirviendo, humillándose. Esto no es más que una maniobra. Esperemos que nos dé tiempo para voltearla si podemos hacerlo. No te tomes el trabajo de revisar el pedido de combustible. Es falso. Haz cualquier cosa para ganar tiempo.»

Hice una señal de asentimiento y salí.

La pequeña mujer estaba acostada con los brazos como almohada. Me dijo que había vuelto a su pueblo llegando a la hora del canto que venía del monte. Sentí que estaba allí resbalando el ladrido de los perros. Pasé el parque y vi que las maderas seguían con el mismo color (la casa debió tener cenefas rosadas y una línea de envases de hojalata con el verde de las albahacas). La vieja salió a la puerta y gritó: «¡Hija!» El grito fue repetido hasta hacerse delgado y al final acabó en suspiro. Luego dijo: «Ven.» Me tomó de la mano. Atravesamos la casa. Todo estaba dispuesto en la misma forma de la vez primera. Las sillas, los lejanos olores de la cocina, los tapetes tejidos que vestían las dos mesas altas de largas patas, las estampas de Santa Bárbara y la Virgen del Cobre. La vieja andaba en silencio pero ella le veía los golpes del llanto en la espalda. Pa-

saron el patio. Abrió la puerta de la letrina y dijo: «¡Mira! Alabado sea el Santísimo.» Ella pidió: «La bendición, padrino.» El viejo estaba sentado en la tarima de madera con el culo colocado sobre el agujero circular que tenía el diámetro de un plato. Sus pantalones rodaban hasta los tobillos y, como una flor de trapo, el calzoncillo se suspendía en un tenue acordeón. Ella vio que se apoyaba con la derecha en la pared precaria de la solidez sobre la que ella misma muchas veces contempló el tránsito de las cucarachas. El viejo le alargó la izquierda y dijo «¡Dios te bendiga!»

«No es fácil», dijo ella después. Nos decían: «Tome un vale y vaya a la tienda. La tienda y la tierra tenían un solo dueño. Los días venían uno sobre el otro y la necesidad se hacía más ancha. Se nos podía ver el hambre creciendo en los ojos.»

El teniente gordo se acercó. Sus cordones dorados rozaron la cubierta de la mesa. Susurró: «El pedido de compra, señor.» Le pregunté: «¿Ha visto alguna vez una mantarraya?» Movié negativamente la cabeza. Empujó el papel hasta colocarlo debajo de mi vista. Era un papel cubierto de guarismos, estampaciones y sellos. Las líneas seguían un camino armónico perdido entre las tintas. «¿Ciertamente no la ha visto?» «No, señor», reiteró. «Fíjese, teniente. Cierta vez, en mi pueblo, Plotino y un nieto del sacristán hicieron pasar una mantarraya por las calles. Iba derra-

mando un líquido color violeta. El líquido caía en un reguero de gotas que horadaban las piedras. ¿Sabe por qué horadaban las piedras?» «No, señor», repitió resignadamente. «Quizás sea mejor así», dije levantándome.

Salí de la vieja fortaleza. Alejándome de la trampa llegué hasta la calle Reina. Crucé las sombras de la India. Hice un saludo al caballo de madera de la Casa Zetina. Me detuve un instante frente a la gran casa ametrallada. Aspiré los aceites lejanos del Benz y escuché en el horizonte de las fábricas el remoto resollar de las locomotoras. Entré en el cobertizo. «¡Ni siquiera soñándolo!» rió el inventor. «¿Eres almirante?» Hice un signo negativo con la cabeza. Él permanecía sonriente dentro de su mundo de serrín. «Bueno», dijo. «Ahora sí he inventado algo sin relación alguna con nada. No creo que pueda ser utilizado y ello me hace estar tranquilo. ¿Sabes quién fue el general Quesada?» Le dije que el general Quesada había sido un militar cubano que había peleado a las órdenes de Benito Juárez y él dijo: «¡Eso es!» Le pregunté si el general Quesada o su memoria tenían algo que ver con su invento. «¿Por qué tendría que ser así?», dijo «¿Por qué tendrías tú que estar metido dentro de ese uniforme? ¿Por qué tenemos la mala costumbre de buscarle siempre sentido lógico a las cosas?» Le dije que así era y le pedí disculpas. Entonces se levantó del jergón. Tomó un lápiz de carpintero y lo colocó sobre mi mano con la sonrisa generosa que hasta entonces solamente

había visto emplear por el guardián de la electricidad en el pueblo del tabaco. Nos despedimos en silencio.

La tarde estaba entrando por las viejas piedras y el mar lanzaba golpes desesperados sobre el gran muro de cenizas. El comandante dijo que se cagaba en el mar porque no podía oír el danzón que la banda de música naval estaba interpretando en el piso bajo. Nadie pareció prestar atención pero, cuando la banda dejó de tocar, todos se sintieron contrariados. «Es una mierda de tiempo», afirmó el capitán Coy. «Hubiera querido ver cómo están los cañones.» «¿Qué sabes tú de cañones?», gritó el comandante. «Olvida esos mohosos animales. No sirven ni para mandarlos a un museo. Tampoco sirven los cruceros. Hacen agua y apestan como caballos muertos. Hace años que estamos sepultados entre papeles viendo cómo se roban hasta los clavos. ¿Quién le regaló el yate a Hachá?» «Tiene una placa», aclaró el capitán Coy. «Tiene una placa que dice: Regalo del Pueblo.» «Sí», se atrevió el teniente sanitario. «Como si te pusieran la pistola en el pecho y te pidieran contribuir.» «¿Cuánto diste tú?», preguntó el capitán Coy. «Ni me lo preguntaron», rió el teniente sanitario. «Me lo quitaron de la nómina de pago.»

Se hizo un corto silencio. Levantando la mano de cualquier espacio encontrabas un charco de bajo. Así estaba sembrada allí la humedad.

«Hay que tomar las cosas como vienen», dijo el comandante. Yo soy hombre de paz. Dejen crecer los papeles pero compren navíos decentes y cañones para que Coy los limpie ya que no sabe dispararlos. «¿Qué le hace pensar eso?» preguntó el capitán. «No me digas nada. No me levantes la voz», gritó el comandante. «Si llegas a dispararlos te matarás tu mismo.» «¡Jum!», murmuró Coy y enseguida se volvió y me señaló. «¿Sabes lo que hace éste? Se pasea desnudo y con la gorra de reglamento en el sobaco por las dependencias administrativas.» «Es a causa del piojillo», advertí. «Sale de los gallineros cuando no se esparce arena en ellos.» «¡Qué mierda!», dijo el comandante. «Eso puede dar lugar a un consejo de guerra», afirmó Coy. «Es como echarse un pedo delante de la primera dama de la república. Harían una bonita formación en el patio de armas. Algo muy marcial. Luego te arrancarían las insignias. Quedaría como un pájaro desplumado. Después te harían esperar unos días en el calabozo antes de fusilarte.» «¿Y qué culpa tiene el piojillo?» pregunté. «¿Qué tratan de decir?» golpeó irritado el comandante. «No soy un analfabeto como los que forman la mayor parte de este cuerpo. Llevo veinte años de servicio y jamás entré en sucios manejos. Hice la guerra a Hacha desde adentro. Cuando cayó estaba sujeto a consejo.» «¡Nadie ha querido ofenderle», intervino Coy. «Puede estar seguro. No se hablaba de usted.»

El comandante comenzó a sacudir la cabeza y advirtió: «Confieso que estoy encabronado. Este

tiempo encabrona a cualquiera.» Luego golpeó con el puño una sombra imaginaria. Quizás un molesto fantasma familiar.

«En cuanto a usted», indicó, «habría que ver por dónde asoma la oreja. Es lo primero que enseña el animal que las tiene. Por el movimiento se conoce si está o no temeroso o dispuesto al ataque. En este cuerpo, hijos de puta o hijos de buena madre, nos conocemos y sabemos cuándo echar o no la zancadilla y el abrazo. Dicen que lo han traído de colador. ¿Cuela o lo colarán? ¿Filtra o lo filtrarán Eso dependerá del diámetro de sus cojones y de su buena suerte. ¿Es así o no?» «Comandante», le respondí, «todo sucedió cuando Plotino y el nieto del sacristán hicieron la mariconería de pasear la mantarraya por el pueblo. Me echaron a perder la tarde vomitando.» «¿No sería otra cosa?» preguntó el teniente sanitario. «No se meta en esto», dijo el comandante, pero la voz no le salió golpeada sino raramente tranquila y, tanto por ello como por razón de jerarquía, el teniente enmudeció aunque sin revelar disgusto. «Porque tendrá que tenerlos bien colocados», siguió el comandante, «y se lo advierto sin que me vaya ni me venga y sólo para confirmar lo que de mí se dice de la lengua que me pierde. «Cada cual», dijo Coy observando mi silencio, «tiene su trabajo y lo cumple de la mejor manera.» «Sí», rió el comandante, «pero tú no lo cumples más que en lo de la limpieza. ¿Por qué no tratas de aprender algo de balística?» «Nada de eso hace falta para disparar una

pieza», aseguró el capitán. «¿Quiénes son los que hacen funcionar la artillería sino los sargentos, los cabos y los soldados?» «Y también los que reciben los disparos contrarios», dijo el comandante.

No resultó difícil encontrar el lugar donde habían ahorcado al Enano. Estaba un poco más allá del viejo paradero de los tranvías que subían hasta Jesús del Monte. El lugar era apacible. Las vacas habían dejado, al pasar, sus grandes cagadas sobre las hierbas. El árbol donde había sido colgado mostraba el paso de los taladradores. Era un árbol anciano e inocente y su corteza podía haber sido la de un mendigo cualquiera, la de un predicador en el desierto o la de una lavandera tuberculosa. Todo lo triste que pueda ser comprimido en una semilla. Pensé en los zapatos que llevaba y en la larga lengua que le había perdido. Debajo de las nubes volaban los gorriones que Proust detestaba.

Regresé por el mismo camino con ánimo de ir a ver a Calandraca pero, por alguna razón desconocida, torcí el rumbo y fui hasta San Francisco de Paula. Al llegar eché a andar buscando la casa de Hemingway. La encontré. Al lado de ella había una casa-martillo que tenía un patio de altas hierbas. En el centro del patio flotaba un caballo de cemento. En la casa, la música se mezclaba al perfume intenso del orégano y el comino. Me acerqué. Sobre las cabezas

que hacían puntos de sudor pude ver a Marcelo bailando con Clelia Bellocchio. Levanté el brazo y grité: ¡Opolo! pero el hondo sonido de un bombardino se tragó el grito. Pensé un momento y me dije: ¿Por qué voy a cortar con amistad lo que es umbral de lecho?

Existían dos caminos para llegar a Calandraca. Uno, internándose por un extenso laberinto de caletos establecidos a lo largo de la costa. Otro atravesando un ramal ferrocarrilero para torcer a la izquierda de un cementerio de latas vacías desde el cual el andar se orientaba por el aliento de las esponjas que morían bajo el sol. Seguí el primero sirviendo de alimento a nubes espesas de jejenes. Calandraca tenía los pies al aire y una mano abierta sobre el ombligo. Al incorporarse algo se le clavó en la entraña y le hizo mostrar los dientes. El proceso de filtración de sus riñones debía estar casi obturado. Quizás, de cierto modo, como los instrumentos de Marcelo durante la larga lluvia. Me dijo: «Cuando come la boca el ojo se hace tolerante.» Luego preguntó si había encontrado al carpintero y si sabía su nombre y no su apodo. Le dijo que no.

«Sigue el camino de los perros de la tía», aconsejó. «Si por allí no lo agarras toma el rumbo contrario. Las cosas y las gentes aparecen siempre en la tierra que está debajo de la arena. Tú cuida de la traición que puede marchar vecina. Es probable que no lo veas porque caíste al mar y la lluvia no te preocupó. No te pongas nunca delante de un juez ni detrás de un caballo. El

águila del norte espera que los gavilanes duerman.»

Al volver tenía una idea vaga de cómo seguir la cadena de encrucijadas y torceduras que me conducirían a la casa de la tía del carpintero. Había, siguiendo las indicaciones de Calandraca, que entrar en el cuello de botella que divide una barriada de otra. Cuestión de niveles. Seguí la escala del sudor dormido y la raíz hervida y entré en la zona de los rosales armoniosos establecidos para hacer que sus espinas hirieran manos ajenas. Encontré la casa. Los rosales de la tía tenían una plaquita metálica. Me incliné y leí: **Prince Noire. Prevent the plant from becoming rancid.** Un aire de ceremonias caducas se desprendía de la casa. Golpeé la puerta. Esperaba oír una escala de ladridos histéricos. No hubo respuesta. Volví a golpear con más fuerza. Persistió el silencio. Regresé por el sendero de los **Prince Noire.** Pregunté una y otra vez: A un hombre bronco, a una mujer locuaz, a alguien que pasó sobre una bicicleta. Todos coincidieron en: «Se marcharon. No sabemos.»

Volví al Estado Mayor. Frente a la enfermería vi al teniente sanitario, convertido en papel amarillento, levitando en el espacio donde el éter y el guayacol trepaban sobre la espuma del aire. Le pregunté si había visto alguna vez una mantarraya. Negó con una expresión de profundo odio. Sobre la línea de los acantilados pasaba la nube de goletas: «La Cariblanca», la «Juanita Garabato», «La Plumita», «La Rascacio». Una voz arrastrada salió de la enfermería repitiendo: «Vi-

drio molido. ¡Eso es lo que debo recetar a ese cabrón!» Pasé todo el borde del castillo sintiendo el trueno hondo del mar. Mientras las gaviotas surgían con falsa candidez de vuelo me detuve y cerré los ojos pensando en los oscuros pezones de una turca que había visto alguna vez, en el quinto pueblo, por un agujero del baño.

El poeta de vidrio se inclinó sonriente. Percibí un sonido remoto a cristales quebrados y le tendí la mano. La estrechó y con un gesto me invitó a subir al trono del hombre de hierro. En alguna casa cercana tocaban una pianola. La música subía cortada y jadeante. En cortos golpes. En el confín de sus posesiones el poeta se sumergió entre papeles que tenían la consistencia de pájaros muertos. Me brindó uno. Le pregunté: «¿Ha visto al carpintero?» Negó moviendo la cabeza.

Tres días después remonté la calle Águila. Cuando casi se apareaba con la de Reina dispararon la primera ráfaga. La luz se había hecho trocitos sobre la zona alta de una puerta metálica. Me había volteado para entrar. Apenas lo hice un hombre cerró. La segunda ráfaga fue corta, cansada, y rebotó contra el metal de la cortina. El hombre preguntó: «¿Es a usted?» Le dije: «No sé.» El suelo estaba sembrado de cáscaras de limón. Debajo de la luz eléctrica vi que tenía un trozo de jabón en la mano. Se lo pregunté y no me respondió.

Esperamos un tiempo. El hombre apagó la luz eléctrica y se refugió silencioso en un rincón.

La otra luz llegaba de una ventana alta, con barrotes, que estaba a sus espaldas. En espacio menguado el ruido de la calle se hizo normal. El hombre colocó el pedazo de jabón en el suelo y preguntó: «¿No tiene armas?» Le dije que no. Volvió a preguntar «¿Quiere que lo maten?» Tenía una camisa desabotonada desde el cuello hasta el pecho y las mangas recogidas hasta más arriba de los codos. Hablaba uniendo las palabras. Le salían como cosidas una a la otra. Le dije: «No tengo miedo.» «¡No me diga!», sonrió. «Todos tenemos miedo sólo que unos lo tapan mejor que otros. ¿Es usted de la Marina? Hice un gesto afirmativo con la cabeza. ¿Sabe llevar un navío a alta mar?» Negué con la cabeza. «¿No sabe? A lo mejor por eso lo están cazando.»

Me condujo al fondo. La estancia era amplia y él fue pateando las cáscaras a medida que nos acercábamos a una puerta baja. Al llegar la abrió. Le di las gracias. Hizo un gesto de despedida con la mano abierta.

Esa tarde vi al jefe. Le dije: «Hoy me echaron un par de rociadas de plomo.» «No esperes que te regalen una botella con un barco dentro», advirtió. «Si te aprietan los zapatos te los quitas.»

El hombre al que llamábamos Erivan pensaba que no bastaba con urdir la trama. «Los otros lo hacen también», dijo. La casa tenía una mujer pálida y un gato que se arrastraba por los rincones mientras él se levantaba y golpeaba una

mano contra la otra. Pregunté: «¿Has visto al carpintero?» «No lo he visto y lo siento», dijo. «Creo que pensará como yo pienso.» «No creerás que estamos inmóviles», le dije. Dio dos o tres vueltas. La mujer nos contemplaba en silencio. «Ya sé que no», apuntó, «pero hay que pasar a la acción.» «No estamos paseando», advertí. «Ya sé que no», repitió. «Lo que trato de darte a entender es que tenemos que atacar de inmediato.» La mujer pálida se separó echando con el pie al gato. Parecía la sombra de ella misma o de otra que lleva dentro. «No entiendo», dijo él arrasando el centro de las palabras. «Puede que sea demasiado sutil para mí, pero antes, cuando trabajábamos en la clandestinidad, veía ya cómo existía la duda y el retroceso. Visto en frío todo ahora parece igual.» «En cierto modo no hemos salido de la clandestinidad», advertí levantándome. «¿Se va?» preguntó ella con un hilo de voz tan delgado que parecía no poder llegar a un oído. Sonreí afirmativamente. «Da por muerto al carpintero», dijo él mientras la mujer y el gato se desvanecían en las sombras.

Me quedé esa noche en el castillo. Desde allí oí cómo crecía el mar. Por su centro llegaban las voces del otro lado. Dirían: «¿Cuántos anzuelos puede tener un palangre?» «Tantos como las estampas que coleccionaba mi hermano. No puedes pescar más de una cherna. Si acaso una cherna. No más una. Escapada de los viveros. Luego un silencio ancho, revelador de la llegada del mar al límite y de que la cherna permanecía

en su cárcel submarina.» En la madrugada las voces se convirtieron en murmullo. Me levanté desnudo con la gorra de reglamento debajo del sobaco. Las luces estaban asomándose detrás del Morro y una sábana de humedad envolvía el aire.

SÉPTIMA Y ÚLTIMA CONDICIÓN
DEL PERRO. (Atravesando el muro de cenizas)

El hombre al que llamaban Culebrita dijo: «Muy bien, muy bien.» Un viento denso de gallinero entró por la ventana. Vi pasar, a lo lejos, una bicicleta que cruzaba las palmas reales. El hombre era sordo del lado izquierdo. Se inclinaba para oír. La oreja se le abría como la flor de un boxeador. No era quebrada la voz ni tomaba camino despreocupado. Sonaba como una trompeta con la llaves rotas.

Calandraca hizo un gesto con las dos manos abiertas. «Uno levanta el pájaro y otro lo mata», dijo. «Parece que la isla es solamente San Cristóbal. La república se ganó en todas partes.»

«Se ganó en parte», dijo Culebrita. «Todavía la estamos ganando.» «Pero en los campos nos manejábamos siempre así», acentuó Calandraca. «Diez o doce por aquí, diez o doce por allá.»

«¿Desde cuándo?», rió Culebrita. «El maestro de mi pueblo nos aseguraba: La enseña patria con la estrella solitaria es el símbolo de nuestra república. Las banderas las verás en todas partes pero ¿y la república?»

«Es de cartón todavía», dijo Calandraca. «Los diez o doce por aquí y los diez o doce por allá

tenemos que seguirla haciendo de huesos y pellejos. La estamos haciendo. La haremos.» «Así sea», suspiró Culebrita.

El jefe me dijo que siempre había un cebo para un animal. Yo pensé: **La verdad es que dos ojos son iguales pero sólo a aquel que ha entrado algo se acerca la mano.** «¿Quiere saber lo que creo?», alegué. «Pienso que hasta ahora todo se ha reducido a tanteos. La bestia es mayor y tiene más recursos.» Hizo un signo afirmativo. «Se comienza así», aceptó. «Tanteando. Turnando el paso cauto con el nervioso. Tratando de no hundirse por golpe falso. El temor está en los mandos. Que no sean leales. Es fácil comprender que no tienen conciencia política.»

«Puede que mañana sea tarde», le dije.

«Hay que seguir», contestó.

Levantando los ojos (no sin trabajo lo pude hacer) veía, detrás de la gasa de niebla, al viejo coronel. Era una niebla suave que se desvanecía con lentitud. Algo como ir andando entre oscuridades y encontrando, al paso, la claridad necesaria para volver al justo contorno de las cosas. Alguna vez, en cierto momento, vi su cara al nivel de la mesa. Comencé a buscar el acomodo de su parecido dentro del reino de canto y pluma de los pájaros. Quizás retrocediendo a aquellos que Arturopuro contemplaba y mostraba como bolas brillantes en la tarde del pueblo del azúcar. Más

bien se estrechaba de los pómulos a la nariz. Quizás la estrechez de los ojos los hiciera desaparecer entre adivinadas arrugas. Un océano de ellas. Extendido hasta la punta de la nariz. Habían dicho de él que era de laringe estrecha. En tal caso no estaba dentro de los canoros. Sobre su cabeza flotaba inmóvil el tedio. Las manos, como pequeñas arañas, se abrían con lentitud cuando sacaba su reloj del bolsillo. Presionaba el botón de la cuerda para hacer saltar la tapa. Lo llevaba a la oreja. No con facilidad sino con ese aparente retraso del peso de los huesos. No veía nunca la hora. No necesitaba contar el tiempo. El comandante de la derecha preguntó: «¿Qué ha dicho, señor?» Él volteó la cabeza y los caminos de sus arrugas se levantaron desde la frente hasta el cuello. Contestó: «¡Mierda!»

La lentitud era oleosa. El movimiento, el de una locomotora enterrada en la arena. Las piernas comenzaron a dormirse. El hielo penetró de abajo a arriba. De los dedos a los tobillos. De los tobillos a las rodillas. De las rodillas a los hombros. Una gigantesca canasta de piedras se posó sobre mis espaldas y me sentí pequeño y aplastado. Entré en un espacio donde todo quedaba a ras del suelo.

La voz del teniente músico se levantó pero fue ahogada por la pregunta del comandante de la derecha: «¿Qué hace usted aquí?» La voz salió con un golpe de humillación. El teniente dijo: «Soy el defensor, mi comandante.»

«Pero, ¿cómo puede ser?», gritó el comandante de la derecha. «Este hombre debe estar en la

banda de música. ¿Qué viene a hacer aquí? ¿Qué le ha llevado a abandonar su instrumento?»

«¡Cállese!», dijo el coronel y volvió a sacar su reloj, lo puso sobre su oído y sonrió; luego bajó la cabeza. La fue bajando con intermitencias como hacen algunos pájaros ante las puertas de la muerte. Golpecitos de cuerdas sujetas. Contenidas y vueltas a soltar. Contenidas y vueltas a soltar. Contenidas y vueltas a soltar. La cabeza llegó a los brazos y se hundió en el nivel de la mesa. Sobre las doradas tiras de las mangas se apoyó su frente. Sus huesos de algodón se acogieron a las oscuridades del sueño.

Entonces todo quedó sumido en un aire de papel. Un papel mojado y esponjoso. Los comandantes se contemplaron a través de la figura caída y comenzaron a hacer gestos de contrariedad. Los capitanes y tenientes, el fiscal, el defensor, los sargentos y los marineros y quizás también algún cabo aislado, hicieron un compromiso de silencio que llegó a la profundidad de un auditorio mudo. Detrás del tribunal se abría la bandera de la estrella solitaria.

El siete de enero, en el centro de un canto de ranas, murió Calandraca. Lo hizo en silencio, dentro del aire agónico de sus esponjas. No pidió nada. No dejó dicho: «Quiero que me entierren o que me incineren o que me toquen el **Son de la Loma** o que le manden a decir a alguien o que regalen mis esponjas o que se coman mi pan

duro.» Con el mismo silencio lo llevamos, sus vecinos y yo, al cementerio pobre de Batabanó. En el camposanto nadie pidió que dijeran palabras. Se las lleva el viento y se borran en el tiempo. No hizo falta lápida ni marca que no necesitaba su ánima. El canto suave de las tojosas me acompañó a la vuelta. Con el espíritu agrio esperé el paso de la noche y la llegada del amanecer. No me gustó ver el sol pálido y oír; a lo lejos el largo ladrido de un perro solitario cuando llegué a San Cristóbal. Pasé las calles por los bordes de los pequeños hoteles, por el costado de los depósitos de basura ya saqueados por los gatos y los perros, por la humedad de las botellas vacías acostadas en los quicios, por la marca de los signos de lucha contra Hacha que aún conservaban las paredes. Entré en el verde aire de luces de los arbolitos que resistían el aire y las arenas del Caribe. Crucé frente al recuerdo de los estudiantes muertos durante el gobierno español, y penetré, con el mismo andar rápido de una rata nerviosa y estúpida, en el viejo castillo. Sentado en el borde que se asomaba al mar contemplé cómo los pequeños barcos salían del puerto. En ese momento sentí el golpe de los fusiles. Golpes escuchados a toda hora, que indicaban marcha o cualquier otro movimiento de ejercicio o cambio de guardias. Golpes que podían venir de cualquier parte para justificar la presencia de un pelotón de infantería o por maniobras de tiro. No había razón para suponer otra cosa.

Cuando me volví nacían las cabezas en el límite de las escaleras. Se asomaron con ese rápido crecimiento del agua. Al salir del nivel vi que el capitán llevaba la pistola desenfundada. Gritó: «¡Vamos!» y luego «¡Qué mierda!» Los marineros hicieron un movimiento semejante al de medio arco de barril y se quedaron rígidos, con los fusiles levantados, bajo el húmedo aire de las olas que comenzaban a golpear contra las piedras de la base. En un relámpago-llegó la caída. Sentí solamente el primer golpe. El resto se entenebró en una nube de algodón oscuro.

El coronel despertó y preguntó: «¿Qué está pasando aquí?» El comandante de la derecha dijo: «Señor, estamos juzgando a un oficial». «¿Para qué?», dijo a través de su estrecha laringe y agregó: «¿Qué hacemos nosotros? ¿Dónde está el acusador?»

Un oficial del cuerpo de auditores se levantó. Tenía el rostro rojo y los ojos inflamados y con grandes bolsas colgantes. Susurró algo que inició un hilo de preocupaciones en las cabezas que estaban al nivel de su cintura.

«¿Quién es éste? ¿Qué está diciendo?», preguntó el coronel.

Con la medida de distancia del alambre que se frota sobre una piedra, el susurro del oficial no pasó más allá de las cinco pulgadas horizontales de aire.

El coronel dio un golpe sobre la mesa con la mano abierta. Ah, pensé yo con mi gran saco de

piedras sobre la espalda; te la has quebrado, viejo cabrón. Habrá que ponerte una tabla y alambres en los dedos y se te va a quedar tiesa y con el color del marfil falso. Pero no se la quebró o al menos eso pareció y lo que sí logró fue despertar un nerviosismo colectivo, mucho más intenso cuando gritó:

«¡Ladre más alto!»

Entre toses amargas y quejidos bronquiales aquel colorado hijo de mala madre pudo hacer entendimiento de sus ruidos. La voz pasó un imaginario papel opaco y llegó con intermitencias:

«Este tribunal naval, de acuerdo con el artículo décimo octavo, parágrafo A, inciso diecisiete, catalogación ciento once del código de...» «¡Ah coño», interrumpió el coronel. «¿Por qué no deja de dar vueltas por ese camino de mierda? ¿De qué se acusa a este hombre?» «Mi coronel, se le juzga por pertenecer a un partido revolucionario contrario a las fuerzas armadas; por hacer labor de espionaje contra nuestras instituciones militares y por pasear en cueros por las dependencias administrativas.» «¡Ah!», paró el coronel «¿qué fue eso último?» «En el pliego de cargos», aclaró el oficial, «se lee que el acusado acostumbra mostrar su cuerpo desnudo y con la gorra reglamentaria debajo del brazo por toda la zona de las dependencias de administración.» «¡Vaya!», dijo el coronel, «¿lo dice ahí? Es increíble. ¿Había señoras por allí?»

Pasó por el aire un silencio corto. Yo levanté la cabeza y me pareció que cruzaba como una

nube estrecha y delgada sobre los papeles que tenía en la mano el acusador.

El teniente músico aprovechó aquel espacio y se levantó tímidamente. El excelentísimo señor Presidente, pidió con una voz cautelosa, perdonará que solicite benevolencia para el acusado.

«¿Qué quiere este hombre?» preguntó el coronel. «¿De qué pie cojea? Aún no entiendo qué estamos haciendo aquí.»

«Quizás a usted le complazca que abreviemos», dijo el comandante de la izquierda. «Voy a preguntarle al acusado: ¿Se declara usted culpable?»

«¿De qué?», contesté.

«De las acusaciones que le han sido formuladas.»

El viejo levantó las manos y pareció que iba a echarse a volar. Eran unas manos anchas, largas y transparentes como las orejas del gran jefe del pueblo del tabaco.

«¿Quién ha hecho esas acusaciones?» preguntó.

El comandante de la izquierda volteó la cabeza.

«El jefe de estado mayor, señor coronel.»

«¿Cuándo hice yo esa acusación? Yo no he hecho ninguna acusación. El día que la haga no será tan estúpida.»

«He querido referirme al anterior jefe de estado mayor, señor coronel», aclaró el comandante.

«¡Ah!», gritó el viejo. «¿Ese hijo de puta? Entonces archiven toda esa mierda y echen del país a este cretino. ¡Vamos, lárguense!»

Se oyó el ancho vuelo de un enjambre de pájaros asustados. Yo me senté en el suelo.

Entre luces vi cómo llegamos al costado de la goleta. No pude leer su nombre pero le sentí lo marinero en las tablas del puente y en el inicio de las maniobras. Me llevaron a un estrecho camarote bajo. Todo parecía obedecer a una trama de precauciones que consideré inútil y puede que también ellos, pero sabía que por costumbre seguían aquellos proceder de echarse de lado, mirar de borde y llevar un paso sin palabras. Más tarde sentí las altas bordadas de la alta mar. El tiempo no era malo pero aquel era un mar inquieto. Supe que atravesábamos la alta pared de cenizas, remontando, con todo el velamen abierto, una línea desconocida.

Habíamos salido aprovechando las luces bajas y el canto de los gallos roncós. Fue doloroso ignorar el destino de mis compañeros y dejar de ver el blanco cuerpo de San Cristóbal, el pedazo gris y amargo del viejo castillo y la imaginada tumba del Benz en algún lugar inhóspito y secreto. Cuando me permitieron subir al puente, el Caribe se había transformado en un inmenso cristal verde conservando las palabras de Francisca Erskine.

El patrón de la goleta advirtió que tenía orden de dejarme en alguna parte de la costa de México. Le confesé que no tenía por qué preocuparse y agregué: «Desde que Vespasiano impuso un tributo a las letrinas todo parece correcto.»

«Puede que sí», dijo sin vacilaciones. «Tengo buena memoria. Los que la tienen no olvidan que muchas veces hay que colgar los dientes de un clavo. He recibido una orden. Estoy apoyado en una pared. Es la pared de los míos y, si no son los suyos, lo parecen. No pregunto.»

Afirmé moviendo la cabeza y dejé pasar el tiempo preciso para hacerle tomar confianza.

«Voy a comprar una bicicleta vieja, una piedra cilíndrica y una polea. Con ellas construiré un aparato rodante y me convertiré en amolador», le confesé.

«No es mala idea», dijo, y en seguida comenzó a rascarse las piernas.

«Claro que no es mala», aseguré. «Conocí a un amolador que pasó todos los ríos del mundo. Tenía una amante mormona con la que jamás hizo el amor porque no podía. En lugar de testículos tenía un agujero parecido al del personaje de Gonzalo Berceo, y echaba por el caño sus orinas.»

«Seguro que fue tropezando con injusticias. ¿Dice que ella era mormona?»

«No sé», admití dudando. «Le llamaba así pero creo que más bien pertenecía a una de esas sectas que están debajo de las plumas del águila.»

Me preguntó qué águila y le aclaré que no era la del nopal, que era hermana, sino su vecina.

«Creo que está escorando», murmuró. «Recuerda que el mar no es como la tierra. Aquí tenemos que comunicarnos de palabra para conocer que seguimos vivos.»

«Es la pura verdad», le repliqué. «Su acompañante tenía un aparato de amolar como el que quiero construir y ella una falda larga con florecitas estampadas.

Se volvió para gritar una orden y me pidió que me volviera al camarote añadiendo:

«Veremos la tierra dentro de cuatro o cinco días.»

El camarote era una caja alargada. En la pared frontal colgaban dos grabados amarillentos. Uno reproducía la confusa imagen de un perro petrificado con la leyenda: **Cave Cane**; el otro era un perro servil frente a una máquina con bocina de lirio, posando sus cortas patas en el lema: **La Voz de su Amo**.

El tiempo se hizo un campo de hierba blanca para rehacer un tránsito inverso. Fue algo como dar la vuelta a una cinta y volver a aspirar un olor. Las gentes, los hechos y las cosas volvieron a estar presentes y se agigantaron. Puede que la realidad (y así era siempre) menguara en el encuentro verdadero aunque no sabía realmente cuál era.

Un día cualquiera el patrón de la goleta me hizo llamar. Fuimos juntos hasta la proa. Levantó el brazo y me mostró una línea gris y difusa. «Ahí está la tierra», dijo. «Quizás no lo esté pensando ahora y puede que cuando ponga un pie en ella tampoco lo piense. Todo requiere su tiempo pero tendrá que hacerlo. Se echará a andar por aquí y por allá. Buscará por un lado y por el otro. Quizás le tiendan la mano o se la nieguen

pero, más tarde o más temprano tendrá que hacerlo. ¡Siempre se vuelve!»

La tierra seguía creciendo. Calculé que en menos de dos horas llegaríamos cerca del borde. En el aire se hacía cada vez más intenso el olor del verde y se adivinaba el roce de esos pájaros grandes que forman el horizonte de las orillas.

Primera condición del perro. (Echado) / 7

Segunda condición del perro. (Ladrando) / 44

Tercera condición del perro. (Cocinando) / 87

Cuarta condición del perro. (Pensando en la casa grande) / 111

Quinta condición del perro. (Removiendo la tierra) / 144

Sexta condición del perro. (Con un ojo abierto y otro cerrado) / 165

Séptima y última condición del perro. (Atravesando el muro de cenizas) / 186

pero más tarde él me enseñó a hacerlos también en un
caño (siempre en el mismo caño) de otros materiales.
-Las flores se las vendían en el campo que en un
nos de dos horas llegamos cerca del pueblo. En
de él se vendían más baratos que en el campo.
verde y azulada de los otros. Los otros eran
de los que se vendían en el campo de las flores.

El camino era muy largo. En la
por el camino se vendían los productos agrícolas.
Una vez se vendía la leche de un perro
perro con la leyenda "Cava Cava". El otro
era un perro que se vendía a una máquina con
hechos de "Cava" pasando por el campo en el
letra: "La Voz de su Amo".

El tiempo se hizo un campo de lucha blanca
para relajar un tránsito. Fue algo como
dar la vuelta a una casa y volver a salir: un
de los perros, los hechos y los otros volvieron
a estar presentes y se agitaron. Parece que la
realidad (y así era siempre) empezó en el ter-
cero verdadero aunque no sabía realmente
cuál era.

Un día cualquiera el perro de la galleta me
hizo firmar. Firmas juntas hasta la proa. Levan-
te el perro y me mostró una línea gris y difusa.
-Allí está la tierra, dijo. Quizás no lo está por-
tando ahora y puede que cuando ponga un pie
en ella tampoco lo pise. Todo depende de tiem-
po pero vendiéndolo barato. Se vendió a un
por un y por otro. Buscar por un lado y por
el otro. Quizás le vendan la tierra o se lo pongan

ÍNDICE

- Primera condición del perro. (Echado) / 7
- Segunda condición del perro. (Ladrando) / 44
- Tercera condición del perro. (Comiendo) / 87
- Cuarta condición del perro. (Penetrando en la casa grande) / 111
- Quinta condición del perro. (Removiendo la tierra) / 144
- Sexta condición del perro. (Con un ojo abierto y otro cerrado) / 165
- Séptima y última condición del perro. (Atravesando el muro de cenizas) / 186